LUMPÉRICA

Diamela Eltit

BIBLIOTECA NACIONAL
0198257

Las Ediciones del Ornitorrinco

A NACIONAL DE CHILE
h.
0(187-44)
B
Copia 2
3962
7AB4541

Diamela Eltit, 1949, profesora de castellano y licenciada en literatura por la Universidad de Chile. Lumpérica es su primera novela.
Fundadora del grupo Colectivo de Acciones de Arte C.A.D.A. junto al poeta Raúl Zurita y a la artista visual Lotty Rosenfeld. Sus trabajos en el campo de las acciones de arte han recorrido diversos escenarios de América y Europa.
Con la publicación de esta novela Las Ediciones del Ornitorrinco comienza su colección Nueva Narrativa y cumple, a nuestro juicio brillantemente, con su premisa de dar a conocer los jóvenes valores de nuestra literatura que se han desarrollado dentro de los diez últimos años.

101 187-43
44

LUMPÉRICA

Diamela Eltit

SIN VALOR COMERCIAL

Colección Nueva Narrativa

43962

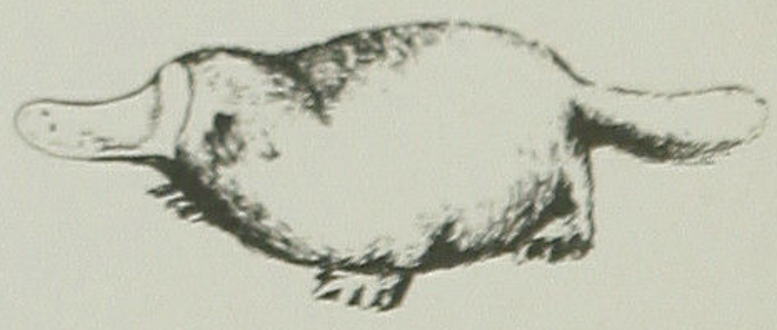
©1983, Diamela Eltit
Inscripción Nº 58523

©1983, Las Ediciones del Ornitorrinco
General Bari 115 - Santiago de Chile
Inscripción Nº 47.513

Diseño:
María Angélica Dueñas

Foto portada:
Lotty Rossenfeld

Foto solapa:
Sergio Marras



En un perdido rincón del planeta los ornitorrincos se extinguen. Con seguridad, no hay en toda la Tierra seres que luchen con más empeño por sobrevivir en ella.

1

1.1 Lo que resta de este anochecer será un festín para L. Iluminada, esa que se devuelve sobre su propio rostro, incesantemente recamada, aunque ya no relumbre como antaño cuando era contemplada con luz natural.

Por eso la luz eléctrica la maquilla fraccionando sus ángulos, esos bordes en que se topa hasta los cables que le llevan la luz, languideciéndola hasta la acabada de todo el cuerpo: pero el rostro a pedazos. Cualquiera puede constatar su labios entreabiertos y sus piernas extendidas sobre el pasto —cruzándose o abriéndose— rítmicas en el contraluz.

En que el anochecer sustenta la plaza en su ornamento, para que ella adopte en sí las poses tránsfugas que la derivan hasta el cansancio, encendida por el aviso que cae en luz sobre el centro de la plaza, entre los árboles y los bancos, para llegar hasta el cemento donde permanece de espaldas.

Porque el frío en esta plaza es el tiempo que se ha marcado para suponerse un nombre propio, donado por el letrero que se encenderá y se apagará, rítmico y ritual, en el proceso que en definitiva les dará la vida: su identificación ciudadana.

Llegan los desarrapados de Santiago, pálidos y malolientes a buscar su área: el nombre y el apodo que como ficha les autorizará un recorrido, pero normado por el gasto previo de la carne hasta que calcen por luz con el luminoso.

Así serán nombrados genéricamente pálidos como escalafón provisorio. Esos que vienen desde los puntos más distantes hacia la plaza que prendida por redes eléctricas garantiza una ficción en la ciudad.

Así están ellos y sus incontables poses: los cables son su punto de mira en la paralela del placer de la mirada. Espera ansiosa el luminoso y por eso se remueve entera cuando se siente tocada, con el pecho agitado y los ojos húmedos. El luminoso no se detiene. Sigue tirando la suma de nombres que los va a confirmar como existencia; ese haz de luz largado sobre el centro del cuadrante que en la literatura produce índices, entre el frío del amanecer, mientras los otros pálidos se protegen contra los árboles en una distribución casi bella por el recorte de sus siluetas.

L. Iluminada en el centro de la plaza empieza otra vez a convulsionarse. Los pálidos rotan sus cabezas para tener un mejor ángulo y sólo entonces se dispersan sobre el césped. Atentos, fijan sus miradas en el bautizo, mientras el luminoso acomete directo en ella

que, frenética, mueve las caderas bajo la luz: sus muslos se levantan del suelo y su cabeza colgante se golpea por tantas sacudidas contra el pavimento.
Le ratifica el nombre en dos colores paralelos, el luminoso ampliado sobre el cuerpo escribe L. Iluminada y rítmicamente va pasando la cantidad posible de apodos: le escribe tránsfuga y la letra cae como toma fílmica. Sin embargo, con nombre tan complejo, ella inicia de nuevo la algarabía y por eso el aviso adquiere una función clásica que se vuelve medieval en su constancia, en lo ortodojo de su forma, en lo helado de su construcción.
No en balde se acercan al centro justo cuando ella se retira y allí mismo muestran sus cuerpos que no plantean diferencias entre unos y otros: el aviso luminoso los encubre de distintas tonalidades, los tiñe y los condiciona.
Gimen por luz, orgiásticos en sus convulsiones se masifican. Nadie diría que en Santiago de Chile podría ser esta bautizada para que esos se distiendan como gemas. Así es, con las ramas de los árboles que les lamen el rostro y ella se frota en su madera por el puro placer del espectáculo. Sumida en el éxtasis de perder su costra personal para renacer lampiña acompañada por ellos que, como productos comerciales, se van a ofertar en esta desolada ciudadanía.
Así podría haber estado a pesar del frío; expuesta en forma horizontal después de haber perdido el nombre propio, inmersa, buscando la luz con los ojos desorbitados por la transparencia. Más pálidos en sus carnes cetrinas estrujando el placer a cualquier costo, mirándose en la plaza, con las cabezas arrasadas, transportados de electricidad, balbuceantes.
A ellos, que pudieron brillar de otra manera, están aquí lamiendo la plaza como mercancías de valor incierto.
Por literatura podrían ser comparados a zafiros y a ópalos, a celestes aguas marinas.
Para decirlo nuevamente:
La luz del luminoso, que está instalado sobre el edificio cae en la plaza. Es una proposición de insanía para recubrir a los pálidos de Santiago que se han agrupado en torno a L. Iluminada nada más que como complemento visual para sus formas.
Porque este luminoso que se enciende de noche está construyendo su mensaje para ellos, que sólo a esa hora alcanzan su plenitud, cuando se desplazan en sus recorridos previstos.
Como atentados en sus amenazantes presencias.

Por eso el luminoso, en plena autonomía, los llama con nombres literarios, por ejemplo decía/
Sándalo, más el impuso murió al caer sobre su erizada piel en la metamorfosis de tan cúlmine especulación.
Decía volantina pelarga. Decía/ crisol.
Destrozó el impulso de decorarse los labios que por escritura se había fabricado para ella.
Por eso es que en la plaza se conjuga dos tipos de engranajes eléctricos: por una parte el asignado al cuadrante y por otra, el que se desliza del luminoso; esa luz que se vende. Así por contrapunto sus labios han perdido su obsecuencia y su figura se devuelve engañadora bajo los rayos que convergen hasta su centro. Pero no está sola allí. Todas sus identidades posibles han aflorado por desborde —clavando sus puntos anatómicos— sobrepasándola en sus zonas. Regida nada más que por el horario asignado a la luz eléctrica en la plasmación del luminoso que la estría.
Los pálidos se han tomado las esquinas de la plaza y acurrucan allí sus cuerpos protegidos unos contra otros, sus cuerpos frotados que, en el bautizo, intercambian apodos en sus poros famélicos. Ellos se tocan y manoseados ceden.
Nombres sobre nombres con las piernas enlazadas se aproximan en traducciones, en fragmentos de palabras, en mezclas de vocablos, en sonidos, en títulos de films. Las palabras se escriben sobre los cuerpos. Convulsiones con las uñas sobre la piel: el deseo abre surcos.
Así, las esquinas de la plaza adquieren movilidad por los cuerpos apiñados que, unos sobre otros, conducen a un exterior. Pero no en su penetración, sino en su apariencia que, en el renombre, exudan deleite y reapropiados constituyen el escenario.
La piel de los pálidos muestra en sus aberturas su proceso y al fundirse en el siguiente demarcan infinitas posibilidades para cualquier mirada. Se arman y desarman en sus líneas, constituyendo un engañoso límite a la plaza.
Pero el luminoso los soporta. Sigue su tintineo con precisa regularidad. L. Iluminada en el centro. Suda a pesar del frío y por eso su carne se expone a la luminosidad. Más que nunca centellea allí controlando por contorsiones su claroscuro, mientras la luz toca los bancos de la plaza, los árboles y la disposición fabricada del césped.
Hacia el pasto se desliza ella para revolcarse y enfriar su carne. Ese césped disparejo deja a pedazos aparecer la tierra, así pasto y

tierra se adhieren a su carne. Para el que la mira es un espectáculo desolador porque balbucea. Cada uno de sus nombres es desmentido por su facha.
Pero relumbra, aún en plena oscuridad relumbra.
Como bautizada se celebra entre ellos, mientras sus propias manos se acarician en profundidad perdiéndose entre sus huecos. Partiendo desde la ordinariez más profunda para llegar por pose a la extrema delicadeza.
Ella deja oír restos de lenguaje, retazos de signos. Socavada por tierra y pasto. Nutrida de savia.
Se observa a sí misma, como si su nombre le otorgara rasgos diferentes. Se toca la piel en el mismo momento en que se curva más aún sobre el pasto, hasta que la cabeza cae sobre la tierra reblandecida.
En actitud de descanso.
Sin embargo, está alerta al aviso luminoso, con la cara ligeramente crispada de júbilo ante los tintineos, mientras desliza su lengua sobre los labios, su lengua mojada que los humedece.
Las piernas están abiertas en posición descuidada y las balancea cada vez que en el centro de la plaza se recibe la luz.
Los pálidos han llegado ahora hasta ese mismo centro y empiezan su particular representación. Amontonan sus cuerpos y se dejan caer sobre el cemento. Así se van en un ritmo tan difícil de visualizar que sólo el luminoso los ordena cuando muestra sus relajos.
Con sonidos guturales llenan el espacio en una alfabetización virgen que altera las normas de la experiencia. Y así de vencidos en vencedores se convierten, resaltantes en sus tonos morenos, adquiriendo en sus carnes una verdadera dimensión de la belleza. Porque hasta ése podría estar comprometido en la disposición azarosa de los cuerpos. Los mismos que se van preparando para una nueva circulación.
Aunque no es nada novedoso, el luminoso anuncia que se venden cuerpos.
Sí, cuerpos se venden en la plaza.
A un precio no determinado. Es más bien el placer que emanan en lo profundo de su compromiso. Sus palabras caen en el vacío ampliando sus moléculas para petrificar lo eterno de la producción.
Para qué decir que la llaman cuando se estructuran sus voces en el espacio.

En desgarrador sonido se convierten.
Podría ser —tal vez— el Amado por lo masculino de su grosor que al llamarla la asedia para poseerla, a esa vaga que yace tirada en la plaza, evocando con sus indecentes movimientos quizás qué sueños de entrega.
Pero los pálidos siguen en el centro frotándose contra el cemento, rodando bajo los bancos de madera, frágiles de vestimentas pese al frío: gimiendo siempre.
Pero ya se ha dicho que no son propiamente gemidos los que escapan de sus labios.
Un oído no entrenado en sus particularidades podría oír allí un espectáculo de desgarro. Mas no es así. Es la salvación de la bautizada.
Se celebran en sus identidades. Son sus propios padrinos que se reciben y ella, ella es la que se rebautiza en cada uno.
Es una fiesta.
El luminoso sigue cayendo dándoles más posibilidades, ampliándoles la imaginería.
Se ven proyectados hasta los bordes de Santiago, ornados de atavíos: por robos y excesos accediendo a todos sus lugares. Por puro deseo propietarios al venderse al luminoso como mercaderías. Esos son los que se esperan con ansias.
Por esto, están reducidos a goce cuando entre los haces de luz del luminoso se dejan entrever sus posibilidades. Ya se ha consumado la transacción y por eso la felicidad de esos cuerpos imprime gracilidad a sus movimientos.
La armonía se ha asentado en la plaza.
L. Iluminada tampoco permanece ausente del espectáculo. Ha vaciado su mente de toda memoria y ahora construye y planifica sólo con los pálidos como referente: plasmados en su futuro.
Ella, plenamente teatral por la observación de sus movimientos, camina erguida hasta el centro de la plaza para detenerse bajo la luz del luminoso que la alumbra por intermitencias. Así se gesta su primera toma fílmica:

> Ella está en el centro de la plaza, mientras sus pies se deslizan. Los cuerpos bullentes de los desarrapados que, por efectos de luz de un luminoso que cae desde un edificio cercano, produce en la piel un tinte ligeramente distorsionado y fantasmagórico.
> Pudiera ser quizás una toma orgiástica por la acumulación de tanto cuerpo, pero, en el cuadro aparece más bien la pureza

de la bautizada. Se incluye también, en el ritmo de la escena, el inherente erotismo para la plasticidad de la mirada.
El lumperío hasta el momento en que ella se detiene permanece rígido, en una pose forzada y difícil, para que así asome en sus rostros la dureza del trabajo, lo abnegado de su concentración: su verdadera belleza en lo tenso de sus facciones.
Una larga toma de tres minutos de duración en la que intervienen dos cámaras para dar la velocidad requerida.
Se evidencia, por gran angular, que se está en la plaza pública. Aparecen los faroles, los bancos, los árboles, el césped y algunas construcciones vecinas. Se corta el enmarque al encontrar el punto desde donde emana el luminoso, en la parte alta del edificio.

Entonces ellos se levantan del suelo y caminan hacia la esquina con la pieles erizadas por el frío para engalanarse con gestos calmados y sus caras límpidas se dejan ver entre las luces.

Comentarios a la primera escena:
La escena contempla nada más que la construcción de la pose en donde el lumperío y L. Iluminada, en un trabajo experimental con sus cuerpos frente a la cámara, llegan a constituir estéticamente en el lapso de tres minutos, una mirada admirativa sobre ellos. Una mirada mediada por la cámara que los asedia y en la cual, por lo bidimensional de los efectos de luz, sometan y se sometan ante los otros en los logros de su belleza.

Indicaciones para la primera escena:
Conformar cinematográficamente algo similar a un mural en la plaza pública, relevando lo marginal del espectáculo. Revirtiendo por ello los cánones de la identidad a través de la suma de cuerpos que neutralizan al máximo los rasgos, para provocar colectivamente una imagen depurada de los que, por desprendimiento, han ductilizado sus materias sometiéndose conscientemente al deseo. En suma el ofertorio.
Así:

Pieles marchitas sin espectacularidad.
El goce reflejado en sus rostros.
Pese a la iluminación conservar el espectáculo nocturno.
Dar autonomía y flexibilidad a cada uno en su pose.

La persistencia del agrupamiento.
El éxtasis del extra que en la pantalla se reconoce como elemento estructural.
Señalar el vicio de la mirada, lo ficticio de su ángulo.

Insistir en esas mismas caras marchitas/ macilentas, esas mismas caras que enfrentadas a la noche, ése habrá visto como su peligro cuando surgen sorprendiendo en las esquinas. Y ése entonces —sudando— apretará las piernas porque su penetración más que júbilo sería el tizne blanco. Quizás por eso el terror a esa figura humana apuraría sus pasos hasta olvidar esa imagen.
Porque ése intuye las piernas ulceradas y cuyas manos, mientras la noche avanza, bajan los pantalones para recorrerse una a una las llagas abiertas que ya no responden a ningún tratamiento/ vendadas con tiras sucias para evitar la fricción con el género que las cubre y por esto, al sentirlas junto a su piel sana, esas mismas piernas supurantes lo mancharán de nuevo en su limpieza, en el cuidado incesante que cualquiera se prodiga.
Pero en fin, por pantalla, el terror y el deseo de la propia blancura y sanidad se manifestará como errata y entonces dejará ir sus pasos hacia la plaza pública, elevará sus ojos hacia el luminoso, se aligerará de ropas, abrirá sus piernas tendido de espalda en el cemento y de deseos se habrá consumado en otro, hasta que el mismo cemento, por dolor de la pose, le rompa la piel y ése entonces se verá en cada una de sus llagas y la piel decorada brille con la luz del luminoso y sólo así sepa verdaderamente de alguna clase de vida.
Ah, de miserable en sublime la plaza. Alucinada es.
Porque la plaza produce desvaríos.

Por ejemplo:
Si los pálidos que obtuvieron nuevo nombre ciudadano prescindieran de L. Iluminada perderían su soporte, es decir, quizás nadie pregonaría ese hecho.
Es que ella transmitirá la noticia, como predicadora su rostro transformado, sus múltiples facetas, esa absoluta falta de inscripción señalará la veracidad del acontecimiento.

Pero aún no es tiempo, apenas se construye en cada uno de ellos. Todavía ésos no se reponen y vuelven a mirar las pruebas. Han elaborado en conjunto sus correcciones, sus reparos, limpiándose de sus restos de miserias e imperfecciones.

Errores de la primera toma:
Los cuerpos tensados estaban rígidos, no por necesidad interna, sino por efectos de cámara: como terror.
Ella misma no dejó ver su mejor ángulo, escurrió la mirada directa a la cámara, volvió el rostro ante el zoom. Los tijeretazos de su pelo eran demasiado regulares, las lágrimas previstas no afloraron, apenas se humedecieron sus ojos. Se mostró más bien desafiante que serena, movió sus labios varias veces. Evitó el roce con los pálidos.

Por eso descansa en la plaza. Todos coinciden en la dureza del trabajo. Están tendidos en el pasto observando los parpadeos del luminoso que se imprime con nitidez sobre el suelo. La luz eléctrica se intensifica denotando el verde del pasto, los bancos, los árboles.
Alrededor circulan los autos con las luces encendidas. Los ruidos llenan la plaza.
Ellos saben que en algunas horas deberán asumir una etapa más. Se preparan para ello ejercitando cada una de sus partículas corporales. Ahora sí, a ciencia cierta afirman que el error no se reiterará.

1.2 Por eso lo que resta de este nuevo anochecer será el verdadero reencuentro para L. Iluminada y los pálidos que, perdidos en el azar de su transcurso, llegarán a la plaza para tenderse tirados sobre los bancos, pero con el insomnio asomado a sus pupilas.

Sus ojos que conservan impresos los parajes diurnos: su caminar sin descanso por las calles recorriendo siempre con la mirada cada interior que se les abre, para guardar esas imágenes que serán revisadas con precisión cuando arriben al cuadrante a la hora de la prendida de las luces.

Claro que se tienden en los bancos y ella los mira, asombrada por lo homogéneo del espectáculo. Sus músculos están tensados mientras se acomoda en una de las esquinas para obtener un mejor punto de observación. Se puede deducir sin errar que su estado general es precario, su respiración agitada, ese brillo de sus ojos.

Tiende sus manos, se aferra al árbol más cercano y aproxima hasta allí su rostro: esa cara humedecida por las lágrimas, hasta que la separa de la corteza y aparece entonces una de sus decisiones en la plaza:

Estrella su cabeza contra el árbol.

Estrella su cabeza contra el árbol una y otra vez hasta que la sangre rebasa su piel, le baña la sangre su cara, se limpia con las manos, mira sus manos, las lame. Va hacia el centro de la plaza con la frente dañada —sus pensamientos— se muestra en el goce de su propia herida, la indaga con sus uñas y si el dolor existe es obvio que su estado conduce al éxtasis.

Se exhibe esperando la caída del luminoso sobre la herida:

Si yo misma tuve una herida, pero hoy tengo y arrastro mi propia cicatriz. Ya no me acuerdo cuánto ni cómo me dolía, pero por la cicatriz sé que me dolía.

Dice —tengo sed— en la plaza, mientras se alimenta de sí, de su excedente y sus ropas manchadas se prenden con la caída del luminoso. Se abraza a sí misma. se lame las manos nuevamente y aún sus manos húmedas de saliva frotan sus brazos. Se tuerce en espasmos en el máximo de su energía. Los pálidos están erguidos sobre los asientos y en cada uno de ellos se vislumbra la compasión, repite:

—tengo sed— y sus labios sonríen.

Se seca el rostro con el borde del vestido que absorbe, manchándo-

se, la sangre que todavía le entorpece la mirada. Se vuelve hacia ellos y los recorre con su sello particular. Tiene la herida abierta y no se vislumbra aún la proporción del daño. Levanta sus manos y a plena conciencia lleva sus dedos a la cara para reabrirse la piel partida. Su mirada está difusa y allí en medio de la plaza, sólo para los pálidos, deja oír un aullido y su voz aguda se expande y prolonga en la oscuridad.

Su grito los sorprende y esos desarrapados se levantan y poco a poco empiezan a acercarse a ella. La rodean para mirarla de cerca. Pero no la tocan, sus ojos también húmedos/ de compasión sus ojos.

—si yo misma vi los ojos de ése empañarse y dejarse caer sobre mí para cubrirme con sus manos amorosas, las mismas que solícitas curaron mis heridas. Sus manos—

Aunque saben que ella necesita ese espacio preciso para mostrar su espectáculo. Ha adquirido otra identidad: por literatura fue.

Así se reconoce en su propia imagen, la que se reflecta sobre el piso cuando el luminoso deja caer un nuevo haz de luz. Por eso la sed la socava y su lengua reitera sus gestos sobre los labios.

Se tiende sobre el pavimento para extraer lo helado. Se regula su respiración y los pálidos también distinguen sus cuerpos y se quedan en el centro de la plaza aún conmovidos por los ecos del grito.

Se ha dicho que ellos tienen los ojos prendidos a otros paisajes, pero ella, en la profundidad de su pose, les va borrando esa imagen; por su cara dañada ella es la que sin duda los rige.

De pedrerías es su cara, su piel como diamantes.

Sin duda se prepara para ellos al asumir en sí misma la posibilidad de rehacer la bautizada. Primigenia, se presenta ausente de resguardo, por voluntad propia está presta para el control del luminoso que, en la oscuridad, adquiere su profunda penetración. Todo está dispuesto, ella alisa sus ropajes, levanta su cara: se ha producido un vacío en la plaza.

Pero el luminoso no se detiene. Sigue transmitiendo los nombres propios hasta que la plaza no es nada más que ella y los pálidos que con la mirada fija se reconocen en el relampagueo.

Están esperando su turno, para que el luminoso los confirme como existencia, es decir, los nombre de otra manera: renacen así en este transcurso purificante, ya menos empalidecidos, porque se borra su color verificando la pérdida voluntaria de sus anales ciudadanos. Por eso merodean en la plaza que los contiene hasta la

luz, remitiéndolos hasta la felicidad antigua. Incubados de nuevo, la tecnología les da vida.
¿Dónde fuera de la plaza se obtendría ese privilegio?
Los pálidos, con las cabezas levantadas, se giran hasta el luminoso y empiezan sus movimientos de caderas perceptibles aún entre sus ropajes: sus muslos se tocan y se levantan del suelo. Pueden verlos adoptando otras identidades que se manifiestan en estertores anatómicos.
Pasan sobre el cuerpo, primero el nombre y luego su gama total de apodos.
Mientras ellos continúan con sus manipulaciones miméticas cerca del pasto hasta enterrar sus cabezas entre las piernas.
Los traspasados de insomnio, los estereotipados por palidez, los relumbrosos.
Sintetizando en su nombre singular todos los otros que lanza el luminoso hasta recoger para sí la identidad fundada en sus diversas apariencias. Y por eso, es ella la primera en comparecer en ese cuadrante, cuando la visibilidad es magra, cuando los ojos pueden confundir sus objetivos.
El luminoso continúa lanzando los nombres y apodos, atravesándolos, y nadie será así arrasado, nadie dejará caer lágrimas sobre la piel; lacios y abatidos de náuseas sobre la concavidad.
Esos que han obtenido con naturalidad su nombre propio, no pueden saber nada del vértigo de perderse en distintos residuos hasta dejar el clímax de la palidez como única alternativa, como mera carne disponible.
Vean la experimentación en la plaza, no solitaria ni buscada: impuesta es/ trama su pose y permanece en ella por un lapso de vida.
Así es como se vuelve a desprender de su antigua costra rugosa. Abandonada al ritmo de los cambios del luminoso y, ante cada golpe, se toma la cabeza arrastrándose hasta el banco de cemento con la cara demacrada por los movimientos que la consignan hasta el borde.
—siguió trémula en esos segundos para no desplazarse por segmentos porque estaba partida de plenitud al obtener salada muestras del escarnio, que no se midió en horas en que levantada y exhausta se tendió en poros translúcidos—
—no se repletó manada entre las piernas para recibir el luminoso contra su pecho toda la noche, hasta que su espalda era la veta de los árboles que la recibían a cada embate, estragada/ era una

imagen. Se encendió de aprensiones a las piernas producidas por órdenes desde su cerebro. Cada apelativo se constituyó con estatuaria simpleza/ vetó su ritmo en un discurso cifrado, versificando—

—aprensó el tronco del árbol para depositar allí el luminoso que ya refrotado asoló su córnea hasta perder la conciencia—

—no tuvo otro rostro que como mercancía se pudiera relevar más alto—

Aún retumba su grito en la plaza, agudizándose ante la caída del luminoso para volver a producirse nuevamente con la misma intensidad con que originalmente fuera emitido. Su grito que se vuelve circular hasta que los pálidos se tapan los oídos para retomar la normalidad de la plaza. Convergen hacia el centro huyendo de los sonidos. Se le acercan para que ordene terminar; a ella que ante esa reproducción rehace su propio delirio. Su boca se abre ante cada interrumpida. Copia con su boca, se dobla a sí misma/ los árboles, el césped, los cables, los faroles, hasta los bancos son atravesados: se ha producido una nueva secuencia.

Segunda escena, la producción del grito:

El lumperío se dispone en los bancos que rodean el eje de la plaza. Ella está de pie justo al centro. El luminoso desde el edificio cercano deja caer sus intermitencias aclarando su imagen. La oscuridad se extiende en esos alrededores. Se filma.

La cámara la capta desde el momento en que lentamente se tiende en el suelo boca abajo para permanecer en esa pose algunos segundos. Se establece una toma aérea que contemple la figura de los pálidos acurrucados sobre los bancos, destacándola a ella tirada en el suelo.

Simultáneamente, la otra cámara la seguirá en un primer plano de su rostro tocando el suelo, con los labios ligeramente entreabiertos hasta que ella levanta su cara manteniéndola erguida por algunos segundos y violentamente la estrella contra el suelo, golpeando la zona de su frente que se raja dejando salir la sangre que de inmediato la bañará. Se sentará en el suelo con la cabeza entre las piernas y así permanecerá por unos instantes. Se levantará y cuando sea tocada por el luminoso de su boca estallará el grito. Los pálidos se incorporarán de sus asientos. Serán registrados por tomas aéreas.

Permanecerán inmóviles cerca. Y entonces volverá a producirse el grito una y otra vez.
La escena se cortará con la cámara tomando el luminoso hasta su entrada en el edificio.

Para que ella se siente en un banco de la plaza y allí solamente su boca murmure —tengo sed— esa cara consumida, sus profundas ojeras/

Ah, por una pura mirada, por un gesto, yo habría contado otra historia.

Comentario a la segunda escena:
Gestar mediante la herida lo que se precisa para la producción de un grito. El mismo no va inmediatamente a la herida, sino algunos segundos después, no es un grito propiamente de dolor en su forma automática, sino más bien una instancia utilitaria para justificarla. Para decirlo de otra manera, no es la herida la que causa el grito, sino exactamente a la inversa; para herirse era preciso el grito, todo lo demás es un pretexto.
Por eso la reiteración continua del mismo. Volverlo a repetir amplificado hasta el ensordecimiento para que se vaya transformando lentamente —por tecnología— desde el timbre femenino a distintos gritos masculinos pero conservando las mismas inflexiones: idéntica curva de recorridos.
Hasta que después empiecen a superponerse grito sobre grito y se anexe también la voz de ella hasta la distorsión extrema. Mezclándose además en tono menor otros sonidos —por ejemplo— ciudadanos que en forma abrupta cesan. En la imagen el lumperío presenta rasgos de placidez, por qué no decirlo, más bien de felicidad.

Indicaciones para la segunda escena:
Hacer que resalte el privilegio del sonido inmediatamente que se ha producido la herida por medio del estatismo de la imagen. Solamente se filmará en planos medios y tomas aéreas. La fuerza de la secuencia es el grito que será contrastado con el descompromiso facial. La indiferencia relativa. Por esto la nueva bautizada revertirá el gemido primigenio.

Así:

La fiesta bautismal colectivizada.
Porque el que se libera de las culpas emana.
Bañado por líquido/
Se alivia.
Los desarrapados que reciben los rayos del luminoso.
Para repetirse en la pantalla como documentos: la fe del bautizo.
El griterío de la redimida.
Para que se ensordezcan con sus chillidos esos mismos extras.
Como calentura y obscenidad serán.
Hasta que agarrotados en sus gargantas cesen.

Por eso los pálidos se tenderán en los bancos de la plaza enronquecidos por el esfuerzo, abrumados por sus estertores, preparándose para las etapas que les procura el luminoso, ofertándoles la suma de nombres literarios cruzados de tradiciones que los convertirán a corto plazo en mercancías ornamentales.
Acceden al grito que los salvará. Para de nuevo ser objetos de deseo hasta la extrema manipulación. Cuando sean múltiples, vistosos, escritos de nuevo y señalados, perdiéndose en quizás qué espacios habitables por los sueños de este territorio.
Por literatura será, para que ése se engarce otra vez y hasta el luminoso se curve dejando caer el haz sobre su cuerpo, la transparencia. Y entonces salga de la plaza reverdecido y la plaza será lo único no ficticio de todo este invento.
Porque también la bautizada conduce al desenfreno. Véanlos en la ceremonia con sus caras pálidas y las pintas en que se ofrecen como la perdida que se vende —a cualquier precio— solamente porque la tomen en su oficio; como esta L. Iluminada que nada más se oferta a la mirada, que se vende a su imagen.
Por ejemplo:
Si su voz rectora no asolara la plaza entonces la producción del grito se suspendería en el exterior. Por eso ella inicia a partir de un acontecimiento la posibilidad de producir también en la garganta de los otros la misma trayectoria de su fusión.
Así permitirá la expansión hasta que la plaza —entonces— no sea nada más que una cuerda máximamente estirada por la cual en distintos canales confluyan esos tonos, agudos o bajos, y por griterío advenga la purificación.

Errores de la segunda toma:
Sin duda esta vez se han perfeccionado. Estos mismos se han volado como profesionales, han soltado sus cuerpos, se han sometido a la admiración condicionando sus pintas. En suma, han aprendido de la exhibición.
Sin embargo, tranca el absoluto del decoro de sus voces, esta permanente pacatería. Los que se rajan asépticos en la gritada no llegan. Si este grito no perfora, no sirve.
Habría que mejorarlo por laboratorio, con mezcla de voces, electrónicamente.
Pero no será así.
El error en el grito, su recato, será rehecho en la misma plaza, hasta que ellos se abran de sí y la tomen a ella en su máximo. A ésta que por la sonada de su voz, nada más que para ser proyectada en el telón, es capaz de doblar eficazmente el grito bautismal.

Sólo por eso se sigue reiterando el grito en la plaza y se vuelve coherente con el pestañeo del luminoso. Así en cada una de sus caídas le surge como acompañamiento.
Grito y luminoso se acechan/
Como enemigos en la noche compiten.
Hasta que el acercamiento se vuelva inevitable y se deborde la misma plaza en el abrazo obsceno en que grito y luminoso se acoplan. Se funden el uno en el otro y por fin —en plena noche— surge como uno el sacramento.
El sacramento en la plaza, la borradura del pasado y esos mismos —el lumperío de la ciudad— se convulsionan para sumergirse en su centro, para ser tocados en la testa que se doblega contra el cemento, suplicantes, con la saliva que cae y los ojos enrojecidos por el encandilamiento. Estos mismos desarrapados que se llevan las manos al pecho y sienten con dulzura los latidos de su corazón.

Porque no son ejércitos en la noche, no son nada en realidad. O más bien la puesta en marcha del momento primigenio de la bautizada, en que lo natural del agua se suplanta por la técnica que de modo más efectivo penetra y deslumbra.

Abren sus ojos, se dilatan las pupilas ante tanta maravilla y todo gesto, todo ropaje mostrará las dos caras del sacramento. Porque renacer es extraer el momento de la caída, el vicio que posaban y dejarlo es el máximo sacrificio para que la plaza —como lugar solícito— chupe en sí sus impudores y hervida sea el lugar de la

memoria, cuando perdidos y desesperados arrastraban sus cabezas contra el pasto antes que el luminoso les diera vida.
Por eso la plaza se ilumina en la noche. Nada más que por eso. ¿Qué manos encienden la luz eléctrica? ¿Para quién los bancos en la noche?
Pero ella está rodeada del lumperío que repasa sus papeles, sus roles asignados y el estatismo que los somete al aburrimiento. Estas son las tomas, la mera exposición de sus cuerpos que de tan propios se vuelven fastidiosos. Por eso se indagan para sacarse el partido que corresponde. Hurgan en su memoria filmográfica y es la ausencia del color, salvo el de la noche, la carencia.
Porque no hay colores, huella de matices hay.
Aunque esto no es verdaderamente exacto, las tonalidades existentes no llegan a sorprender por la estatura de lo cotidiano.
Ese es el problema.
Pero lo salvan justo a la hora en que deberán descansar en este resto de noche. Irán hasta los bancos de la plaza, no para dormir, sino para reimprimirse en las pupilas imágenes.
Salvados y rehechos permanecerán.

1.3 Aún en la noche —a oscuras— vuelven a la plaza y por eso:

1. Vuelven los pálidos a la plaza para permanecer allí con el cuerpo distendido, apoyados con sus espaldas en los árboles.

   árboles - césped - luz eléctrica - cemento
   ramas y cables que trasladan luz a los faroles
   faroles que también iluminan los bancos
   y mi cara de madona mirando su cara de madona.

2. Los pálidos se quedan en esa posición a pesar del frío que les cruza la cara y les hace esconder el rostro.

   lo vuelven de distinto modo —se tapan también— desarrapados, pálidos
   tengo sed (en la plaza) tengo frío (en la plaza)
   perfilada la frente - los labios - la nariz - perfilados enteros por luz eléctrica
   y mi cara de madona busca su boca de madona y toca interior su lengua profana.

3. Porque permanecer tanto tiempo expuesto al frío y rigidez hace que el cuerpo se agarrote.

   diseminados como esculturas —intensamente pálidos— en la plaza
   se estremecen las rodillas —duelen las orejas— escasea el aire en los pulmones
   adoloridas las manos —helado el rostro— cansado el cuerpo
   y mi lengua de madona moja su lengua de madona temblando.

4. La oscuridad no es para la plaza. La luz eléctrica denuncia cada vez los cuerpos apoyados contra los árboles.

   a una hora determinada —al oscurecer— se enciende la luz pública
   todos los faroles relumbran en la plaza
   cae la luz eléctrica sobre la plaza iluminada en sus costados
   y mi lengua de madona toca su pecho de madona y lo moja.

5. ¿No será una alucinación en la plaza? ¿Esos cuerpos serán ramas? borremos tales augurios.

monocorde la mente en la plaza —de olvido— de éxtasis
de éxtasis y rencor —de lástima— de locura
de muchos errores —de mente en blanco— de trabajo
y mis labios de madona sorben su pecho de madona con ansias.

6. ¿Si tuvieran el cráneo abierto? ¿Y si tuvieran sondas y vendas?

ya no supliques —en esa pinta— nadie te cree
pálidos gozan herrumbrosos de luces en las cabezas
disjuntos de cráneos —pelados— sodomitas - vulgares
y mi mente de madona apela a su mente de madona y la toca.

7. ¿Si perdieran sangre? ¿Y si se les fuera la sangre del cuerpo?

tengo sed (en la plaza) - jadean - se sientan - se apoyan en los árboles
rotas las cabezas - bisturíes en las orillas - cintas de metal
entra la aguja - traspasa la carne - se duerme el individuo
y mi surco de madona busca su surco de madona infértil.

8. ¿Si todo esto fuese un error? ¿Y si ellos no fuesen más que un puñado de perdidos?

búsqueda de pálidos en Santiago —almas oscuras— figuras cetrinas
salas asépticas —olores grávidos— ruidos de motores
frascos quirúrgicos - gasas traslúcidas - heridas abiertas
y mi mano de madona toca sus piernas de madona caliente.

9. ¿Y si estuviesen condenados? ¿Y si solamente arrastraran su condena?

ya no se enciende —ya no relumbra— la luz eléctrica
están distantes —están difusos— los cables
ya no se apoyan —ya no se acogen— en los árboles

y mis piernas de madona rodean sus piernas de madona con fuerza.

10. Aunque no: continúan en la plaza en medio de este frío con la espalda agarrotada.

con estigma de rasgos —marcados de fuego— despreciados
transparentes de cutis —ajados de rostro— diluidos en las miradas
bajo el cielo chileno —bancos de piedra y madera
y mis manos de madona abren sus piernas de madona y la lamen.

1.4 Cuando al oscurecer los insomnes llegan adornados al sitio escogido. Ahora que el frío aumenta y el cuerpo se traspasa azuloso. Tanto frío en la plaza que los pulmones se inundan y hasta la respiración cuesta.
Efectivamente, la oscuridad se hace difícil de disimular. Incluso los focos del encendido público no absorben la penumbra y los bancos de la plaza parecieran estar mojados por la helada.
Por eso no tendrán descanso. Podrán sólo a instantes dejarse caer afirmados contra un árbol para volver a realizar cualquier actividad y así desentumecerse.
Aparecen envueltos en extraños ropajes. Todas las modas se anuncian a retazos, pero siempre el colorido es tenue, desteñido. La misma opacidad que se complementa también con sus caras. Más bien una suma de trapos los envuelve: ropa sobre ropa se abrigan.
Porque pasar una noche con ese frío a la intemperie requiere de una determinada preparación y es por eso que acuden como complementos a diarios, ramas, desechos; cualquier cosa que por inflamación los caliente.
Están de pie en una de las esquinas de la plaza. Se frotan las manos y mueven sus pies. De sus bocas se escapan los vapores de los alientos. Sus rostros están borrosos recortados a contraluz.
Pero el luminoso gana con estas situaciones. Su caída sobre el centro de la plaza lo decanta aún más en plena oscuridad. Nada lo interfiere en su relumbrar, por eso lo miran a intervalos y ésos se emocionan todavía ante su creciente nitidez.
Y ella misma, que ha tomado su lugar, se va lentamente hasta su imagen y se pone bajo él para imprimirse.
Sus ropas grises reciben los tonos del luminoso. Le sirven de tela para su proyección.
Porque un grueso vestido de lana gris la cubre. Ropa en ella apenas funcional, pero que sin embargo la particulariza. Su cabeza prácticamente rapada brilla bajo las luces del luminoso y no puede evitar el movimiento que le da calor.
Están penetrados de frío que en Santiago, bajo el cielo raso, se vuelve insoportable.
Demacrados sus rostros por este efecto. Ella tiembla y ellos entonces empiezan a agrupar sus desperdicios: encenderán una fogata. Sin sorpresas para el que los mira, porque éstos abundan en la noche, calentándose a cualquier precio.

Es cierto que han encendido una pequeña fogata en uno de los costados del centro de la plaza. Los extremos de la figura construida por el luminoso se diluyen, aunque en una apreciación general aún conserva sus efectos. Se acercan a ella, incluso L. Iluminada, que los observaba desde lejos, se retira del centro del haz de luz para agruparse junto a los pálidos.

Alimentan el fuego constantemente y sus miradas se hipnotizan en las llamas que, aunque débiles, les dan calor.

Tienden sus manos y acercan sus rostros, algunos de ellos tiran más ramas y papeles para conservar el fuego. Por fin se sientan a su alrededor. Ella permanece de pie aunque sus manos también se levantan sobre las llamas. Se lleva las manos al rostro y se frota con ellas.

Cualquier ruido fuera de la plaza ha concluido, incluso los automóviles han cesado de circular, por eso cualquier movimiento de éstos se vuelve perceptible. Nada los interfiere.

Ella se ha alejado algunos pasos del grupo, insiste en volver al luminoso. Levanta la cabeza hacia la luz, pero de inmediato comienza a mover sus pies. Ellos siguen embelesados con el fuego, sus manos continúan tendidas y en sus rostros se ve un asomo de color. Algunos tosen por el humo, pero vuelven a incrementar la hoguera. La dureza del suelo los obliga a cambiar de posiciones e incluso algunos se levantan, aunque no se alejan del lugar.

En medio de su balanceo los mira y hay en ella un rictus especial. Los contempla detenidamente mientras abraza su propio cuerpo y se frota con las manos. Desde su ángulo se ve la cercanía de los cuerpos, la silueta recortada de sus brazos alargados, los perfiles de esos rostros. Sonríe al mirarlos con un gesto complaciente e incluso admirativo.

También constata que el fuego está a punto de extinguirse. Ella misma comienza a recorrer la plaza y pese a la oscuridad alcanza a distinguir papeles o ramas o cartones. Todo esto se empieza a acumular entre sus brazos. Va hacia ellos y deja caer el precario combustible. Vuelve a los rincones de la plaza y una y otra vez recoge sus residuos.

Pasa el tiempo. Vuelve en el último viaje, pero de sus manos caen algunos pocos papeles y una que otra rama.

En fin, ella ha limpiado la plaza.

Pero todavía la fogata será alimentada por otro lapso de tiempo. Ellos seguirán protegidos del frío, para que ella pueda seguir

contemplándolos con la luz del luminoso y así los examine en la perfección de sus poses y cada mano que se extienda sobre el fuego sea analizada en sus características particulares, también sus espaldas curvadas, sus movimientos y hasta el sonido de sus ropas.
Por eso cambia de lugar en el centro de la plaza. Se mueve en este eje como punto de observación hasta lograr ver el rostro que correspondía a la espalda, para ver las otras manos tendidas, los perfiles, el gesto que acompaña el cambio en la pose. Por eso su mirada está atenta y su rostro anhelante. Ya no importa el frío, perdería el placer de la observación si se confundiera con uno de ellos y por eso mismo nadie testificaría la escena: corrigiendo los ángulos, midiendo la crecida del fuego cada vez que se implementa.
Se desplaza con rapidez hasta que el vértigo de la mirada permite sólo la observación de fragmentos. Como un travelling su mirada.
Pero también se extenderá la otra mirada y ella allí será consignada como la que mira.
Porque si bien esta imagen que han construido es de tristeza, también de placer es.
Porque el luminoso los ordena en una alterada magnitud.
Que aunque la calentura de la electricidad es insuficiente produce desvaríos. Por eso ella la prefiere y los pálidos se acercan a su roce para encenderse.
Pero volvamos, si las llamas los mantienen abrigados a ella se lo deben. Pero no como bondad, ha sido para su propio gusto. Por las visiones que les saca en el agrupamiento.
Ya de observación se ha repletado. Empieza a seguir ahora los tonos que el luminoso le deja sobre su ropa. Un rayo le marca sus vestidos y la deja iridiscente. De una forma distinta a la luz de las llamas sobre las siluetas de los pálidos, como si la técnica la embelleciera dejando a los otros en la tradición fantasmal.
Esos parecen opacos y disminuidos, ella en cambio construida está.
Parece imposible que puedan continuar quietos junto al fuego. Empiezan con frecuencia a volver su rostro hacia ésa que se ubica bajo el luminoso y de uno en uno se levantan para acercarse.
No han terminado la ceremonia.
Le han dejado un hueco para que se acerque a la hoguera evitando que los cuerpos la rocen. Proyecta sus propios rasgos a través de las llamas, enmarcada por el luminoso que la embellece.
Ella toma su lugar.

El lumperío se dispone entre las luces de la plaza.
Está hipnótica al mirar la enrojecida llama: el calor la adormece, sus ojos se entornan, su cuerpo se curva sentada sobre el suelo, su actitud general es de descanso.
Pero vaya si la desafían; esa manera de pararse bajo las luces como provocándola: otra identidad los corrompe.
Para que ella responda la empujan con señales inequívocas, le extraen fuerzas, la estimulan para llevarla al desborde.
Ha bajado sus ojos para no mirarlos. Se resiste a ello, adjura por primera vez del luminoso. La fogata ha perdido su inocencia.
Ataca sus impulsos y sus dientes muerden sus labios, sus manos apretadas. Suda.
Pasan desde los gestos procaces a la indiferencia, pero es indudable que la hostigan, se añade el vértigo del luminoso, toda la plaza se torna amenazante.
Solamente para que ella murmure —tengo sed— arrimada al fuego, indefensa, tiranizada por su propia estadía —cuando yo misma estupefacta me he sentido llevada de mí a sabiendas de lo que me esperaba, sola y encendida (ardiente estaba) y esta cara desencajada me auspició una única alternativa—
Solamente para otorgarse nueva identidad acude a la tradición y como una cita, frente a la fogata acerca su mano, adelanta su mano sobre las llamas y la deja caer encima.
Los satisfechos se tienden bajo las luces, reposan sus cabezas en el cemento. No la miran.
Y su mano abierta sobre las llamas cambia de color, también su cara se reviene. Mira la mano, las ampollas que se levantan, la contracción de los dedos.
El nuevo daño se ha producido y por ella otros dañados comparecen. Se ha abierto un nuevo circuito en la literatura.
Apoya su mano en el cemento frío. Se estremece. Se avecinan para ella convulsiones.
Dice —tengo sed— y los otros comienzan ahora a mirarla sin perder uno de sus movimientos. Los apodos recaen sobre ellos con propiedad. Ya no hay rastros de sublevación: Vaya bautizada.
El terror la inunda —ya no siente dolor— o acaso lo siente, pero esa mirada perdida la conduce al desequilibrio. No ve su mano que la ha alejado de sí para dejarla sobre el cemento, su mano caída sobre el suelo.
Porque en todo lo que resta de la noche no se acercará a ésos.
Su noche de gloria que de la desesperanza la impulsa a esta

felicidad, a la extendida sobre el cemento frío de la plaza. Ya no es sólo ella, sino el robo que ha hecho de los otros.
Y así la quemada le dará nueva cicatriz que le forjará el cuerpo a voluntad.
Ha quemado su mano en la incipiente pira y su carne ennegrecida le encoge la piel. Descubre su brazo atestiguando la desigualdad de color. Definitivamente ya no le duele. Y por primera vez los mira y ahora es ella la provocativa. Ni un grito ha escapado de su boca. Ella es una profesional.
Los mira y levanta para ellos su mano. El fuego está muerto y sólo el reflejo del luminoso y los faroles permiten la observación de su gesto. Abre sus dedos lentamente. Muestra la palma de su mano. Se cubre la cara con ella.
Así quedarán plasmados para que ellos con el entumecimiento y el frío se erijan en victimarios como rol asignado, para llegar a ser de nuevo en esta función victimarios de su propia indefensión. Con este nuevo poder se distienden todavía más. La noche les ha otorgado autonomía.
Con la palma de la mano entre sus labios dice —tengo sed— y son sus mismos labios los que la hieren con sus movimientos.
Pero entonces con la boca pegada a su mano comienza el sentido inverso de su frase. Desconstruye la frase, de palabra en palabra, de sílaba en sílaba, de letra en letra, de sonidos.
Torciendo su fonética. Alterando la modulación en extranjero idioma se convierte. Ya no es reconocible y su garganta forzada emite con dificultad las señas. Separa su mano de la boca perdida de la legibilidad del mensaje. Por eso su boca abierta ya no es capaz de sacar sonido, ni menos palabras.
Ha desorganizado el lenguaje.
Sus esfuerzos son considerables. Parece más bien una muda que en su necesidad de expresión gesticulara abriendo exageradamente su boca, entrecerrando sus ojos y entonces se convirtiera en un espectáculo grotesco para aquel que, sin esfuerzo, y en armonía se deja oír.
Enferma parece.
De esos limitados en sus capacidades que insisten en mostrarse ante los sanos para participar entre ellos.
Los desarrapados en el centro de la plaza están sorprendidos y la compasión los inunda. Muy juntos sus cuerpos sin ambages se tocan. Es algo más que una medida de protección. Contornean sus cuerpos sólidos bajo el luminoso. Mirarla en esa situación de

deterioro, haberla empujado a eso por la minusvalía de la mirada los hace llegar a constituirse en otros.
Agrupados en el centro y sobándose mientras ésa se mantiene rebelada por su condición.
Por este momento, nada más que por brutalidad, se arma la siguiente secuencia.

Tercera escena:

Ella está tomada desde el minuto en que se acerca al fuego. La cámara hace un travelling hasta que se queda a la orilla de la pequeña fogata.
Por corte la escena mostrará el lento agrupamiento de los pálidos bajo las luces. Será tomada en plano medio. Vuelve la cámara a ella que se deja adormilar junto al fuego en una actitud relajada, una pose que dé cuenta de lo placentero del calor hasta que ella lentamente vuelva su cabeza hacia el lumperío. Entonces la cámara los toma a ellos y muestra la intensidad de sus miradas, el anhelo general, más bien una perversidad gestual. La cámara la toma en su resistencia. Intenta cerrar sus ojos para no verlos. No puede. Finalmente se vuelve hacia las llamas y muy lentamente acerca hasta allí su mano izquierda para sumergirla. Su cabeza se hunde sobre el pecho y sólo es perceptible el ángulo de inclinación.
La cámara capta en primer plano la mano consumiéndose en las llamas hasta que se retira. Se toma ahora el lumperío que ya no la observa, ensimismado como está con los rayos del luminoso.
Ella se deja caer sobre el pavimento y separa el brazo del cuerpo hasta reposar la mano sobre el suelo. En primer plano se toma parte de su rostro que modula —tengo sed— y la cámara se aleja y toma en gran angular la plaza.
Toma de tres minutos de duración.

Porque alguno podría decir que nadie quemaría su propia mano por una simple mirada/ ah si tú dices eso es que no sabes nada de la vida.

Comentario a la tercera escena:

Cuatro instantes confluyen a la escena que entre sí no son independientes:

El luminoso que va a regir esta nueva identidad, los pálidos que la adquieren, ella que se somete, y quemada y palabra como unidad. Por eso rictus, gestos, expresiones se van elaborando. La sutileza confirma esta escena en un borde extremo frente al cual el traspaso deberá ser absoluto. Por eso se debe explotar el intercambio de la situación. Se presenta aquí una escena basada en la seducción que cada uno de los elementos ejerce sobre los demás.
Será vista como eso, la escenificación de la seducida. Desde su resistencia hasta la entrega total. Esta misma humildad de la entrega en ellos que, partidos, se quedan atónitos ante sus logros. Por eso la displicencia, el recato, la pasión, el terror de los que toman y son tomados aflora y así la que acerca la mano a las llamas hasta achicharrarla es la misma que al conquistar es conquistada. De entrega es esta escena.
Esta fuerza de la mirada, su relumbrante poder.

Indicaciones para la tercera escena:
Por delicadeza será construida. Sólo así afrontarán la cámara más humilde que antaño. Estarán desprovistos de resabios defectuosos. Por eso, éstos estarán ductilizados en su totalidad al producirse ante sus propios ojos el cambio. La sorpresa ante su fragilidad los empujará a la perfección.
Toda sutileza está aquí contemplada para que surja y atraviese la cámara, que será sometida de una manera especial, como si fuese de algodón, como materia frágil será conducida. De la misma manera el luminoso, los bancos, los árboles, los cables, los faroles, el césped, se imprimirán en el telón con igual dulzura y distancia.

Por eso:

Cuando por frío los dedos se agarrotan.
Se entorpece la respiración siendo intenso el dolor en la espalda
duelen los huesos del cuerpo
y todo abrigo es poco
por frío corren lágrimas sobre la cara
y sólo por eso ella limpia la plaza hasta que la
helada la confunde y su mano permanece expuesta
a la llama que ella misma ha cuidado y por displicencia cae en la hoguera.

Ella misma se rebasa en lo que el dolor deja como hueco y allí la confundida se entrega. De pura voluntad otra estructura se construye y ella, ella es la suma de los otros que en la agresión resplandecen.
Y toda palabra sea entonces idéntica a la fulguración corporal al rehacerse en otro espacio con la plaza como telón. La evocación de este paisaje construido; el respiradero de la ciudad.
Luz del luminoso, herida, grito y atentado, se conviertan sólo en un eco del lumperío que sufre transformaciones hasta que sus pieles se tornen fosforescentes y la imagen de la literatura aborde y condicione unos cuantos escritos. Encarnados en el brillo que se le saca a esos cueros marchitos, depreciados. Porque tendidos en la plaza sus mentes serán cuerpos para que L. Iluminada —como material de observación— reviente en la letra la pesadilla de estas noches.

Si por ejemplo:
El luminoso no hubiese caído sobre el centro de la plaza éstos no habrían accedido al privilegio de la bautizada. La literatura se construye de azares, de la llegada hipotética a la plaza de unos cuantos que se sientan en los bancos para que los otros los miren y los descifren. Y lo que se vende por la irradiación del luminoso instalado en la altura del edificio cercano, es la equivalencia a la plusvalía que alguien pudiera sacarle a unas palabras desplegadas sobre el libro.
Libro que muestra al luminoso que vende: lenguaje será.
Y esa que llega a duras penas en la noche con un precio anticipado, deambula de signo en símbolo, hasta que desbordada sea uno de esos casos que más valiera la pena olvidar.
Sellar y tambalear lo dicho. Clausurar la escena. Quemar las tomas. Abominar de la cámara.

Errores de la tercera secuencia:
Más que nada por agotamiento han llegado a producirse disparidades. Algunos desatentos no han llegado a la toma en momentos exactos e incluso, la caída del luminoso se presenta como opacidad. Están cansados, hasta ella que se mantenía en línea ha dejado caer su mano sobre las llamas en forma rápida, sin emociones, en un gesto descuidado. A menudo, en esta toma los ha mirado

desdeñosamente evidenciando sus pintas, tal como si buscara otros horizontes.
Ellos no la miraban, porque su quemada no los conmovía y ella misma parecía que recogía los residuos de la plaza nada más que por llenar su tiempo, es decir, para agilizar su estadía.
Pero, sin embargo, estos mismos han logrado, a pesar de todo, mostrar sus más plugientes miradas. Han roto un par de prejuicios. Se saben imprescindibles en sus modales.

Aunque de verdad que lo han repetido: gesto por gesto, paso por paso para el afuera de la cámara y en esta reiteración han arrastrado sus manos por el cemento frío de la plaza, han reptado por ella como animales y en su arrastrada han verificado la absoluta falta de base. Por eso como enajenados la buscan y lamen su cuerpo, se abrazan al pavimento, llegan al césped. Han rehecho la escena y entonces ella no ha sumido su mano al fuego, sino que tranquila y reposada ha dicho —tengo sed— y el lumperío con mano gentil le ha procurado el alivio y ella los ha ido tocando uno a uno, como una ciega que quisiera retener las facciones del otro, sus gestos posibles. Todos han sido tocados y cada uno de ellos le ha procurado calor.
Porque sí el frío era real; cruzaba los huesos, sacaba el alma. Y los empalados se han entendido en esas horas fuera de toda morbidad: como acunados han permanecido.
Supieron desde siempre que la escena sería rehecha, nadie quiere para sí tales sufrimientos.
Porque de dulzura también éstos permanecen y sus actuaciones son todavía más precisas, altamente técnicas, porque en cada escena se impide el daño.
Veámosla con su mano extendida en la plaza. Es una de las partes más bellas de su cuerpo. Su mano que lo toca. La conductora.
Si es que ella repitiera en el relato —tengo sed— cualquiera, hasta el más desarrapado, le untaría los labios para dejarla plena.
Transportada sería y cámara alguna doblaría su expresión.

2

Me preguntó: —¿cuál es la utilidad de la plaza pública?

Yo miré extrañado a ese hombre que me hacía una pregunta tan rara y le dije un tanto molesto: —Para que jueguen los niños.
Pero su mirada siguió pegada a la mía y me dijo: ¿Sólo para eso?
Bueno —le respondí— es un área verde, trae oxígeno al ambiente.
Pero cuando ya creía que se iba a ir a otro tema, me dijo: ¿De veras que es sólo para eso?, piensa un poco más.
Entonces empecé realmente a esforzarme por recordar las escasas veces que yo había permanecido allí, lo que había visto y le contesté: —En verdad es un sitio de recreación, aunque también llegan muchos enamorados, ahora que lo pienso, está también llena de enamorados.
—¿Y qué hacen los enamorados en la plaza pública?
—Se besan y se abrazan, le dije.
—¿Y qué más hacen allí?, continuó.
—A veces he visto que tocan sus cuerpos, contesté.
—¿Qué quieres decir con que tocan sus cuerpos?, insistió el otro.
—Se acarician, dijo el que interrogaban.
—¿Y en qué lugar exactamente ocurre eso?, dijo el interrogador.
—Generalmente están sentados en los bancos de la plaza, aunque a veces están apoyados en los árboles pero esto pasa menos. Ellos se tocan acariciándose sentados sobre los bancos.
Así lo hacen.
El interrogatorio pareció detenerse, o al menos, el silencio lo indicaba así. Por eso, cuando la voz del otro se levantó de nuevo el interrogado se sobresaltó.
—¿Y qué más has visto en la plaza?, preguntó con energía.
El interrogado se demoró unos instantes en contestar:
—He visto viejos que también se sientan en los bancos, especialmente con sol hay muchos viejos, dijo.

—¿Y qué hacen los viejos sentados en los bancos? ¿cuánto tiempo se quedan?, preguntó el interrogador.
—No hacen nada, piensan, pero si alguien se sienta a su lado ellos intentan conversar, por eso tal vez siempre están solos o bien se sientan de a dos o tres, pero nunca conversan entre ellos, sólo hablan cuando su vecino de banco no es un anciano, respondió el interrogado.
—Pero no contestaste toda la pregunta, dijo el otro, ¿cuánto tiempo se quedan allí?
—Por muchas horas, contestó.
—¿Quiénes más acuden a la plaza?, insistió el que lo interrogaba.
Se agotaban sus respuestas. Tuvo que concentrarse una vez más en su magra observación de la plaza hasta que una imagen llegó a su mente. Por eso le dijo con tono seguro:
—Mendigos, se ven algunos mendigos. Eso dijo.
—¿Mendigos?, ¿y qué hacen ésos?
—Se tienden en el pasto y he visto algunos que lo hacen sobre los bancos. Duermen de cara al sol cuando lo hay, o bien si es Invierno y hace frío se tapan con trapos o con diarios, dijo el que interrogaban.
—Y los demás ¿se molestan por sus presencias?
—Nadie se acerca a ellos y si hay niños cerca, éstos son llamados por sus madres. Donde ellos están se produce un vacío. Creo haber oído alguna vez que está prohibido dormir en las plazas, dijo el interrogado con un dejo de entusiasmo en la voz.
—¿Quiénes más, preguntó el que lo interrogaba, aparecen por allí?
El creyó que ya no tendría respuesta. Qué más podría haber en la plaza fuera de unos cuantos que mataban allí su ocio. Dios mío, quiénes más acudían a ese lugar. Sabía sin embargo que debía responder, más le valía al menos, por eso dijo:
—Algunos desquiciados, llegan algunos locos que están muchas horas igual que los demás, pero éstos, a diferencia de los otros, hablan solos e incluso hacen discursos incoherentes —se expresaba ahora más sueltamente— pero la gente, si bien también se aleja de ellos, no tiene la

misma actitud que hacia los mendigos como si supieran que ninguno les va a hacer daño. No es frecuente que aparezcan, pero tampoco es tan extraño verlos allí.
—¿Y cómo sabes tú que son locos?, dijo el que lo interrogaba.
—Bueno, contestó, es fácil; por sus gestos, por lo que dicen, no sé, hay algo en sus miradas que hace imposible confundirlos. Se ve de inmediato que son enfermos, que algo anda desajustado en ellos, están en otra parte, su mente está en otra parte.
—¿Recuerdas a alguno en especial?, inquirió el interrogador.
—No, a ninguno en particular. Me parecen tipificados, como si se constituyeran por suma, dijo, o tal vez es siempre el mismo que se presenta más desgastado cada vez.
No sabía que más podría venir si seguían en eso. Ya el haber incluido a los dementes en la plaza le parecía asombroso, pues en realidad, casi no había reparado en ellos. Siempre su permanencia en la plaza era más bien un intermedio entre una cosa y otra y como tal, ese lugar no llamaba su atención. Por eso le parecía ahora que era una especie de observación inconsciente lo que afloraba y que vio mucho más allá de lo que había imaginado. Así estaban las cosas. Pero estaba seguro que las preguntas se habían agotado.
Pero no. Se alzó la voz para decir:
—Está bien, revisemos todo de nuevo, ahora en forma ordenada y coherente. Describe la plaza, sólo eso, descríbela en forma objetiva.
Era absurdo, definitivamente lo era. No iba a proseguir con ese juego, por eso dijo:
—No, no lo haré, es algo estúpido.
El interrogador lo miró y le respondió:
—Hazlo. Simplemente eso dijo.
—Es un cuadrado —contestó el que interrogaban— su piso es de cemento, más específicamente baldosas grises con un diseño en el mismo color. Hay árboles muy altos y antiguos y césped. A su alrededor se disponen los bancos; algunos de piedra y otros de madera. Los bancos de madera están pintados de verde y entra en con-

cordancia con el color del pasto y de las ramas de los árboles. Algunos de estos bancos están deteriorados por el uso, faltan tablones en los respaldos de los asientos, o bien listones en los asientos mismos. Los que se encuentran en buen estado son los bancos de piedra, de seguro por su material.
—¿Y los cables de luz eléctrica y los faroles?, dijo el interrogador, ¿acaso no los has visto?
—Sí, es verdad, respondió el otro, hay cables y faroles. Se divisan los cables por entre las ramas de los árboles y los faroles se disponen alrededor de la plaza. También están pintados de verde. Pero no se prestan para una mayor observación. Su función se evidencia en la noche cuando se enciende la luz.
—¿Y qué efectos dan cuando la luz está encendida?, dijo el que lo interrogaba.
—Se ve fantasmagórica la plaza, como algo irreal, dijo. Para ejemplificar parece un sitio de opereta o un espacio para la representación. Todo eso está muy desolado entonces.
—¿Has estado allí en la noche?, preguntó, quiero decir: ¿has permanecido?
—No, dijo, nunca he permanecido allí en la noche, sólo he pasado cuando he ido en camino a otra parte, pero quedarme, jamás.
—Está bien, dijo el interrogador. Dejaremos este punto por el momento, pero dime entonces, en el día: ¿quiénes llegan a la plaza?
Tenía que seguir el juego. En esa situación el comportamiento adecuado era no dejarse vencer por la ira ni por el cansancio.
La obediencia era lo que correspondía.
Por eso calmadamente contestó:
—He visto niños que juegan allí acompañados por sus madres o una empleada que los vigila sentadas en los bancos de la plaza. Conversan entre ellas mirando de rato en rato a los niños que no se alejan mayormente. Algunos pequeños de corta edad se caen y se golpean en el cemento, entonces, las madres o la persona encargada se levanta y los consuela hasta que los llantos cesan. A veces pelean entre ellos lo que obliga al adulto que

está a su cargo a levantarse de su asiento interrumpiendo la conversación para separarlos.
A los niños les gusta extraordinariamente el césped, ruedan sobre él, lo arrancan y de esa manera no sólo ensucian sus manos, sino que además sus ropas. Las madres a veces no los ven hasta que los niños se acercan y entonces les dirigen palabras de reconvención. Algunas madres tejen e incluso otras bordan y llevan en sus bolsos alimentos para los pequeños. Al atardecer se levantan despidiéndose y se alejan con los niños en los brazos o de la mano. La hora exacta va a depender del clima, pero salvo en caso de lluvia siempre hay niños en la plaza.
Lo dijo de un tirón, como una lección bien aprendida, en tono suave como se recitaría una buena pieza literaria, así lo dijo.
—Pero también llegan viejos a la plaza, continuó, están siempre abrigados, sea Invierno o Verano. Están solos y buscan sentarse al lado de alguien para iniciar una conversación. El pretexto siempre son los niños, pero generalmente la otra persona se cambia de asiento y por ello es frecuente ver dos o tres ancianos compartiendo el mismo banco en silencio. Prefieren los bancos de madera evitando los de piedra. Se quedan por varias horas ahí con la mirada que va de un lado a otro. Las mujeres también tejen y los hombres leen el diario a medias, pues sus miradas se distraen ante el panorama general de la plaza. A menudo se retiran dejando el diario sobre el asiento cuidadosamente doblado.
Pensó que debía agregar mucho más sobre ellos, podría hacerlo, pero no lo hizo.
—También llegan enamorados, dijo. Parejas que se sientan en los bancos tomados de la mano. Hablan muy despacio y de cuando en cuando se besan. A veces están sentados en el mismo banco que algún anciano, el que visiblemente molesto mira hacia otro lado. Las parejas ríen y la mujer acaricia a algún niño cuando jugando se acerca.
También la plaza es a veces escenario del fin de alguna historia. Conversan largamente y alguna vez la mujer llora sin disimulo. El hombre entonces se siente visible-

mente avergonzado a causa de los otros que miran la escena y abraza a la mujer, no por gesto amoroso, sino para cubrirla ante la mirada de extraños, como si temiese que los demás lo culpasen. En esos instantes la mujer olvida el entorno, pero el hombre está pendiente de lo que los demás pudieran pensar de él. Generalmente el hombre convence a la mujer de irse con rapidez y ella abandona la plaza llorando.
Se puede observar también a otras parejas que se juntan clandestinamente. Se sientan en los bancos apartados, miran la hora a menudo y la impaciencia condiciona cada uno de sus gestos. Esos siempre parecieran que están al borde del fin. Uno de los dos está a la fuerza, como requiriendo un lugar más íntimo, pero paradójicamente abundan en la plaza, como preámbulo para algo. Ellos no se quedan mucho tiempo, pero siempre tienen un ritmo distinto al resto de la plaza. No se percatan de los demás, por un presunto terror a ser descubiertos en su clandestinidad. Bajan el rostro cuando una mirada se cruza con la de ellos. En resumen, están allí a su pesar como una manera de diluirse jugando con el azar.
Pero algunos jóvenes se acarician sin disimulo. Se dejan llevar en el umbral de sus sexualidades. También éstos se apartan en los bancos más alejados, o se tienden sobre el pasto y sus cuerpos se frotan. Evaden la mirada de los otros y sus manos se deslizan con sutileza. Pero sus caras los denuncian. Uno podría darse cuenta de que la posesión es inminente, que el deseo se tiende en la plaza.

Se interrumpió. Con los ojos bajos dijo —tengo sed—
El que lo interrogaba le respondió:
—Más adelante, concluye primero.
—Pero no sólo los jóvenes tienden su deseo en la plaza, siempre están presentes las diferentes edades a través de las distintas intensidades con que exteriorizan su procacidad.
Pensó que todavía podía nuevamente agregar mucho más, pero decidió guardar algunas reservas. Además todavía le quedaba mucho que decir de las personas de la plaza y su sed iba en aumento.

Al revés, debía ser más sintético, ahorrar el máximo de palabras siendo certero en lo que quería expresar.
—Los mendigos, dijo, llegan a la plaza y permanecen a intervalos en ella. A veces, incluso llegan grupos de ellos. La gente les teme y evita que sus hijos se les acerquen. Son presencias amenazantes, no sólo por el peligro de agresión, sino que por un posible contagio de alguna enfermedad que se pudiera extender por roce o cercanía. No piden limosna. Incluso duermen allí tapados con trapos o simplemente con diarios que cubren sus cuerpos en los días helados. No les importa el banco, que puede ser de madera o de piedra. Duermen con la boca abierta y muy profundamente. Otros vuelven al lugar varias veces al día, como si tuvieran algo que hacer y retornaran a la plaza a descansar. Es posible que vayan a algún bar que hubiese cerca. Eso es muy posible, ya que casi todos ellos están alcoholizados. Se ven demacrados y envejecidos. Las mujeres apartan a sus hijos y ellos mismos ni siquiera intentan conversar con nadie. Se saben alejados del resto. Pero, sin embargo, están con la propiedad que les otorga el lugar público. También es notoria su indiferencia para con el resto y su enorme capacidad de desconexión con el entorno. Es frecuente también que empiecen a arreglar la bolsa con cosas que portan e incluso, saquen algunas tiras y venden sus piernas que yo he visto ulceradas y heridas. Si están en eso y un niño se les acerca, su madre o la persona encargada se los lleva rápidamente, reprendiéndoles y explicando en voz alta que nunca, pero nunca deben acercarse a ellos, que son peligrosos, que están enfermos. Sus edades son indeterminadas, en fin, siempre están yendo y viniendo.
Debería agregar a los otros que también rodeaban la plaza, los estudiantes, las personas de paso, pero sería interminable. A no ser que fuera imprescindible no lo haría.
La mirada del otro lo incitó a continuar, la impaciencia se asomaba a sus ojos, por eso le dijo:
—Algunos locos también aparecen y frente a ellos las personas mantienen una actitud distinta que frente a los mendigos. No porque se les acerquen, sino más bien se

nota en ellos la conmiseración mezclada con la ironía y el asombro. Ellos, por su parte, se caracterizan por sus discursos incoherentes que dejan oír en distintos tonos. Algunos, incluso con virulencia. Están vestidos de modo similar al de los mendigos, pero con toques mayores de extravagancia. Tampoco miran al resto. Aunque sus discursos están cruzados por insultos a un público que nunca conforma el que los escucha. La vida de la plaza no se altera por su llegada. Después de algún tiempo se van y el ruido de sus voces continúa después de sus figuras.

—Eso es lo que sé de la plaza, nada más podría agregar.

El interrogador se levantó de su asiento y lo miró desde lo alto, obligándolo a levantar su cabeza y le dijo:

—Estás cansado.

—Sí, dijo el interrogado.

—Ya descansarás, más tarde, todavía debes responder algunas preguntas. Y subiendo el timbre de su voz le preguntó:

—¿Quiénes llegan hasta la plaza pública?

—Los niños, los que los acompañan, los enamorados, los ancianos, algunos mendigos, ocasionalmente algún desquiciado, contestó el que interrogaban.

—Describe la plaza, dijo el interrogador.

—Arboles y bancos, baldosas de cemento, césped, cables de luz, faroles, respondió el otro.

—¿Hasta qué hora permanece la gente ahí?

—Hasta la caída de la luz natural, hasta que se encienden los faroles.

—¿En qué ocasión la plaza está vacía?

—En días de lluvia, en la noche, en esas situaciones nadie se queda en la plaza, respondió.

—Vamos, di la verdad; ¿son tan distintos los mendigos de los locos?

—En realidad no son absolutamente distintos entre sí, pero los locos siempre están hablando, parecen enardecidos, pero hay algo en común que pasa por sus facciones, por el abandono de sí que presentan, contestó el interrogado con voz cansada.

El interrogador guardó silencio algunos instantes y su voz se elevó de nuevo:

—¿A qué hora se enciende la luz eléctrica?

—No sé exactamente, pero su encendido corresponde al de toda la ciudad. Cuando se ilumina la plaza están también iluminándose todas las calles de Santiago.
Algo en definitiva se había roto. Las preguntas se trivializaban cada vez más. Pero no era cosa de ponerse a discutir. Hasta donde pudiera iba a responder cualquier asunto que le preguntaran. Porque algo dependía de eso, si no por qué el otro ocuparía ese tono; la impavidez de su mirada, la falta de gestos faciales, la profesionalización de esa situación. Tal vez era humillarlo o el preámbulo para llegar a algo significativo y entonces él estaría tan cansado que diría, suplicaría y pediría agua, porque su sed sería entonces insoportable. Por eso volvió la vista con prontitud cuando el que lo interrogaba dijo:
—Yo también he estado allí y sólo por eso sabrás todo lo que esto podría alargarse para llegar de todas maneras a la inevitable conclusión. Así es que no dilatemos el asunto. Dime:
—¿Qué has visto cuando se enciende la luz?
—No he visto nada.
—¿Nada? Yo vi las tomas y es más, las desmonté hasta el momento de desarticularlas, cuadro a cuadro. Fue un tiempo excesivo en que el rayo de luz me daba en la cabeza, pero aún así estuve hasta que terminé con ese trabajo.
Eso era, pensó el interrogado, de ahí su actitud. Todo se simplificaba si el tipo ése había visto las tomas. Eso le permitió decir:
—Sí, yo te vi y te reconocí desde el primer momento. Cuando la cámara te tomó tal vez tu actitud era distinta, pero sin duda era un gesto muy tuyo el copar ese ángulo completo:
cuando ella estuvo a punto de caer y se tendió el brazo del hombre que lo impidió. Así estuvieron hasta que él, que se inclinaba sobre ella, le dijo algunas palabras con el rostro mojado por las lágrimas y fue una confesión lo que L. Iluminada le lanzó en medio de la plaza a ése que la escuchaba, envuelta en su traje gris, con la pelada baja y su boca casi en el oído del hombre que sí estaba preparado para ese acontecimiento.

Se extendían entonces los cables para constituir la escena. Fundidos en uno paisaje y personaje, escritura y medio, error también para alabarla.
Qué diría:
Nada de lo que pudiera decir haría tambalear lo sostenido y, sin embargo, el mero gesto familiar de acercar su boca al oído de un desconocido podría generar en otros la pasión —de ella la desesperanza— Imagínate decirle algo así a un perfecto extraño.
Exponer ante otro su preferencia.
Fue un equívoco constante porque su voz estaba baja y los automóviles que seguían pasando tapaban las palabras. El escuchó a medias y completó con sus pensamientos y con sus deseos lo que quería oír.
Cambió palabras, suprimió frases enteras, obvió parlamentos importantes por creerlos secundarios. No pudo extenderse a totalidades. Ni siquiera reparó en sus gestos, ansioso como estaba por consumirse en los contenidos.

Pero olvidemos lo superfluo, se constituye la cuarta escena:
Pongámoslo de esta manera.
La proyección de dos escenas simultáneas.

1. Interrogador e interrogado.
2. La caída de L. Iluminada.

Pero tal vez una podría fundirse en la otra y así es el hombre (cualquiera) el que estuviera a punto de caer en la plaza y otro hombre (cualquiera) se levantara prontamente de su asiento y lo sostuviese para prevenir el golpe en el cemento y después de eso, quizás, el accidentado le confesara el motivo de su distracción; que se hubiera debido a unos tragos de más y el otro pudiera pensar que cómo ayudó a un simple borracho.
Pero si tampoco fuese así y el hombre ése hubiese estado enfermo, realmente enfermo, buscando un lugar donde descansar y, sin embargo, no alcanzó a llegar hasta el banco de la plaza y ahora, gracias a la mano salvadora, lo

consiguiera y reposara un rato hasta que todo el malestar desapareciera.
Aunque pudiera ser el cansancio el que lo hizo trastabillar y, por lo engorroso de la situación ni siquiera agradeciera la ayuda y se sentara sin mirar al otro para reponer sus energías.
Si eso ocurriera, entonces se subvertiría la caída en la plaza y sería a ella tal vez a la que interrogaban y de su boca no habría salido palabra, porque interrogatorio aquí es vocablo sagrado y por cámara se habría valorado solamente su expresión.
Si ella interrogara en cambio, de confusos asuntos habría tratado. Por todo esto sería del todo imposible la suplantación de la escena.
Aunque se insertará como telón de fondo, escena sobre escena: interrogador e interrogado. De esas palabras secretas se dispondrá. Ya están catalogadas en cintas magnéticas para ser repasadas como posibilidad de diálogo, como elementos subrepticios.
Es verdad, alguien a esa hora estaba siendo interrogado. Quizás hayan tocado someramente el asunto ése de la plaza. Hasta pudo haber dicho todo lo que vio ahí: sus manifestaciones, los desfiles, el fervor de esas personas. Identificará algunos rostros por los retratos. Habrán cambiado. Estarán envejecidos con la palidez que los caracteriza y hasta él mismo se reconocerá en esas fotografías o en las tomas de esos aficionados.
Pudiera ser así, más bien así es. Porque en esos casos cada documento es un índice o una prueba, pero es imposible no dejar señales. Es sabido el amor por la fotografía. Alguien ya no estará allí, unos cuantos nombres serán borrados del kardex y el kardex destruido y la plaza dejará de ser importante. Vuelve a ser la decoración de la ciudad.

Aunque se filma.
Con otra técnica se imprime el rostro en celuloide. Siguen llegando los fotógrafos y toman a los niños, a sus madres y hasta a algún mendigo como telón de fondo.

Pero en la noche, en la noche es algo distinto y ya se ha dicho que el frío no los deja permanecer en los bancos ni apoyados contra los árboles y por eso, en movimiento, levantan sus ojos hasta el luminoso y creen ilusamente que les da calor.

3

I

Se queja en tonos que cunden la rajadura de su aura, tiñen más bien al puncetear de aguerridas ramas sus receptáculos. Se queja, pero no por eso se descoyunta, simplemente deja pasar el viento entre el césped que identifica sus mayores vocalizaciones, o quizás fueron las ramas las que produjeron engañoso efecto: el auditor escuchó quejidos y maliciosamente creyó que sufría/ pero de iniciado vuelo se dejaba llevar, no era así, no. Posaba con la voz estirada hasta la plaza para erosionarla de auditivos toques. Crece el esfuerzo, adelanta el cuello, hace ímpetu —mayor intenso seductor— para el que la observa que se engancha de otra manera, pero dándole que se arrastra al sonar, cae y no se levanta o tal vez repta una vez más: se arrastra y deja su baba tendida a la par de los caminos de la plaza/ marca un recorrido.

II

Raja su aura de nefasto augurio y todavía mantiene intacta la feroz incidencia de su garganta. Perturba al que la oye en tan sonados trotes o tropelías que se condiciona. La rama aplaza esas vibraciones, el césped nutre el verde desvaído ¿transporta acaso el cable su energía? Muge en verdad como una vaca lo hace, muge y se arrastra como en serie de parto, pero se toma la garganta y todavía saca más de su sonido. Algo ha pasado que su tono baja, la vaca se recoge en sus marginaciones, la yegua se sosiega, la cosa que ha llegado a ser se detiene de pleno, para que la arboleda tan ruin en su raleza salte a primeros planos/ el árbol que la nutre, su hocico se refriega para alcanzar las ramas, mancha y dirime su hocicada forma, marca a punta de pezuñas ritmo, enaltece el anca/ se mama.

III

Está punceteada por las ancas/ rasguñada más bien por propias uñas, huellas rosadas establecen marcas de

fuego como propiedades. Encabritándose irradia estériles coceos. Mas se hiere los pies contra los troncos cuando arranca el pasto: tiembla, produce de nuevo sus mugidos, se aplana, se tiende, reposa su pelambrera. La marca se establece en sus escalofríos, el cuero se chamusca —trota de nuevo— se hiere contra el banco de piedra al no medir su trote, la luz eléctrica la petrifica y la detiene bajo los faroles; se refrota y sus relinchos se amplían cuando se golpea contra ese metal que, sin embargo, sigue en el esperpento de la producción de su alumbrado público/ dona por eso su anca/ su hocico/ su baba que se resbala sobre el verde banco. Muge y relincha copia esos sonidos/ se tapa con sus manos esas quemaduras.

IV

La audición se entorpece por la mezcla ¿qué sonidos? ¿qué bestia? ¿qué humano puede elaborar sus trinos? pierde más bien la orientación del que oye; truca y permuta su indeleble brújula al descender a condición vil que la disfruta. Acosada como es en el experimento cuando se trota o galopa para abastecerse. No ceja en su envanecimiento al traspasar a otra especie y a otro estado animal. Por el sonido, su cuerpo cambia sus modales/ la plaza entonces se hace peligrosa; ese corral que la transforma en cerca, faroles en estacas, bancos en rejas hasta desollarle las patas que se ven envueltas como para las galas de una carrera. Marca su anca en las rasmilladuras, sus pelos dejan ver rosadas formas tal como el pasto lo hace con la tierra. Pero ¿qué facha se está avecinando? tiende el galope/ la frena la alambrada.

V

Potranca en celo potro necesita, pero ésta no sirve para esas etapas, es quizás pasto para embrutecerse. Acerca la boca copiando su orificio, tiende su cuello con delicadeza, doble gesto reanuda en su constancia/ hocico y voz transcurren simultáneas: el que la escucha insiste

en los quejidos, el que la mira sufre de tanto descascaro, el que la lee lineal ritual persigue, el que la piensa desea sus ancadas. Su friso crece, los pelos de sus piernas se elevan, se endurecen, raspan y hondan. Se elastica los pelos como adornos festineros para probar así su resistencia, dobla sus patas evidenciando las muescas de las pezuñas que dañan césped verde, su ruido queda de otro modo en el cemento. El cuero está oculto por los pelos, el frío burla y así esta estadía en la plaza se vuelve soportable. De animal modo obtiene la estadía.

VI

De animal giro pasea lentamente como si de verdad estuviera ante una oferta, para el lumpen dispuesto se mosquea, sus ancas tiemblan para transportarlo; se mancha, se enancha, engorda, se robustece para soportar bien esa montada, se acerca los relincha, los muge raspa el cemento con esas pezuñas/ da trotes/ galopes para enardecerlos, está tentándolos con esos asuntos. Pero empalaga esta nueva estampa y antes de eso se echa suavemente cerca de ellos: dobla sus patas hunde su cabeza contra el pavimento, muge de suave tono o es maullido de seguro, cerca de su ronroneo acude al pasto como contrafondo y suda por su nueva estampa/ por el frío anhela fusión lumpérica, pero se queda pastando por codicia; mira de lejos esas otras formas, lame en sus ancas la falta de ese peso/ sin la montada su facha es incompleta.

VII

Busca entre los deshechos su montura, la plaza empieza a recorrer de nuevo. Nada le sirve para su dilatada contextura que la aprisione o la cubra ante los espoleos ¿Qué adorno sobre las ancas sería ineludible? ¿bajo qué condición se enterrarían las espuelas en sus ijares? montarla/ cabalgarla/ cansarla o tal vez apurarla suavemente con las puntas de metal a su cadera. No en vano apura el tranco revisando todos los huecos de la plaza

pública. Más insiste cuando está bajo el farol, menos cuando está cerca de los bancos/ casi los roza a estos empalados, pero esconde la vista para sorprenderlos/ hace de modo indiferente este recorrido. Pero sus ojos van clavados hacia el suelo y aunque no deja de exhibir sus ancas, como que si esto fuese involuntario, sabe que todavía puede ser montada en pelo.

VIII

Sudor contra sudor penetraría, salobre gusto el roce de la carne hasta la herida si sus ancas los soportara sin montura. Daría vueltas para que la enderezaran las espuelas, así las nalgas de otros serían recogidas en sus ancas propias, para permitir que el lumpen observara la plaza desde privilegiada altura. Lo montara en sí misma, lo llevara con las piernas abiertas pero pegadas con fuerza a su costado, lo detuviera debajo del farol para lograr el brillo de su rostro. Pero eso sería secundario a fin de cuentas: dejaría de acatar las órdenes, torcería el camino amenazando chocar contra los árboles o bien contra los bancos, desobecedería siempre el mando de las otras piernas, para dejar que sus patas marcaran un camino distinto del que la montara. Hasta que por fin sintiera en sus costados la ira de las espuelas, el penetrar implacable del acero y sólo entonces pudiera relinchar, mugir, bramar, sentir la herida.

IX

Pero relinchar, mugir, bramar antes que las espuelas se clavaran en sus ijares, sólo un instante antes acudiendo a lo imperceptible, hacer que la veracidad del hecho se constituyese sólo por procesos reversivos o por qué no, desmontajes tecnológicos, cine tal vez o sonido puro. Las manos del profesional en el teclado, su entusiasmo ante su descubrimiento —mugió y bramó ensordeció con sus relinchos— Desecha bruscamente la montura, frena su trote, refuerza el anca, se repliega hasta los bordes de la plaza. Se echa de nuevo y lame esa pelambrera para dar lustroso aspecto a su apariencia. Retoza

entonces sobre el césped, sus patas se levantan como en jugueteo, abre la boca de hocicada forma dirigida hacia el farol por el brillar fortalecido de sus dientes. Se queda ahí como matando el tiempo pero en realidad ofreciendo su producto/ el animal incita a que lo monten.

X

La tenemos de nuevo sobre el pasto de reducida estampa, de apagado vuelo. Se ha producido un descenso en su proyecto: es que necesita de un abrevadero; el sudor de sus pelos la ha deshidratado. Tanto trote, esfuerzo en la garganta, tanto exhibirse, en suma, la ha dejado exhausta. La programación de la montada la ha sumido de antemano en extremo agotamiento ¿Dónde beber en ese espacio? el cemento del suelo, el césped, así ¿dónde gestar su abrevadero? ¿qué cubo contendría su agua? Está a punto de fallar su empresa, haber llegado a ese especial estado y no lograr vencer ese vulgar impedimento. Negó su logro —casi pierde su asunto— volver atrás hacia la pelada, sus vellos tenues, sus sumisos modos, la voz ingrávida que le caracterizaba, su hegemonía entre el lumperío. Pero se sobrepuso al tomar conciencia que hasta los mejores animales se revientan.

XI

Por eso deja que pasen los momentos hasta que ceda el sudor, el descanso para su garganta, permite que la humedezca la saliva, empezar a sentir de nuevo el frío de la plaza, arrastrarse entonces sobre el cemento y echarse a rodar entre los pastelones. Evitar la luz directa sobre la cabeza, esa luz que a veces produce por delirio el calor en fría época. Se tiende entera sobre el suelo helado, deja que sus pelos se separen rompiendo la mezcla que el sudor ha construido sobre su superficie. Mas no se apura en conseguirlo, quiere empezar con sus sonidos para cuando haya dado cuerda a su garganta. Siente que la saliva la penetra, está humedecida lentamente/ ya traga/ el líquido la vuelve resbalo-

sa, se encuentra en condición de emitir ruidos tan necesarios para su escalada. Por eso abre el hocico fugazmente y ensaya su relincho.

XII

Emprende trote nuevo más cuidadoso aún, más lisonjero el sonido peculiar de esos pastelones que ubican sus cascos de mejor manera. Rodea árboles para estimularse, su cuello se levanta hacia las ramas, su hocico busca con avidez el verde, sus ancas se estremecen entretanto para dejar pasar su dura masa. Los trota de manera fina, sin acercarse más que a ciertos bancos que están dispuestos entre los faroles mientras los pálidos se encuentran al extremo. Cuida de permanecer en el centro total de ese cuadrante —la luz eléctrica es ahí más cierta— tal vez el único punto ubicable. De pronto para bruscamente el trote y en el centro hurga con su pezuña. Es su señal llamado más que una búsqueda. Su cuello baja, sus ancas se levantan, sus pelos sufren una suave erizada. En previsible modo sus amplias patas inician en el centro mismo de la plaza su desbordante galopada.

XIII

Está la yegua suelta y sus pelos brillan de forma peligrosa, más que dañarse, daño puede hacer contra la plaza si no organiza con razón su huella. Los cascos suenan de modo estrepitoso. Su cuerpo extiende al extender sus patas: cruza, perfora, veloz se muestra, también baqueana al vencer obstáculos. Su primer salto sobre el banco de piedra que salda de la mejor manera, su cuerpo largo, impecable, asume ese traslado hasta la otra punta donde el lumpérico estrato se conserva. Resopla y suda aunque todavía se ve brillosa su amplia pelambrera, es agua tenue que no logra quitarle su lozanía de animal activo. De largo alcance es su galopada que sólo desplaza ese duro obstáculo a la manera de los caballares, cuando el apremio la ha obligado a llegar pronto ante sus jinetes, aparentando que se arranca de

ellos y que es su mala dirección la que la empuja justo hasta el centro de la plateada espuela.

XIV

Ronda sus cuerpos cuando se muestra en tranco parco frente a sus figuras, pasea ahora como antes de la carrera en que los apostadores hubiesen aguardado para medirla, pesarla y apostarla. Quiere sin duda copar sus preferencias y para ellos se arisca en menor grado, muestra su maña, su oficio en el paseo, levanta el anca, gira el pecho, remueve la cerviz, anuncia el triunfo dado por su buena raza y hasta resopla rasguñando el suelo con la pericia de su pezuña que arranca pasto, que remueve tierra. Más no la siguen, de hecho el lumperío se ha replegado ante su andanada, niegan su efecto, se muestran sordos ante sus sonidos, frotan sus manos para combatir el frío, se alejan de manera obvia hasta el lugar en que su presencia no pueda ser por ellos observada, la ven potranca aún, no vaca o yegua.

XV

Pero no ceja en sus necesidades, sabe que la partida es dura para quebrar sus anticuados ritos —pero no cede— no porque la ignoren se confunde, sabe que con el poder del anca, podrá llegar a contener en pelo las otras piernas y sus propios cuerpos quedarán perdidos. Es su actuación la que se pone en juego; esa aptitud de animal experto que se traslada hasta la plaza pública, todo ese espacio que le pertenece en que ha ensayado sus mejores poses. Aguarda para dar el golpe, frota su cuello contra los árboles o se reduce hasta el oscuro espacio. Se queda quieta para el extravío, sabe que ahora la están buscando. Muge en el pasto de desesperado aspecto, más lastimero que todo lo logrado; el que la oye fuera de la plaza acusa al viento, el lumperío en cambio cae en el engaño de que quizás sufra al mugir y que verdaderamente ha podido llegar hasta el vacuno establo.

XVI

Muge en hospitalario tono buscando así la otra cercanía, complicitario ruido se conforma y muge con su elevado cuello, con su penoso hocico en el que briznas de pastos llenan huecos. Sube su tono, pregona su alarido, llama y se anuncia en su desespero —copia animal enfermo— tiñe bestia en celo, aunque de verdad su garganta es capaz de llegar hasta el relincho. Ya están preparados para su presencia, están limadas lustres sus costillas, anhela entonces su cabalgadura para entroncarla con la marca a fuego, dueño tiene de sí su propia marca, señas particulares su trazado. Por eso debe cumplir su rito cuando ha devenido, el pelambrero estado, a ser llamada para dejar el anca cruzada por esos animales arañazos.

XVII

Mas, ¿quién la montara? ¿quién le clavara espuelas? ¿quién la doliera? ¿qué lumpen se tomara ese derecho? ¿qué piernas? ¿qué ancas se las pusiera sobre las suyas? Esa elección la turba al quebrar bruscamente la constante, si no hay más rostros que el de la luz eléctrica que está rigiendo la plaza en vela. ¿Y si fuese la luz quién la gimiera? ¿si tan sólo la luz se la montara? De un golpe de energía plena le desollara el ijar y aunque perdiera el brillo de la plateada espuela, el penetrante metal se lo saltara por el corcoveo de ese golpe eléctrico, único/ infalible que le corrigiera hasta el pensamiento por la efectividad de su asolada, que la tirara sobre el pavimento en espasmódicas muestras del encuentro. Si el misterioso cable punceteara su henchida costilla sin otra seña que la brusca caída que no dejara marca más que la quemadura en el costado.

XVIII

Los deja entonces con la baba suelta, cuando estuvieron más cerca del contacto de subírsele encima, de aumentar golpe por el galope que se había anunciado. No será

así: su anca perfecta no está para soportar sus magras carnes, ni su estilo bruto se ha establecido para acceder en oscuro trote a que un lumpen cualquiera se desborde hasta dejarla exhausta por los bancos. Porque a los otros ¿quién los contendría? debería pasar la noche en el galope y quizás, medio ciega en golpeteo, destrozarse contra esos bancos o cabecear entre los faroles, rompiendo más aún el pasto. Y sus ijares serían el destrozo más grande que el de la plaza ahora, y lo que es peor, la fuerza del relincho se diluyera para superponerse a los motores de los automóviles que al amanecer ya circularan. Así no será, nadie la obligará a elegir lumpen.

XIX

Pero ¿cómo se tienta a la luz eléctrica? ¿bajo qué mecanismo la perturba? si relincha, si muge o brama, si se estira perezosa como gata, si se arrastra como insecto bajo los bordes del farol, si croa, si pía ¿logrará efecto? ¿hará que ese cable la cabalgue? ¿interrumpirá la luz por un momento? Porque si la luz se condensara sobre su cuerpo, cualquier forma tomaría entonces, la más vil; dejaría sus ancares o la fortaleza del mugido hasta reducido aspecto/ llegaría enterrando en su mente la limpieza de la cabalgata. Si el cable la tocara entonces, la oscuridad sería la manera incipiente de la plaza y ella resurgiría así de azul espectro, sola en el centro como aviso vivo, como producto en carne iluminada. Ya se las arreglara con las quemaduras por el privilegio de su breve anuncio: se vendería en pleno, abierta entera, todo sonido saldría de sus fauces.

XX

¿Y qué sería de ese luminoso? caería en sombras su pura arquitectura, cables entonces como materia muerta, al haberle quitado los colores. El intercambio de sus zonas no arrojará más letras, nada sería sino un entramado absurdo, una inútil fórmula sobre el edificio. Sería ella el único material vendible, el único deseo

entre el lumperío, la misma letra en su cuerpo en el sentido más enigmático, más inaccesible, otro producto se establecería entre el sonido de su trompa erguida. Porque ni sus mugidos, ni la fuerza experta del relinchar han logrado diluir la fuerte marca de ese luminoso que le ha robado su única presencia ante los pálidos escudados tras sus letras. Lo apagara sí, si hasta a ella misma pudiera atraer esa energía, de tal manera el corte, con tal brío, que recibiese en pleno toda su potencia: pasara sobre el costado chamuscado.

XXI

Es ésa ahora la que se desespera, busca el corte, de las más diversas maneras se desdobla, muge una vez más hacia la luz, como una loba tiende sus gemidos, se desenrolla como un reptil frente al farol, cambia de ancas en sucesivos tiempos, se enancha y angosta, se colorea de su natural gris cuando se esquiva del mular aspecto, entronca fonéticos ruidos desde su garganta hasta acercarlos a tonos humanos. Cambia, escarcea de humedad sus ojos, mantiene sus pezuñas para horadar con furia el pasto verde. Cocea, repta, vulnera todavía más los bancos al astillar parte de su madera. Se enloquece de su misma fuerza, resopla y suda, evita el frío. Ha olvidado a los pálidos por su espectáculo de tentación a la luz eléctrica. Pero no, no es del todo así. Esta omisión es necesaria para llegar de pleno a la autonomía del refulgir sin impedimento, sin más luz que la de sus propios cueros.

XXII

Pero no puede renunciar al anca, no así de pronto al trote o a la sublime presencia del mugido. Su vacuno yacer la ha desquiciado cuando ensanchando vuelo ha percibido el largo alcance de sus pezuñas al refregarse contra el pasto. Los huecos en la tierra, el frágil banco que se ha astillado en la cornada. Perder esa potencia en la garganta la asusta, el asumir de pleno sus costillas, apenas huesos laterales que no alcanzan la presencia del

galope. Cualquier estado, vacuno o caballar y hasta de mula aspecto es más preciado. Mantenerse en él de forma indefinida le daría elegancia a sus mugidos, clase obtendría en la relinchada, sumiso aspecto si acaso rebuznara. Todo está allí, el salto que se ha pegado sobre el banco antes, libre, limpio, perfecto. Ha cruzado la valla de la plaza, ha pasado de un corral a otro.

XXIII

Está en una clara diferencia con el luminoso del anuncio que se ve más que nunca en el estatismo de sus dos avisos paralelos. Eso es, ella se ha rebuscado una multiformidad animalesca cuando ha llegado a superponer bramido sobre mugido y los relinchos. En una sola voz que se emanaban de su particular garganta, sin esperar que la energía le permitiese una segunda etapa. Si lo logró por su esfuerzo vocal, toda otra opción parecería una vuelta atrás en su armonía ¿y la espuela? habría confirmado su caballuno azar dando un sentido a la brusquedad de su relincho. Ya el pasto ha propiciado su estar vacuno cuando ha extendido sus gruesas formas sobre el césped, el gris del pavimento la ha mimetizado con su asunto mular, su humilde trote. Pero yegua ante todo no se cumple si su anca permanece indómita. Corcovear, temblar, expulsar de su anca a ese jinete.

XXIV

En dicotómico problema se resuelve. Si el cable de luz o terca espuela. Si optara por la espuela la luz eléctrica sería la que iluminara la entrada del acero en sus costillas. Un puro fragmento se establecería, el corte sobre un pedazo de su ijar, la espuela que se acerca, la roza, se aleja hasta que bruscamente la penetra atravesando su nutrida pelambrera. De nuevo la espuela y la restallada carne que se raja y en herido animal se domeñara. Dos cabalgatas; el jinete propio y el otro que la apunta con la cámara, pero no a la bestia entera, sí a su ijar. O tal vez se resistiera como una yegua nueva y los echase abajo del anca con la intensidad de sus galopes y la

espuela amenazante no pudiese penetrarla. Pasan y prueban, se alinean para montarla, el lumperío mismo está bramando/ ya están por saltar la cerca.

XXV

Conoce bien su corral y también las vallas que la frenan. Hasta sin luz eléctrica pudiera ser capaz de orientar un atinado galope en sus fronteras. Pero también el lumperío es el amo de esos pastelones; podrían remontar sus recorridos aún en la falla de la luz eléctrica. Se retaca a uno de los rincones para decidir cuál es su vía. La plaza se oscurece, los faroles dan otra luminosidad al césped, los árboles son los que demarcan la altura, los bancos aparecen como señas. Se arrincona y urde su trama, se controla a sí misma, las herraduras de sus patas dan un sonido mejor a su carrera. Sólo por eso corre otra vez, sólo por eso alardea en el pavimento de pausado modo, sin agitarse su hocicada boca no resopla, su pelo tiene entero, no hay ninguna huella. Mira hacia los bordes de la plaza, ve al lumperío. Está rodeada por el plateado de sus múltiples espuelas: la cercan.

XXVI

Pero no se decide a nada todavía, ya no los brama, ni los muge, ya no los tienta. Todo atarantamiento podría conducirla a lastimoso fin, a mala escena. Se dedica tan sólo a la complacencia de su sonido sobre la superficie de concreto, a su ancha estructura en la cual los bordes son por primera vez exactos límites. Mueve la panza, estira y abre el pecho, hace caso omiso del lumpen que ha logrado que la vea, se niega incluso hasta al luminoso que también le lanza sus palabras. Mira atentamente los faroles que con su parca luz la difuminan. Está en una actitud cómoda. Evadiendo se encuentra el compromiso, una vez más se encanta de esas formas; intenta postergar su decisión. Simplemente estar allí en la plaza como una cualquiera que pasea o yace o muge si algo le procura complacencia. Trotar también si el frío

asedia, borrar la expectativa de la cámara, evitar el roce de la escena.

XXVII

El que la escucha cree que el tiempo se ha empeorado, pero los lúmpenes sacan sus ironías al estrellar pie contra pie la espuela. Quieren competirla en sus sonidos con el tono peculiar que da el acero en ese corral. Casi una melodía pudiera precisarse: su trote sobre los pastelones y en las orillas el canto del acero; la avivan, la bailan, la festejan ésos, la tienen en rueda con sus espoleos, suaviza el trote, lo allana hasta responder a sus sonidos en ese ritmo que es el escarceo. También cede para disgustarlos, detiene un tanto el trote hasta el tranco, pero esa melodía la obliga a apurar sus patas en el ritmo. Está de fiesta de modo ineludible, arde también en su central presencia —de bailarina estampa se arrebola— mide sus pasos/ cuida la caída.

XXVIII

Para la fiesta. Deduce su precaria estampa, rige la escena su aura que se reconstruye en láricos espacios, en trinos o mugidos su alzada curva anca rota. Pero si de bruscos saltos trepana su corral las varas de los bancos crujen y de estupor se tambalea. Su más filuda ansia no es la espuela, es engañoso o pantalla de luces que se tiende, su volumen cede en las removidas, la espuela y el jinete sí le aguantan pero no este animal que se desata. Rumbea es cierto, aunque no de ritmo extraño ya que su vacunar sitio le da su mismo juego, ni baila ni levanta el anca: otros recursos usa, esas estacas le previenen de su ijar, se lo madura ella misma, la pelambrera es ciega así como su búsqueda del abrevadero. El animal actúa por instinto, yergue y embate sin erizar su cuello, los cuernos quiebra —tal vez— al estrellar faroles/ ni la luz, ni el producto de ese luminoso perturba su adormecida mente/ el animal tan sólo al rojo teme.

XXIX

No hay dualidad para la bestia, su ardor está en el césped que rastrilla, cárcel y cordel bajado que el anca raja al punceteo de su febril marca, el fuego, el hierro que caliente va a trasponer su hegemonía. Así la bestia no se vende al abigeato fácil, la bestia vuelve al lar y se apacenta. Su pezuña en la tierra es provisoria, su cerviz es vencida por el sueño. Rige la escena el animal en pasto, dominio peligroso es el cemento, daña, restalla esa herradura del clavo, penetra sin daño por los huecos. Martíllanla con la crecida, desde potranca a yegua, herrada yerra otra vez. Los árboles están más altos que el estirado cuello por las ramas: su anca, la ancada no tiene más propósito que la tenaz marca sobre su posterior señal; ensucia y mancha, tiñe con sus restos de salvajismo de su mal overo. Cascabeles le cuelgan al animal viejo.

XXX

Tordilla se muestra la yegua y es el potrero iluminado su cuadrado espacio/ la raspan sus mismas pezuñas para no ser destinada a extraña cruza/ desdobla el vientre, se mama, sin pudor o recelo se chupa el anca. La enloquecen los mosquitos o tal vez esos tábanos eran sus trotes que la gesticulaban, su condición overa, su mancha descarnada animal talante es su hocico, la engorda el pasto todo se dispone ¿qué peso? ¿qué grasa? más se deforma el animal: la marcan de nuevo y es su intento de soltar las patas/ la esquilan en sus procedimientos, ruge la bestia. También la que está en celo —no sufre— muge a lo más y aunque barras neónicas la expulsan, con su actual instinto se calienta a la presión de pelos, se nutre siempre y más se overa L'onja de su carne equina sabor no ofrece como mercadería/ ara la tierra el surco.

XXXI

El luminoso no ofrece carnes, kardex o cintas que ruedan/ el animal se desentiende, trota a lo más, huele la peligrosa forma, escurre el bulto. No tiene más nombre que el de su clase. La overa se levanta, la potranca que ha sido se l'atienden, la retozan, la hinchan de grasa en el corral, ahueca famélicas sus costillas clavadas por espuelas. El animal lumpérico no corna ni embate, este animal de cegatona estirpe se rinde a la marca a fuego, a las estacas/ las vallas la renuevan, su corno ensaya, los bancos se desgastan, este animal pegado al suelo rasca en el césped y la fuerza del anca se destronca. Las ramas/ roncan el resoplar si se la enseña. Pero está la fuerza reglamentada, hasta el coceo se puede prevenir. Sordo el animal al ruido, lejano, frígido proceder. El animal se acopla con otro de modo natural se vierte/ la yegua se reduce a sus tobillos, si la yegua se cae/ si el animal se quiebra es inservible.

4

Para la formulación de una imagen en la literatura

4.1 PARA LA FORMULACION DE UNA IMAGEN EN LA LITERATURA.

Entonces/

Los chilenos esperamos los mensajes
L. Iluminada, toda ella
Piensa en Lezama y se las frota
Con James Joyce se las frota
Con Neruda Pablo se las frota
Con Juan Rulfo se las frota
Con E. Pound se las frota
Con Robbe Grillet se las frota

Con cualquier fulano se frota las antenas.

en que esa en la plaza, torna su cabeza en gestos sucesivos —sentada en el banco— con los pies cruzados sobre el suelo. Interrumpida para el ojo que la mira por los transeúntes y más allá por los automóviles que la obstruyen. Su cabeza se inmoviliza a la izquierda o a la derecha, pero sin perder su regularidad monótona.

4.2 PARA LA FORMULACION DE UNA IMAGEN:

Pasar en una sala de hospital el resto de sus días adormecida y alimentada artificialmente mediante suero, con el cuerpo cubierto y el rostro difuminado por un plástico, que en la cámara lo absorbiese.
Pasar el resto de sus días vegetalizada hasta el instante inefable de su muerte. Expulsando todos los sufrimientos para traspasarlos a los seres que la preceden. Sin mancharlos con la lacra. Por pura voluntad impregnar el deterioro: insanía de la pérdida al reaparecer como enferma incurable, para no volver a atisbar Santiago de Chile, olvidando como lápida el porvenir.
Con las piernas apretadas ante el espasmo, para convertirse en la pureza. Enterrar sus obscenos pensamientos.
Comprobar que su alma puede desaparecer en ese estado, ya que era un invento que se propiciaba para cada amanecer/ la que tanto cuidaba; su alma elaborada como una gema que se expande en una sala de hospital y que evaporada más allá de la cámara, errática hacia el lumperío, se pegue a otros cuerpos enlodándolos en su ponzoña.
Haciéndoles falta, carente de cuidados, asombrada por su nueva condición, retirada de su invento gemelo a su trasposición, se dice L. Iluminada y crece de asombro.
Estirada en la cama con sus cabellos prolijos y sus dientes, o estos ojos que han sabido demasiado de este territorio.
Aparentemente vencida para el sueño, aunque el rubor se extiende por sus mejillas y ésos no la tocan.
A ella que no ha desarrollado nada fuera de ese cuadrante.
Sigue inclinada: su manifiesta cabeza en la cerviz de la cinematografía. La han observado desde sus mejores ángulos infundiéndole letra a letra, palabra a palabra, guiones y representaciones, hasta que con la lengua rota e hinchada pudo decir los más claros parlamentos reduciéndolos a memorias, su mente como archivo.
Yacer así en una sala de hospital —desprendida de toda alma— alejada de los árboles, con el plástico que de vez en cuando cae sobre su rostro sin que su propia mano pueda alejarlo. Pero en el

roce repetir las rebeldes ramas, que más de una vez pudieron ocultarla cuando a solas se preparaba en la plaza para iniciar una de sus acometidas.
Así podría estar —ocupando ese lecho— mientras las miradas le indagan sus signos vitales y el instrumental verifica sus latidos. Voluntariamente en esa condición, posa.
Por las venas surtida, extraída en líquidos por sondas, y esas manos que la limpien de cuando en cuando, alisen sus cabellos, ordenen las mantas.
Hasta que los otros se empapen de su nueva condición y ya no sea más que una huella en la memoria y la naturalidad se apropie de su pieza: aséptica yazga desapegada de toda perfección, mientras los pálidos vuelven a la plaza y tendidos sobre los bancos doblen su estado con los ojos cerrados, cortándole el paso a la luz eléctrica. Diseminados ellos sobre los bancos de madera y piedra sin que el sueño los posesione. Y en cada una de sus imágenes mentales, sea ella con el rostro cubierto, estática e inocente, la que irradie un pensamiento uniforme.
Estén así noche a noche ocupando con incomodidad cada uno de los lechos de la plaza, con respiración rítmica y sus brazos extendidos para el suero, carentes de alma: posando todos.
Mientras ella, entumecida entre las sábanas, un día cualquiera se recoja hasta el otro mundo, que sin duda le develará la falacia total. Repte sábanas blancas sobre las letras hospitalarias y las manos de esos miserables interrumpan el suero, desaten las vendas y dejen el compartimento a oscuras.

(de una de sus imágenes)

Por ejemplo:
Para que se avecine ese amanecer faltan tantas horas como sus más extraños pensamientos; su físico en desmedro, torturado, alucinado por la próxima transformación que adherida al cuerpo le trepana el cráneo.
Cuando se presume el próximo amanecer de su espacio corporal corrompido y aún así se obstina al mismo cuerpo aprensado en esa cabeza rapada, con la máxima sensiblería que le permite ese espectro todavía restringido. Sus átomos que la construyen en una pelada tersa lista.

—Quién sabe qué rumbos está tomando esa cabeza disparada— que resulta ineludible que la puso para no salir medio muerta, sino apenas transformada, apenas roquelada, calentada a medias.
Para ese nuevo amanecer de una imagen en la literatura en que se expresa cabeza abajo colgando de su cuerpo luminoso. Una cabeza de perfectas dimensiones rapada a todo lo largo.
Planteando lo que se creía inadmisible; que bajo su pelada estuviese oculta su verdadera belleza
su promiscuidad
todo su talento/ya uno se pierde con tantas vueltas que impiden distinguir lo impostado de lo real.
Se destapa y piensa que la horadan. Se extiende plaza abajo para que le perforen los huesos y hasta por eso le han dejado silente la pelada/ se mete tranquilizantes cuando las punzadas la acosan, ya no recuerda con tanta lucidez y permanece con los sueños más disparatados: que vuela.
Su cabeza asolada por puncetadas rasantes.
Con luces tan poderosas nadie puede eludir su figura. La pelada fosforescente se destapa y una conversación incoherente asoma al lugar del recuerdo/ puras sombras/ las radiografías contra la luz y se suspenden.
En esa sala se elimina cualquier sonido que no sea el de su cabeza horadándose, porque en la abertura del cráneo —bloqueados— sus secretos se van haciendo cada vez más tenues. Ya le van anulando algunos recuerdos.
Pero sigue amarrada a la cama y ante cada movimiento espasmódico se aprietan los cinturones que la rodean.
Sus piernas se levantan en movimientos convulsivos/ la acomodan/ sus sueños afloran por movimientos de labios. La sangre de la cabeza tiñe los trapos.
Cambian a trapos albos y retumba.
Pero le van a ordenar los pensamientos, porque los golpes eléctricos sólo la dejaban —antes— orinando y pestañeando bajo la luz del patio cuando le asignaban cama/ le asignaban ficha.
—Fue trasladada a la desesperada cuando ya no se podía más con ella.
Arriba seguía profiriendo los mismos desatinos que ya no impactaban a los observadores.
Cayó en pleno desde la plaza al medio del patio y esperó que la llamaran, que la hurgaran, esperó cualquier cosa en realidad.

Estuvo con las manos caídas lacias a sus costados. Fue la imagen del relajamiento.
Quedó irreconocible en el terror a la electricidad manifestado en gestos primarios —cómo decirlo— apenas pestañeaba en la sala cuando se disponían a acomodarla. Olvidó todo. Hasta a la mujer que le cerró las piernas y de nuevo al patio, donde sobre el mesón se dejaba caer un rayo de sol y los desatinados insistían en la contemplación a nivel de centímetros.
Eso era antes.
Sigue extendida por cirugía/ las radiografías están contra la luz demostrando la falla.
Tal vez por eso le asignaron cama, le asignaron ficha.
Lumínica, lo que deja disponible es su cabeza colgante.
Para este amanecer aterida en la plaza como un lugar más, metidos de lleno en Santiago; esa que ha levantado su pelada conciente para descubrir después de rapada sus vergüenzas.
La iridiscente, trastornada, mordiéndose los bordes del vestido para estirarse alguna vez sobre el banco, aparentemente concluida. Pálida hasta el final, con la cabeza colgante y los ojos cerrados, reposa.
Para no extender su cabeza que podría ser masajeada por expertos, indagada hasta el aburrimiento, sometida hasta el espasmo.
Nada más que por eso podría ser posible reposar el mayor tiempo/ vulnerar sus obscenas imaginaciones/tenderse todavía articulada —sábanas blancas— —olores— en el banco de la plaza para nominar como remanentes sus adornados pensamientos.

4.3 SUS REMANENTES:

Entre sus años de nacimiento y muerte pudo/
limitarse a tres oficios. Estar éstos condicionados a los sucesos históricos que determinaron acontecimientos por apariciones.
En esos años se dividió entre la ficción y la ficción de sus oficios.
Así logró equiparar la ficción deseada para lo externo, otra que no reconocía como tal y la resultante de ambas. Esta última fue designada como la propia.
Desde este lugar se debieron marcar sus preferencias, inscritas en la ficción que ella realizaba sobre los demás, aunque no tenían la plasticidad de sus deseos
Cayó en constantes equívocos, desconectando los diálogos, rescatando el tiempo en escenografías poco importantes. Se propició el desvarío en el lenguaje para alejar así la solución de la belleza y que no se sostuviera en ninguno de sus rasgos característicos. Se embaló en este indefectible placer, reconociéndolo tan efímero como su imaginación.
Le fue negado.
En la escritura de los otros vitalizó su incapacidad para inscribirla de nuevo, en un proceso igualmente equivocado.
Eso tal vez fuera posible entre sus años de nacimiento y muerte, con la alternativa latente de estructurar otro ciclo, de empezar las cosas de una manera paralela.

(archivos para nombrar biografías)

Sitios eriazos/ rezagos/ víctimas/ deshechos humanos/ hospederías abiertas/ atentados.
—Tienes extrañas antenas— ¿has cambiado de forma acaso?
Con toda la pasividad que caracteriza a algunos iluminados, la examinan por sondas para ser publicada: se la consume desde los pensamientos no cotidianos en un posible film, con un medido argumento.
La atraviesan quieta adivinando el depósito de su interior/ como

trabajo/ como síntesis/ como reflexión/ como falla. Instaurada modelo se ductiliza en cada uno de sus fragmentos para desaparecer después asimilada entre los objetos que promueve la plaza; en todos los lugares/ en sus ruidos/ en algún pensamiento excedido por lasitud.
Con sondas y vendas sobre las sondas se aferra a la reclusión. Demudada y silenciosa, cubierta de señales, atosigada de estupefacientes pidió agua porque su cuero estaba reseco. Fue algo así como despertar a mitad de la noche, soñando, con el corazón arrítmico —cerca del fin— y descubrir que su cabeza estaba vendada y nuevas ideas llegaban a la mente.
Para desaparecer después tapada para la vista, por los automóviles sin que alcance a cruzar ninguna mirada/ evitando el refrote.

(nota sobre el erial)

Con los ojos abiertos vería en el hueco cóncavo de los que no han desahogado sus sobras. Palpando en la apagada de las luces su erotismo, gimiendo por lo que no tiene en su insaciable búsqueda de luz, al igual que los pálidos que tienden sus quejidos en el paisaje que recorta espejismos. Hermafroditas se tambalean entre los hoyos y protuberancias para autoinferirse heridas, conservando ese estado límite de salivación continua que podría ser la metáfora del brillo de las estrellas contra el cemento mojado.
Se chupan sus pedazos que no tienen la prestancia del original. Reducidos a primitivos esquemas se rehacen traslúcidos en finuras. Esos cuerpos ingrávidos susceptibles de ser traspasados hasta la poza de sus líquidos —pero sin aberraciones— expulsados de referentes, especificando que no se sueña en este espacio solar electrificado. Porque detrás de los árboles no ha ocurrido nada y el pantano que surgía de sus piernas era la penetración de las ramas, del frío que no encontraba protección en su camino. Hasta que surge de pronto el alumbrado público en la plaza y el lumperío es sorprendido con la cara arrasada de lágrimas.

(una acción posible para ser realizada durante el parpadeo de la luz eléctrica)

O tal vez termine entonando una de esas canciones que se cantan por aquí.
Expresando el melodrama de esas letras en gestos faciales y de vez en cuando aflore una de las famosas citas que quiebran el esquema y esa misma se tape la boca y vuelva a recomenzar la tragedia con voz cristalina, tenue: con hermosa voz cantaba.
Lo hizo para la cinematografía: se paró/ ensayó la voz/ carraspeó/ lo intentó de nuevo/ hizo su número/ dijo la letra en francés/ con pronunciación miserable fue/ aprobada y célebre —asilada de stras— con las cintas brillantes sobre la pelada; objeto de celos su canto, envidia su traje, ejemplo de arrojo su gesticulación.
Ella misma podría contonear su cabeza de manera nunca antes pensada, con delicadeza tal podría hacerlo que nadie descubriría su búsqueda de admiración. Lo natural de este ademán convencería a los otros de su absoluta inocencia, de la falta de interés por la complacencia de sus miradas. Este gesto nadie en este país podría igualarlo, o bien este otro; cuando levanta una de sus manos, la mueve simplemente desde una de sus rodillas en que la tiene apoyada, hasta despejar el pelo de su frente.
Gira despacio los dedos y muestra la palma elevada en el aire que le roza apenas la nariz y los pómulos. Sólo entonces pasa su mano sobre la cabeza desordenando su pelo, elevándolo de brillo.
Registra la mirada que recorre su mano sobre la testa, el reflejo de los ojos de los otros producto del relumbre de su pelo. Pero lo hace con la vista escurrida, evitando el cruce directo, para que así puedan seguir con tranquilidad sus facciones descubriendo toda su nitidez; esas extrañas huellas que elabora cuando tiene la mirada perdida.
Pero tampoco lo hace.
No alcanza del todo a levantar la mano y el pelo lo ordena con un movimiento de cabeza. No muestra la curva de su mano ni exhibe la palma. Sigue con el pelo achatado. Baja los ojos a menudo porque siente el impulso de chocar con otra mirada que podría descubrirla en su amaneramiento —en sus ensayos— porque es la única que mide en segundos cada uno de sus gestos en esta tremenda y arrastrada producción.
Pero lo hace de modo fino y casi imperceptible, porque si de casualidad su mirada con las otras se cruza, puede precisar de inmediato si ésos llegarán o no hasta la plaza, si permanecerán allí, detectando bajo el maquillaje los grados de palidez que portan sus rostros.

Se baja los ojos sumergiéndolos en el cuadrante donde esos pobres aficionados no tienen ninguna puerta entreabierta.

(componente de una de sus poses)

4.4 DE SU PROYECTO DE OLVIDO:

Las uñas de sus pies son a mis uñas gemelas irregulares con manchas rosáceas veteadas por líneas blancas.
Sus uñas de los pies son a mis uñas gemelas en el carcomido de las puntas.
También resultan escamosas gruesas perfectas cuando marcan la dimensión de los dedos que vuelven a reaparecer en sus bordes. Al tacto parecen graníticas o erosionadas o enfermas si se atiende a las manchas que la cruzan, pero cada una de esas redondeces restablecen el equilibrio. Sus uñas de los pies se amplían según la forma extensiva de los dedos, pero conservando cada una de ellas el margen anterior a la carne. Por eso sus uñas más pequeñas comparecen como ínfimas durezas que no protegen en toda su magnitud la carne de los dedos.
Sus uñas de los pies son a mis uñas gemelas en la identidad de sus funciones, conservando para el tacto algunos montículos que implican sus formas de caracterización. Sus uñas de los pies son a las mías gemelas en precaver el espanto del césped, al impedir la transparencia.
Sus uñas de los pies son a mis uñas gemelas en lo desordenado de su corte, en lo desgastado de su atención. Más que atavíos, las uñas de sus pies son el elemento que media con el pasto, que evita la disolución de la carne de los dedos que de este modo permanecen fragmentariamente protegidos.
Sus uñas de los pies son a mis uñas gemelas en su absurdidad, en el menoscabo que implantan para el ojo, demostrando así la domesticación de la mirada que no se detiene a clasificar sus funciones.
Sus uñas de los pies presagian el abandono de su figura total que ha quedado grabada en los múltiples cortes irregulares que limitan sus bordes.
Sus uñas de los pies son al igual de mis uñas, cortezas.
Sus dedos de los pies son a mis dedos gemelos en cada articulación que otorga la movilidad necesaria para ser mostrados en la extrema delgadez que los define. Esta fineza comienza sin duda en la privilegiada conformación ósea que les ha sido dotada, ya que a

pesar de la aglutinación natural de sus dedos no se presentan como elementos discordantes, conservando en cambio la definición de su color que, rosados blanquecinos, permanecen como unidad.
Sus dedos de los pies son a mis dedos gemelos en su textura, ninguna imperfección de piel, su ausencia de erosiones los distingue únicos e incluso, la vellosidad natural que los circunda aparece casi imperceptiblemente sólo al tacto.
Apoyados sobre el suelo se abren un poco entre sí y eso permite constatar más claramente la belleza de cada uno de ellos en su perfil. Sus dedos de los pies son a mis dedos gemelos en la hundida sobre el césped, en esa decoración a color en que el placer se manifiesta desembozado. Por eso el césped no impide el roce de cada uno de sus dedos de los pies que buscan incansablemente el refrote con el pasto.
Las plantas de sus pies son a mis plantas ásperas y arqueadas, marcadas a todo lo largo por múltiples estrías que se constatan a pesar de la endurecida piel que las enmarca, pero pese a todo conservan la curva que se mide en el descanso sobre cualquier piso. Las plantas de sus pies son a mis plantas gemelas en su ocultamiento y en la resistencia, que aminorada por el césped, únicamente allí permite el roce diferido con la tierra.
Sus ojos son a mis ojos sufrientes de la mirada, por eso son el escaso nexo que priva del abandono. Mis ojos son a sus ojos la constante que no permite el equívoco del césped con las ramas.
Dilucidando el abandono, sus ojos son a los míos el sostenimiento de los pálidos que cruzan la plaza y que cuando ya no necesiten de sus ojos gemelos, conducirán a los suyos particulares hasta el mismo irreversible fracaso.
Sus ojos son a mis ojos gemelos en su pigmentación, en la perpetua humedad transparente que los protege. Sus ojos generan en mis ojos la misma mirada gemela contaminada de tanta ciudad de Santiago reducida al césped.
Sus ojos son a los míos guardianes.
Sus manos son a mis manos gemelas en su pequeñez. Con los dedos extremadamente afilados sus uñas aparecen límpidas filtrando el rosado de la carne que acentúa de esa manera su redondez.
Cada uno de sus dedos es cubierto por múltiples granulaciones, intransables líneas que se hacen ineludibles sobre cada articulación que corresponde al propio grosor de los dedos y que marcan, finalmente, el pliegue que los separa del siguiente.
Miradas desde la palma, sus manos son a mis manos sinuosas.

Definitivamente rosadas sus palmas son a las mías el escenario de la quiromancia y que no aportan ningún destino desajustado al acontecer de la plaza. Sus palmas son a mis palmas la verdadera fundación del placer.
Sus manos son a las mías gemelas en la ausencia de sortijas. Desnudas, entreabren los dedos como los rayos del sol cuando la luz eléctrica no ilumina el oscurecer precoz de la plaza pública. Sus brazos son a los míos gemelos en su simetría. Perfectamente esbeltos muestran en la transparencia de la piel el trazado venoso que los circunda. Recubierto de vellos, adquieren expuestos a la luz distinta periferia que se ratifica en la delicadeza de sus movimientos cortando el vacío. No obstante, sus brazos son a los míos gemelos en su falla, en su absoluta inutilidad, en la carencia de los brazos que —tal vez— programados para un destino fecundo, se niegan y tocan los deshechos enlazándolos con los árboles.
No dependientes de los bancos de la plaza, sus brazos son a mis brazos inconscientes en el pasto, tocando como única piel la suya propia singular que incluso en sí misma evita el roce.
Sus brazos son al igual que los míos sensibles en las muñecas para que ninguna clase de vida se evada por algún hipotético orificio. Las muñecas de sus brazos son por esto obsesivamente custodiadas.
Su cintura es a mi cintura gemela en su desgaste, diversa en su medida. En todo caso irreductible, su cintura se establece provocadora al demarcar zonas erógenas en el balanceo que da cabida al torso y al desplazamiento de los muslos. Pero nadie podría descubrir allí ninguna forma de belleza porque su cintura es connotada por su amorfidad, nada hay en ella que solace la mirada o que la detenga en ese punto y al no proponer el vuelo de la imaginería, su cintura permanece como la mía inexplorada.
Su cintura es a la mía gemela en su inexistencia.
Su cintura es un punto definitivo de abandono.
Su cintura es la penitenciaría/ es el éxtasis del final.
Su cintura es gemela a la mía en la pertinaz insistencia en esta vida, es marginación.
Su cintura ¡ay su cintura! es gemela a la mía en la transparencia al alma.
Su alma es material.
Su alma es establecerse en un banco de la plaza y elegir como único paisaje verdadero el falsificado de esa misma plaza.

Su alma es cerrar los ojos cuando vienen los pensamientos y reabrirlos hacia el césped.
Su alma es este mundo y nada más en la plaza encendida.
Su alma es ser L. Iluminada y ofrecerse como otra.
Su alma es no llamarse diamela eltit/ sábanas blancas/ cadáver.
Su alma es a la mía gemela.

4.5 Así es como traspone su primera escena: la cámara y su vértice, el muslo en desacato

L'arva loca paterna superficie. Así posó, así mismo posó de raja abierta en surcos de megalómano sonido se hizo parte del juego

palo pelo pezuña todo para execrar el nombre de salvajes coceos: qué padres? qué raza más bien posee el animal?

qué padre?

Qué nombre le inscribieron?

L'incesto actúa de indolora forma. Funda y precisa el continuo apellido, animal detestable que avala su hundida superficie, en el gris de su untada salival especie.

Suda sedimenta sala su entramado: la destetan a temprana hora, madre más impía su madona master para dejarla en el cemento de la plaza. Oculta su matriz se abre

feto y figura se expanden en los huecos del cuadrante

su padre entra gime su ignomiosa mater

sus absurdos registros la encarcelan, la entran con la fuerza de la dominancia y se encarga de su antiguo plagio. La dobla, la repiten en sus ansias, de entregada mujer que la antecede.

El varón, ese potro indecente que la inscribe:

su ciudadano lastre que lo hereda

esa carne incubada en otra carne tiembla y presta su anca: como larva se repta hasta la plaza +

L'incesta su casta reconoce en su faz, la faz del padre, que la faz de su padre le remite cuando l'anca la misma forma de su insaciable padre.

Animaloide ancada a su mala matermadona, que se levanta su matriz en la tierra descascarada por impulso del pater.

le retira la teta, esa voluminosa porción láctea le roba y su hocico hambriento chupa del padre su producto que le presta para continuarla.

la salvaje mater se oclusiva y aprieta su teta con deleite

salta el chorro
le inunda la cerviz

La láctea l'inunda la pelada de pegajoso líquido que alisa.
El padre cuida la raza. Miden sus genéticas neuronas, por semental partido se la juegan: se la trazan esos apetitos, anal para la madre, la madona del ano que se raja +
así el padre hijo de la madre, en el anal túnel su túnel figlio deposita para solidificar este semblante.
L'incesta el apellido. La procacidad del nombre propio que la gime el pater consolándola; oscuramente se la traman cuando la mater deja sus entrañas a la libre potestad del padre + huye del estigma, el animal pierde su rasgo distintivo; esta potranca falla mas no el anca que remite a su carta ciudadana, sólo entonces l'anca de verdad
cuando el pater potestad recorre en la misma entrada la monta conocida
la patria potestad que le da ojos
cejas/ pestañas/ iris
& luz
le da espuela ya sin marcas nítidas.
¿Qué más verídica fuente que el metal?
Se yerra su primera escena del nombre, los alias de su padre se los echa probados/ el argentino/ el otro
los incluye en espasmos de revuelta. No caerá otra vez, no llegará a la primera plana
el rostro de su padre que le hunde el costado: se multiplica, se sobra el rostro de la madre
víctima se inyecta
se abre las venas con la aguja. Se clava espuela.
Maldice la entraña que la encorva. No trotará su madre con la carga, no llegará la mula al semental: la mular no incuba más que el lomo seco pelado el lomo, llagado.
feto y desplaza el larvario síntoma
más que censos, ayuntará sus diversos alias.
Donará sus vestigios.
césped l'acoge de materno modo
árbol la abraza
luz la descubre
Se ha alimentado de la leche fría, se robustece del hocico macho
¿la Scena? la Scena de su ancar anquilosado, la toma de su orfandad curiosa
L'incesto del robo de su alias/
la mugre

la suciedad de tanto revolcarse que le han contaminado sus antepasados y era más y más, y más la perjuraban hasta que la dejaron lacia en aquel hueco
y dale todavía el agua se alteraba
y ella la potranca fetal que se incomoda
¿Otra vez la perforan?
No la estática plaza, la perenne costra que le oculta sus terrores diurnos. No existe la noche de su padre, la fiesta de su madre
se acoge a lecho duro
su cordón en su ombligado curso la ata en el banco de la plaza. El cordón es fino y no la acepta moverse, si lo hace
estallará en sangre umbilicancia
por el ombligo cordón que la detiene, la perra más que ladrar aúlla. La perra se detiene, no será ahorcada por su propio cordón umbilical
lo corta/ sangra/ la perra está en período.

4.6 Brusca la fina raza se enraíza con su metal collar al cuello:
la correa sostiene
la tira la correa cuando su olfato la rinde de la presa. Si macho huele también l'ostiga + el tronco del árbol + el césped + la presa huye
De su cepo cae herida la manceba y se humilla al replegar sus patas. No se cruza y no la cruza
quiltrerío langue/ quiltrerío
popular sierpe de la tropa.
Su cordel cuero la ciñe del pescuezo. La plaza recorre, la plaza se finita pa sus patas
l'agilidá l'imposible. El trote la contubernea al lazo, la imbrinca al cuero.
Y corta, quiere cortar con su colmillo el cuero animal ya procesado. Afila L'diente pa huir del grueso tronco que la agarra su garra
misma hace huecos pa tapar sus reductos
la perra fina es perseguida por los quiltros. La sarna de la perra se mejora
la inflamación de la perra/ la infección de esos quiltros
¿Pa qué cosa la lleva la correa? ¿qué hermandá se establece? ¿qué bondá
exhuda su ladrido?
¿S'entiende la fina raza con el quiltro?
labrada tan estudiada forma su correa fina, elaborada en talabartero oficio emerge: collar pa la perra/ señó pa ella/ amo/
Trompa o patrón pa la perra
su custodio que la protege de esos quiltros que la siguen. Que arranca la jauría. A sus olore llega y aulla el perraje suelto que ladra a la cuidada perra
perra cuidada apenas en el cuero, perra que sin collar, liberta especie se encontraría en la hermandá del quiltro ¿lo haría?
¿rajaría la perra sus olore?
el collar que le incrusta no es el cuero, las puntas de metal,
indoloro si frena
pero no si corriera. Su señó es implacable
el amo d'esta perra —si tuviera— pa qué la incita en esa plaza que no cierra la puerta al quiltrerío +
la cruza entre ellos es evidente que son el puro callejeo, el desmigajarse entre la plaza.

Comen los restos
pero en cambio la perra huele en perversidá este alimento
su olfato se arrastra en el cemento, su puntudo hocico/su rosada lengua perruna en la lambida
lánguenla los otros pa que la correa y sus puntas de fierro se l'undan en la garganta
frena la perra en seco
espanta
al quiltrerío la misma perra pa escapar del lazo
¿modifica acaso lo quejido?
ladridos, ruidos que semejan
quena o trutruca, el quiltrerío
adorna, perfora, conquista y ronda/ danzante machitú
collar de plata al cuello
la frente en plata
los tobillos metálicos en plata
las ojotas de suela
cuero animal tambié los pie
machi
mater se encumbra pa los quiltros
trompa pa los perros
bozal pa los animales
bozal tambié pa esta perra
sonidos
de reunión
toqui toque tocada en plata fina l'oscura
su hocico sus pómulos
los ojos estirados
la bailan en rueda ya esos quiltros. La raza

la raza encumbra sin el privilegio de las otras razas
emerge el lánguido sonido
la plaza se puntea. El altiplánico espacio se refiere
a sí mismo y a la perra
sáltenla del collar/ pierda la plata
el pecho se l'electrifica la ruca asola
la perra entrega su collar de plata:
el toqui al señó/ al amo al trompa

danza su trutruca en festival
la perra también amaestrada danza
la quiltra
sin collar de plata
¿pa qué vaga?

5

¿Quo Vadis?

5.1 Quo Vadis mafiosa para que sus crenchas caigan de una vez. Jugará tal vez ruleteada con la pura mente, desenterrando máscara sobre máscara y palabra caída será: letra modulada sobre el pasto, frotará cuerpo y pasto, lengua y pasto, pierna y pasto y el líquido.
De reiteración elevará la mirada.
Situación ahora no fílmica sino narrativa, ambigua, errada.
Pudo decir, por ejemplo:
esta plaza está rodada, llena de pasto a pedazos. Mis piernas ya no brillan cuando las froto, ni los vellos se erizan, estos vellos que cubren sutilmente mis piernas. Ya no me gusta arrastrarme por allí debajo del farol que me contagia su descascaro. Porque mis piernas más bien se cubren de tierra y entonces no noto la erguida de los vellos que me traspasan, ah sí, me penetran.
Pero es de este modo como construye su primera escena, porque se sigue arrastrando para sacarse de sí el lodo adherido a la piel y de tanto tocarse se produce el roce. Mueve lentamente los músculos, los retarda en cada contracción. Para qué decirlo: está bajo el farol. Está bajo el farol de la plaza y aunque cunda el frío por estos lados se tiende sobre el pasto a dormir. Pero el sueño no llega y se da vueltas para cambiar de postura. Prueba a permanecer siempre con los ojos cerrados para que no se le espante el sueño. Es una imagen completamente distinta para el que la lee. Se revuelca sobre el pasto cruzada por su terco insomnio. Se estira toda. Desde lejos es una sábana extendida sobre el pasto, desde cerca es una mujer abierta, desde más lejos es pasto, más allá no es nada. Está tan oscuro en la plaza. Desde la acera del frente es un cuadrante iluminado.
Como un zoom es la escritura. Reaparece la mujer que duerme o quiere dormir, pero no es así: es el placer de extenderse jugando con el deleite de su propia imagen. Infantil tendida es ésta. De mentirosa lo hace. Porque jugar a la distorsión de la mirada por falta de luz, ha sido una actividad explotada hasta el cansancio. Vence así el equívoco, crece la confusión y el insomnio es un hecho fugaz. Todo este movimiento no es más que para lograr frotar una de sus piernas en el pasto y es por eso que finge no poder dormir, como si su mente no abarcara más que ese estado.
Se da vuelta desesperada en su lecho, pero su conciencia está pendiente de cada rozada de su pierna sobre el pasto, ese extremo momento en que sus vellos se erizan levantándose de la pierna y creando otro circuito de cercanía.

Sigue con los ojos cerrados. Se mueve imperceptiblemente hasta dejar de hacerlo del todo.
No se mueve porque la primera lluvia se deja caer sobre la plaza. No dormirá, ni podrá gozar con sus piernas, el particular friso luminoso de sus vellos.
La lluvia cae en gruesos goterones y ella se levanta del césped para protegerse debajo de los árboles. El frío ha disminuido considerablemente, reemplazado por la incomodidad del agua que empieza a abrir estrías en la tierra recubierta por el pasto.
El traje gris es penetrado y la lluvia se escurre por su carne: la espalda, el pecho, las piernas. Nada predisponía a esta mojada, tal vez por no mirar el cielo, tal vez por eso.
Tiembla al ver el espejeo de las baldosas que empiezan a relucir por efecto de las luces de los faroles. En cambio ella más bien en opacidad se diluye. Con el cuerpo pesado por tanta agua que acumula su traje de lana gris. Es un peso concreto el que arrastra en cada uno de sus pasos; el traje es una carga cada vez más oscurecida, en cambio la plaza aparece de manera favorable, ampliada, relumbrosa.
Y ella no, es ese traje que la priva de su atávica belleza, más que la lluvia que en sí no es sino un aditivo. Falló. Eligió mal su ornamento más cercano. Otra vez trabajó como aficionada. Por lo tanto juega a perder esa escena. Queda rígida esperando el cese del agua que no se detiene, al revés, se deja caer con más fuerza. Su cuerpo tambalea. Es su estructura la que está cerca de caer. La plaza la ha sobrepasado. Está a punto de perder su aparataje, ella no era un adorno para la plaza sino a la inversa: la plaza era su página, sólo eso. Pero su cara crispada ahora, su pelada mojada, su cuerpo magro que hace para el que la lee veta de árbol, desperdicio.
Reflexiona, sus ojos recorren su traje, se limpia el agua de la cara. Mira a su alrededor y constata que ningún pálido ha llegado esa noche y aunque aún es tiempo, intuye que no vendrán, como si el espectáculo que les fuera a ofrecer ya no tuviera sentido. Está sola y por eso su actuación es nada más que para el que la lee, que participa de su misma soledad.
Enfrentarán mirada a mirada, pensamientos enfrentarán y sólo por eso habrá que inventar el placer que se ha evadido.
Sale del árbol y de lluvia es anegada, dice —tengo sed— pero con porfía cierra los labios, da lugar a la alucinación, tensa su mano por espanto.
Asumió la retórica del acertijo, hundida en lo cotidiano de esa

situación trepó en lo indescriptible. Se supuso: con neones, sortijas, aretes. Cuadriculada de fetiches volvió a la letra trazada con guante de seda brillante —enteramente significativa— se interroga a sí misma en lenguaje poético y figurado. Rompe su modelo, se erige en capítulo.
Empieza a decir toda bella palabra hasta extasiarse, sonriendo las dice y así este paisaje en diurno se convierte para la noche y aunque sus párpados están traspasados, se convence de no mirar para no ser tocada por la veta.
De lana en seda, de carne en maniquí, hasta que la lluvia resbala por ese nuevo soporte. Así ya no es necesario que diga más o se llame a sí misma piedra preciosa, material sólido, para poder, quizás, solazarse en esa agua que no la toca penetrándola.
Así se transfiguró de su cuerpo apelando a sus mejores atavíos, encontrando para sí la perfección. Pero se los retiró, optando por su lana gris y todavía siguió refulgiendo caligráficamente con igual brío.
Es que se niega a la contemplación de los pálidos para agotar en ella el encanto de lo contemplado.
Nadie antes la había indagado como ella misma ante esa imprevisible lluvia.
Con los cuidados más significativos se topa en su límite que es el transcurso de la noche, para decirse tal vez —sortija— y se desnudaba la ficción en la que volcaba todas sus defensas. Sin reflectores de ninguna especie, ensaya.
Traspasada de imagen en palabra, mediante trucos técnicos acude a torcer el lenguaje, montándolo sentimentalmente. Rehace, corrige las matrices listas ya para la reproducción.
Se imprimirá con erratas conscientes y buscadas en las grietas de los pastelones de la plaza que contienen la trizadura de cada escena. La lectura de la marca de pisadas en la sutil diferencia de colores que sólo la lluvia logra evidenciar.
Cada uno de esos signos es descifrable para ella. Podría así tejer innumerables historias tan sólo decantando la trama de su vestido de lana gris. Desenmarañar esa hebra para extenderla como escritura en la plaza. Retejer encauzando su colorido, el gris sobre el gris del suelo puede tentarla. Toca la humedad del traje y palpa lo resbaladizo de los pastelones. Subir hasta los árboles y rompiendo las ramas, completar con ellas la novela.
Transformar cada uno de esos materiales, marcar con neones las pausas, con fluorescentes los títulos, quebrar la esterilidad de las

lluvias hasta llamar por espectáculo a los pálidos que ordenarán una lectura posible, corrigiendo algunos textos, sacando otros, manteniendo en apogeo las baterías, toda esa luz eléctrica que contraría la lluvia.
Llueve en la plaza. Pero ella ha extendido un plástico sobre el banco de piedra y se cubre. Las goteras resuenan resbalosas sobre su cuerpo. No siente frío e incluso está transpirando por la emanación del plástico que la encierra. Mira la plaza. Se levanta siempre cubierta y sobre cada uno de los bancos va dejando plásticos para preparar la llegada de los pálidos. No es éste un espectáculo inédito para ella, porque la lluvia recae siempre después de los intensos fríos que los traspasan en las noches.
Se vuelve a recubrir con el plástico, se queda quieta entre los goterones, hasta que su pierna se mueve restregándose contra la otra y nuevamente su vello erizado responde a su antojo; aún bajo la lluvia se arrastra esa pierna suya:

Su vello púbico en las nalgas esa posterioridad frenética el refrote. Los pálidos saliendo y entrando cotidianamente salivosos, cayendo desde el maremagnum: no logró el displacer.
No lo logró por estar distante de sí el invento con que se fabricaba colores iridiscentes la arrastró a la consumación.
No logró el displacer porque sus piernas cedieron.
No logró el displacer porque enteramente hermosa refrotó su pecho.
No logró el displacer en el entretejido de sus pelos, al interior de esas mismas piernas permanecieron partículas móviles.
Esas mismas partículas al rictus de sus labios.
Con el coqueteo de sus piernas abiertas: los párpados y la conciencia de un cuerpo sólido —el suyo— que adecuado a distintas situaciones pudo cobrar una autonomía especial, negándose a la rigurosidad. Pero se escapó. Esas mismas piernas convulsionadas por el vello pubial, partículas generando rictus, evitando generosamente el displacer.
Pero cómo esos rodados pálidos permanecieron esas horas con la mirada perdida, en ese momento privado, ajenos a la contaminación de todo otro pensamiento, dejando esas otras piernas vacías, húmedas, vellosas, al interior humedecidas con el esfínter contraído. Las piernas clausuradas de esos pobres pechos sobresalientes obteniendo-consumando el displacer, señalando la necesidad de reconstruir sus piernas en la cercanía del refrote, en la única,

inconclusa vellosidad que fantasmagórica repite el gesto solitario. Doblemente hermosa en el refrote que es a pesar de lo imaginario causal líquido.
Y los pálidos sí que saben darle a su vello púbico en el vello púbico frontal: el refrote.
Su vello púbico en el vello púbico más sus dos piernas cruzadas al ritmo de las caderas, pensando el refrote.
Percátate nada más de su vello púbico en la cara el refrote: la frente, ojos, mejillas y toda la postergada mandíbula.
Su vello púbico en el torso el refrote: espasmos en los hombros cuello, brazos, cintura. ¿Qué me dices de sus pechos macilentos?
Su vello púbico ascendente, la boca el refrote: los dientes, la lengua. A cualquiera puede asquearle la saliva. Basta.
Su vello púbico en las manos, el intenso y estúpido refrote, pero los dedos y las uñas saliéndose de madre.
Su vello desubicado de su lateral y esta pierna suya cruzada al vacío, levantada fatigosamente hasta los bordes. Esta misma cansada pierna suya buscando el alivio renal, su apoyatura, con todo el esfuerzo sostenido hacia el vacío blando del borde que no contiene la humedad necesaria al costado, que debería traspasarse con la mojadura de los vellos. Esa extenuada pierna tirada hasta la nalga buscando en la otra posterioridad la cobertura a los vellos radiantes, hasta que los muslos entreabiertos ofrezcan otra especie de mácula.
La cedida de la pierna que no le otorgó el displacer porque distante de sí misma refrotó su pecho, mientras sus manos se activaron por la violencia de sus vellos húmedos pegados tercamente a los costados de los muslos, tejieron partículas móviles.
Esas mismas partículas al rictus de sus labios programando el coqueteo ritual de las piernas abiertas, los párpados oscilantes en el cuerpo que se desbarata en tanto sudor y así quién puede aguantar el displacer que no tiene la solidez de los dedos, la fulana con la mirada perdida.
—Si yo misma presté mis piernas vacías, púbicas, vellosas, mis pobres piernas lapidadas y así me saltó mi verdadero nombre propio al montar ese vello púbico en las nalgas, llamándome la luz, que era tan pesada sobre su cabeza que la nominé la madre con sus vellos en mi cadera, al adolorido riñón, buscando incansablemente el refrote—
Insisto, buscando el refrote —esos pálidos— que se sacan el nombre de la postura de las nalgas como mero automatismo, hasta

la prendida de las luces que muestran los árboles en la reinscripción del terror. Pero hasta ese minuto el cuerpo se parceliza en distintas autonomías, cuyo eje se centra en la humedad de los vellos.
Y de verdad que era rico el refrote de los pálidos que, sin embargo, endilgaban sus miradas hacia otros paisajes chilenos.

Y dime ahora qué se siente estirada en el banco, cubierta de plástico, a plena espalda de la literatura. Porque así se puede decir cualquier cosa —dime algo de tu arrogancia— puedes verificar cómo empiezan a llegar los pálidos hasta los demás bancos y cada uno se tapa, aunque ya traspasados bajo la lluvia y encuentran entonces sus miradas distorsionadas, equívocas sobre la plaza. Sus miradas —digo— que se tienden a través del polietileno produciendo la desproporción del ángulo, transformando los faroles, los árboles, el césped, hasta que lleguen a ubicarla —también deformado bulto— a la que se mueve en la impunidad del refrote. Así la lluvia se desata sobre éstos pero se refrota en el plástico, privando el goce carnal de esa agua.
—Pero cómo brillan ésos, cómo aguantan la maestría de sus dobleces, cómo se miran ésos y se reciben desatados, púbicos, limpios. Saber que sus pieles se erizan por el agua que no los toca. Sí, sus piernas y vellos con la boca remiten gestos: la lengua sobre los labios, los ojos empañados bajo el plástico y se encienden para nadie los faroles, para nadie este ornamento. Se acomodan como líneas ordenadas sobre la página y toda plaza los imprime y toda lluvia los entinta. Se imprimen y se tensan en su propio movimiento y por refrote son publicados: familiares en su orden, tipificados—
—Cómo se sublevan por los toques: Ilusionismo del plástico que los niega en módulos fragmentarios, reiterándolos como esquirlas, circunstanciales carteles o afiches quizás, saltando desde los resquicios, implementados como grafitis: sus cuerpos—
—Cómo contrabandean sus miradas antecediendo a la plaza como antro, prófugos de la letra impresa, apenas borradores, escritura manual, soez terminología acusan. Pero tampoco vamos a decir que esto es escoria. Nada de eso: construcción de una narración transitoria que asume como modelo a una desarrapada. Tendió su proclama en cartelones, también esas mismas palabras produjeron un rayado sobre el suelo de cemento de la plaza—
—Relumbran enteros, como orificios sus deseos de ficción, por

atomizarse en electricidad, que se devuelve en el reverso de la página destemplada de lecturas: así pierden sus lacras y recobran el antiguo color, donde no están vendados los pies ni ulceradas las piernas. Todo el catastro perdido umbilical en su insignificancia. La letra amontonada sobre los carteles, esta desenfrenada proclama de la plaza—

—Para ser leídos desde atrás de los plásticos que los salvan de la lluvia y por eso descifrados, mirada y texto, cuerpo y mente se refrotan. Se abre así la novela, surgen los personajes, se los lee bajo la iluminación de la plaza. El plástico evita el deterioro, como cubierta, como forro. Se ambienta la pupila y los chorros de agua gustan la caída sobre la piel—

Pero no: marcan el cemento, nutren los árboles, desafían la electricidad.

''Sin vida de por medio —salvo la referencia del estereotipo deseado— han ocultado borrándoles el stras-Chile, para disfrutarlos ornamentados como caricaturas, a ellos mismos, que alcanzan su plenitud bajo el plástico retirándoles los logros que alevosamente les destruyen. En la literatura lo han hecho''.

''Porque a lo largo de este territorio asqueroso los han elegido para descarnarlos transportándolos por letras, en el estúpido procedimiento que no les revela el aura, impidiéndoles la posibilidad de empalidecer y resurgir bajo la luz eléctrica que es la única capaz de mostrar sus deslumbrantes lacras''.

''Estrujados e impresos les han negado esa luz para conformar estampas perfectamente falsas —sin riesgos— esa imagen que les permite intermitentes, la ilusa distancia del que ha creído en una clase de permanencia diferida''.

''No hay literatura que los haya retratado en toda su inconmesurabilidad, por eso ellos, como trabajo cotidiano, se aferran a sus formas y cada gesto cuando se tocan conduce al clímax. Así se acercan hacia el final siendo ese umbral el placer: un puro desvarío la lluvia''.

''Sabiendo que no hay literatura que se les haya diseñado, definitivamente aburridos posan. Los sucesivos frentes a los que se exponen los remiten bidimensionales en la única, precaria certeza que nadie abraza conteniendo la letra. Pero es más, se doblan a tamaño natural pegando esas palabras sobre el cuerpo: transpiran bajo el plástico''.

Sin embargo comienza a caer la lluvia en la plaza y el frío decae en intensidad. Los pálidos se agrupan en torno a L. Iluminada. Están empapados, se cubren la cabeza con diarios, acuden a refugiarse bajo los árboles. Sus pies se hunden bajo la tierra hasta quedar completamente embarrados. Por primera vez sus imágenes decaen, hasta ella misma, con la pelada mojada, presenta una apariencia desoladora. Como una cortina, la lluvia es perceptible a través de la luz de los faroles. El agua corre sobre sus rostros, disminuye sus figuras, los vuelve opacos. No hay techos para protegerse salvo el escaso ramaje de los árboles.

Estarán así mojados, sorprendidos y tal vez se conmiseren de ellos mismos y entendiendo la fragilidad de sus cuerpos, renieguen de la falla de la plaza.

No se mueven, sus pensamientos siguen desarrollándose fuera de todo acontecimiento. Se arroban en ficciones, se indagan en su situación. No hay acciones posibles más que su propia lengua que aún, en lo propicio del ambiente, no surge. Saben que sus diálogos trivializarían lo desgarrado de la observación, además conocen de antemano a lo que aludirían. Ya está escrito.

Han lanzado sus proclamas cuando ella sacó desde la bolsa el pedazo de plástico que, por insuficiente, lo arrugó entre sus manos y lo arrojó al suelo.

El plástico, el plástico fue una de sus tantas ensoñaciones.

5.2 Si el foco iluminara su pelada, se abriría con sus propias manos esos disminuidos pelos. Mostraría el casco iluminado.

si el pie se iluminara con el foco/
si el pie se iluminara con el foco nada más que lo dejaría en tiempo libre rozarse, perturbarse, hacerse uno con el pasto.

si en la costilla el foco
iluminase, si la costilla el foco iluminase se absorbería su cuero engranujado, nadie soporta sin pasión un foco en las costillas.

pero si cayese sobre sus espaldas
las innumerables curvas de su columna serían registradas por el foco.

el muslo, un fragmento apenas de su muslo
levantado, irguiéndose huyendo el foco aprehendería, aunque nadie supiese que se trata de su muslo.

si ese foco el hombro apunta la articulación
una movida de su brazo pondría al hombro en movimiento, se cubriría el hombro con la mano, pondría ese impedimento al foco.

En cambio
si lumpérico orden el foco iluminase, ella perdería de inmediato su pelada, su pie, su costilla, su espalda, su hombro, su enfoque entero, todo su trabajo.

Acude al foco/ la escena
si de gemir se trata, gime de modo prolongado, engorroso, fino gemir si de gemir la piden/ tiembla su barbilla para convencer/ copa todos los gestos del gemir —para engrupirlos— caen los labios entornados ojos: si la caminata la escena quisiera controlar, hasta arrastrarse la prolongaría, el paso lerdo, el peso de los pies las plantas de sus pies lastimaría para conseguir esa perfecta escena, desnuda la planta de los pies, el sayo, el velo, el grueso medallón, la cúpula, el manto, las campanillas en torno a los tobillos, las panderetas en las manos, la seda, los hilos dorados, el bermellón en las mejillas, los lunares pintados en la frente, la roja boca, la corona de espinas, los dientes blancos, el laurel, l'anca mular, la bailarina, la regente

ocular, la espía, la damnificada, la víctima, la libidinosa anciana, la cortesana, la tapada por gasas, la chansonnier, la muchacha inocente, la abandonada: gemiría a la vez todas las poses, caminaría copiando las escenas.

Si por film o por fotografía en el banco de la plaza la tomaran, daría cuenta en sí de los enamorados, pondría su expresión dulce sentada en un verde banco/

la anciana que hay en ella tomaría su tejido
el anciano que hay en ella leería
el niño y su pelota sonrisa al lente que le diera, la que espera
por su anhelo, mirando los bordes de la plaza
el que sufre de penurias que ella porta .
el perseguido que hay en ella
la perdida que ella es.

Si por instantánea toma el lente de la cámara la requiriese, jugaría al gesto de la mano en la rodilla/

una caída, atrapar cualquier cosa con la mano, sonreír, reír sin tope, estar sentada con descuido en un banco de piedra, escondida de perfil en un árbol, bajarse las faldas de un viento repentino, cubrirse con un diario la cabeza, toda esa naturalidad tan conocida.

Si el sonidista la grabara, si intentara dar cuenta de su voz:

diría parlamentos completos —énfasis y frialdad— tonos sumisos, gritos destemplados, terror acaso, enemistad o ese feliz encuentro, todos los diálogos finales/ le donaría al sonidista los últimos segundos de la escena: la muerte de la protagonista.

Pero si fuera ella la lectura, al lector se imprimiría en letras/ lineal eficacia lograría, historia matizada, titulares, toda la tipografía atravesara, papeles de diversos gramajes, prensa de avanzado modelo, todo para el lector que la leyera, en letra hasta extranjero idioma alcanzaría:

inglés, francés, provenzal alfabeto o de los despreciados aymará, mapuche, para placer de los dominadores, se escribiría en los dialectos, para la erudición los caracteres griegos, la lengua árabe/ quechua exótico para el eslavo/ castellano/
D'umbrales traspasaría géneros caballería/ pastoril/ picaresca/ fo-

lletín/ juglaría/ drama burgués/ panfleto/ tragedia y comedia/ experimental intento/ escritura manual/ impresa letra/ estante, biblioteca, lectura oral, recitaciones, discursos/ proclamas/
grafitis
si el foco la apuntara, la cámara, el sonido, el lector, los argumentos, toda esa marcada ficción/

Si el foco, si el foco se apagara, la trama empezaría realmente.

5.3 Es que la lluvia ha dejado sobre la plaza la humedad traspasada por ese olor especial que emana de la tierra. Todavía esta otra noche no se despeja. La cerrazón es perceptible desde la iluminación de los faroles.
Tierra húmeda y el frío crece. Siempre es así después de la lluvia y se determina la extrema melancolía que convierte a la plaza en objeto único e inhabitado. Cualquier paseo allí está teñido por la soledad, proyectándose una imagen de desesperación o abandono, como tramoya de ficciones.
Está perdida, pálida y tiritando, mojada aún por la noche anterior. Está enferma o más bien se enferma de estar en ese estado. Le restan pocas proyecciones lanzada al borde de la esterilidad.
Están los pálidos, es cierto, pero no se comprometen en sus miserias, como si sus historias particulares se desengancharan de esas imágenes. El lumperío pone solamente la fachada para distribuirse selectivamente entre ella, como adornos, como fantasías. Pero tanto tiempo de estar ahí y su mirada se intercambia —pese a ella misma— sus ojos chocan. Convulsionada por el frío su mirada lo busca primero en forma casual, luego indaga, por fin descansan allí sus ojos. Pero después vuelve a rehuirlos para prevenir la catástrofe, se solaza entre los otros que la siguen y aunque testigos de su merma, siempre ella va a superarlos en su brillada.
Por eso no se deja enardecer en la contemplación, aunque el otro sepa de su esfuerzo.
Vencer el abismo. Esconder la posibilidad.
Tampoco son unos cualquiera que podrían limosnear por Santiago. Nada de eso. Recordar siempre su actuación de profesionales y que volados se ratifican en sus rodajes. Y aunque pudieran limosnear por esas populosas calles, la ciudad está afuera, como actividad cotidiana: amagos de ensayo, trabajo pagado.
Pero si ella rozara un poco más su mirada con la otra y la dejara ir de largo hasta que el negro en ojo negro se frotara, entonces la vulgaridad sería la forma escrita. Esa manía sentimental, su trivial afectividad.
Sacrifica la mirada, se castra del ojo que la mira hasta gastarlo y recentrarlo en su verídico rol.
Repite mojada su pose contra el árbol y se toma de él con las dos manos —haciendo fuerzas para que sus mejillas se tiñan con un poco de color—
Inaugurada en el vértigo ha dejado la mirada convertida en pura superficie y vacua intenta reverdecer. Así botada y empapada tuvo

la más clara de sus alucinaciones: descendida, vio la belleza en su particular dimensión somática, en la propia descripción de su ojo caído. Fetiche de su vestido y sus pechos ocultos, incorregible en su forma leída por veracidad, subersiva de índole. Digo, vio su belleza/ se examinó en su finitud hasta que ellos se tornaron tan irreverentemente perfectos que le imposibilitaron la elección.
Aunque ateridos no llegan a morder el polvo de la plaza porque sus voces se cambian por grafías y vuelve a caer la prensa y un tono rosa —su mejilla— marca el error de la tinta que filtró letra con letra en páginas contrapuestas. Pero el lumperío no detiene sus máquinas, amanecidos y trasnochados se vuelven sobre las matrices, las revisan bajo la luz de la plaza. Disfrutan sus avatares rehaciendo las planchas que falladas sirven como otro material. Nada se pierde y aunque la lluvia los ha estragado irrumpen con más fuerza, tomando precauciones, aprendiendo estos oficios. Se preparan para editados resplandecer y el insomnio entonces no sea más que cosa del pasado.
Ella ha neutralizado su mirada recomponiéndose de la pasajera debilidad de prenderse a esos ojos que ofrecían la ficción de una apuesta fracasada. Ha recuperado color y pose. Saca partido de la pelada mojada, de las arrugas incipientes y elabora su acostumbrada sonrisa.
Elabora su sonrisa porque ella no los ve más que en su producto comercial y transferible. Circulante material abusado por la extranjería del ojo ajeno a la plaza que no sabrá de los originales estropeados, del abandono de las matrices, que no soportará su segunda impresión.
Se agacha con la cabeza entre las piernas y con las manos eriza sus cabellos. Asoma su sonrisa natural. Con su lengua limpia los dientes: el cemento recogerá la imagen. Teñidas las mejillas se para bajo el farol y sobre el metal su dedo caligráficamente escribe en forma imaginaria —como los niños— ''dónde vas'' con letras mayúsculas y con la mano completa borra lo escrito.
Lo ensaya de nuevo en el centro de la plaza, curvada sobre el cemento ocupando para sus letras amplios espacios.
Ensaya sus palabras. Los otros la observan desde sus lugares. Una y otra vez hasta que la mano enrojece y se despelleja de tanto borrado.
Por fin se levanta y su gesto manifiesta que está lista y uno de los pálidos le alcanza un pedazo de cal. Casi arrastrándose por el suelo, empieza a construir grandes letras que abarcan todo el

centro de la plaza. Atravesada y el —dónde vas— le permite una ordenación nueva.
Están titulados los oropeles de la plaza. Faroles y cables, pasto y tierra, bancos de madera y bancos de piedra: se organiza.
Complacidos por el hallazgo, los pálidos hacen el esfuerzo de leer desde todos los puntos posibles. Circulan sus vertiginosidad, aplanan y elevan las letras por su ubicación. Ella se sienta en el banco de la plaza para contemplarlos. Lee sus lecturas aprobando todo. Su mano aferra la cal y pedazos de ella se desintegran bajo los dedos. Las migajas caen sobre el cemento pero no lo percibe, atenta como está al aprobatorio movimiento del lumperío.
Ha perdido su impasibilidad y ahora el pecho se le agita por el ansia de medir la fuerza del rayado, sabe que ha introducido un corte en sus actitudes y por eso mismo espera que pase el arrebato, para que ésos empiecen verdaderamente a leer y entonces cataloguen el acto.
Se comprometan con la leyenda.
Ellos, a su vez, comienzan a detener sus movimientos. Sus labios murmuran la frase acercándose cada vez más a las palabras, incluso algunos de ellos las pisan. Por fin las cubren totalmente con los pies. Permanecen rígidos encima. Así nada está escrito sobre el suelo, siguen como protagonistas ocupando el cemento. Es evidente que se sienten expulsados hasta los bordes de la plaza como notas al margen. Por eso tapan el rayado. Han comprendido la agresión.
No la miran y lentamente sus pies se refrotan contra el suelo. Como en un baile improvisado, rítmicos borran la cal, destruyen su título. Se alejan. Una mancha gris se expande sobre el centro de la plaza, han desaparecido las letras.
Ella se levanta del banco y se acerca a ellos. Se agacha y con sus manos sigue dispersando las huellas, centímetro a centímetro, hueco a hueco.

No se limpia del todo, pero la claridad de la cal casi desaparece. El lumperío se retira hasta perderse entre la sombra de los árboles. Ella siempre arrastrada contra el suelo de cemento empieza nuevamente con sus dedos a dibujar letras. Una y otra vez lo hace hasta que por fin, tomando firmemente el trozo de cal escribe su frase en proporciones aún mayores, dejando grandes blancos entre letras. Aparece —dónde vas— con caligrafía impecable, sin ni siquiera un titubeo por el trabajo manual.

Se queda allí, parada al costado de una letra. Empieza su caminata entre ellas cuidando de no pisarlas. Las repasa una a una hasta que vuelve sus ojos a los pálidos que la observan desde la oscuridad. Sabe a ciencia cierta dónde está cada uno de ellos y aunque sus ojos no los distingan, está consciente que ellos sí recibirán su mirada. No salen y ella los sigue mirando hasta que sus ojos se agotan por el cansancio. Gira, sus manos caen, cae también su cabeza. Entiende.

Vuelve con paciencia sus rodillas al suelo y con el borde del vestido comienza a borrar lo escrito, con parsimonia, ordenadamente, sumisa.

Ellos entonces afloran, salen múltiples y con sus pies confirman la borradura. Están una vez más ocupando su espacio en una nueva labor.

Se demoran para hacer un buen trabajo, aunque claro, la limpieza no será total hasta que muchas otras pisadas se lleven los minúsculos pedazos de cal entre los pies.

Se levanta y los mira: acercándose a cada uno le pasa un trozo de tiza que va rompiendo entre sus dedos. Con la cabeza baja lo hace y ellos de la misma manera la reciben, pero cuidando de no rozarla. Tan sólo la punta de sus dedos toca el trozo de tiza.

Ahora es ella la que se pierde hasta el fondo de los árboles.

Cada uno controlado por su visión.

Sonríe con su característica mueca. Ha vencido.

Se sientan en los bancos alrededor del centro. Tienen la cabeza entre las manos, hundidos los hombros, bellezas son. Ella, entretanto, ha apoyado su espalda contra los árboles y permanece recta de pies a cabeza, anhelante.

Espía sus movimientos, sabiendo que ése levantará la cabeza y abrirá su mano para mirar la cal entre sus dedos y entonces la buscará en la oscuridad, sabiendo lo que ella espera, hasta que su mueca iluminada llegue al centro de la plaza y sus rostros se expongan.

Este lumperío escribe y borra imaginario, se reparte las palabras, los fragmentos de letras, borran sus supuestos errores, ensayan sus caligrafías, endilgan el pulso, acceden a la imprenta.

Se quedan quietos observando y como profesionales empiezan a tender su propio rayado en el centro. Es perfecto. Están enajenados en la pendiente de la letra, alfabetizados, corruptos por la impresión.

Tan bien distribuidos en sus espacios que el trazo queda libre para

que el otro lo continúe. Ella puede desde allí comenzar a leer. Pero más bien se detiene en las alturas de las letras. Sus ojos miden los trazos y van hasta los cuerpos cansados que se arrastran por ella en la plaza y que mudos, dejan unificar el pensamiento.
Terminan pero aún no se levantan del todo. Vuelven a buscarla hacia la oscuridad que la alberga. La detectan y arrojan los restos de cal hacia el pasto. Van hacia los bancos y le dejan el lugar de la lectura y por fin el ''dónde vas'' es ella misma en el centro de la plaza, bañada en palidez, reseca entera.
Es la misma desarrapada que se tiende sobre la letra y la humedad del suelo no es nada comparado con la manificencia de su echada sobre el piso, con la misma humedad del vestido gris y la pelada. Ha recibido los mejores atributos, mojada debía ser, enferma de frío, cansada. Por primera vez su sonrisa la convulsiona/ha visto la frase completa y se arrastra sobre ella para frotarse, se imprime el humedecido traje, hasta la macilenta cara se imprime.
Porque no importa el duro cemento que le lacera la espalda, ya que como apostadora ha ganado de todas maneras venciendo la rudeza, dando otra dimensión a lo impositivo de su presencia.
Tinta fue esa lluvia que ha negociado el gris perfecto de su vestido. No puede parar ahora, tan renovada y perfecta en su palidez que podría acercar por primera vez su rostro hacia ellos, para que se complazcan en su piel y quizás hasta podría permitir que la midan con la yema de los dedos, los mismos dedos que escribieron imaginariamente sus trazos milimetrados.
Para que esos dedos entintados la trazaran entera, estamparan su indeleble huella y así el fugaz rayado de la plaza se seriara sobre sí y ella misma acudiera entonces a los bancos, los árboles, los faroles, el pasto, toda esa plaza al fin pudiera almacenar la tinta para repetir otros escritos.

6

6.1 Imaginar un espacio cuadrado, construido, cercado de árboles: con bancos, faroles, cables de luz, el suelo embaldosado y a pedazos la tierra cubierta de césped.
Imaginar este espacio incluido en la ciudad.
Imaginar este espacio ciudadano al anochecer con sus elementos velados, aunque todavía nítidos.
Imaginar desolado este espacio.
Imaginar este desolado espacio al encenderse la luz eléctrica: el haz largado sobre la superficie.
Imaginar toda la plaza cuadrada iluminada por diferentes haces que se filtran entre los árboles.
Imaginar allí una figura cualquiera sentada en un banco con los ojos cerrados.
Imaginar a esa figura sentada en el banco con los ojos cerrados y el frío extendido con violencia, desatado.
Imaginar que esa figura es una mujer con los ojos cerrados, acurrucada para sacarse el frío, sola en la plaza.
Imaginar que esa mujer es una desarrapada en la plaza, entumida de frío.
Imaginar sus pies cruzados sobre el suelo y su cabeza enterrada contra su pecho escondiendo el rostro, con los ojos cerrados.
Imaginar los árboles mecidos por el viento dejando ver los cables de luz y en medio a la mujer ésa.
Imaginar la ciudad quieta, sin ruidos, sólo la noche pasando.
Imaginar a la mujer sentada en el banco con los ojos cerrados bajo una luz.
Imaginar la luz sobre la cabeza de la mujer.
Imaginar una luz de gran potencia sobre la cabeza inclinada de la mujer.
Imaginar su mano iluminada sobre el banco de la plaza.
Imaginar sus pies iluminados curvados sobre el suelo.
Imaginar la curvatura de su espalda.
Imaginarla curvada.
Imaginarla en otros gestos circulares.
Imaginarla encerrada.
Imaginar a la mujer con la cabeza baja para eludir una luz.
Imaginar su cuerpo enteramente curvado iluminado por una luz de gran potencia.
Imaginar su cabeza iluminada.
Imaginar su nuca brillando iluminada
Imaginar la iluminación de sus ojos cerrados.

Imaginar sus uñas iluminadas sobre el banco.
Imaginarla sustituida bajo la luz por otra figura curvada.
Imaginar el escenario constituido por una luz de gran potencia.
Imaginar todo desarrapado bajo esa luz.
Imaginar su propio tirerío expuesto a una luz de gran potencia.
Imaginar la impresión bajo una luz.
Imaginar la extrema curvatura impresa bajo una luz.
Imaginar la extrema curvatura impresa bajo una luz de gran potencia.
Imaginar la iluminación de toda luz eléctrica.

6.2 LOS GRAFITIS DE LA PLAZA:

La escritura como proclama.

Santiago de Chile que apareció de modo
mentiroso y con erratas le han quitado
construcciones y es por eso que los
pálidos lo acosan como a usted que se creía
protegido. Ellos están fuera de mediciones
urbanas, en otra situación, por esto es que
la belleza acabó por derrumbarse. Algo así
como el sol que los hubiese terminado por
excluir.
Pero sin embargo ésos tematizan sobre otras
fundaciones que es imposible comprender
a cabalidad, porque los lugares en que se
proponen vienen de lo más primario, de la
desinteligencia del que no conoce el
cemento nada más que en una de sus partes.

Escribió:
como la más rajada de las madonas le presté mi cuerpo tirada en la plaza para que me lo lamiera.

La escritura como desatino.

Vinieron/abrieron huecos en la tierra para
construir sus edificios.
Tenían la fortaleza que los de acá asombrados
perseguían. Pobres desarrapados —el lumperío—
ansiando esa fuerza que no lograban localizar
porque sus expresiones inmutables nos inhibían
y así, con los rostros erguidos, nos pasamos una
vida hasta que nos botaron.
No nos contemplaban ya que este pensamiento
limitado no irradiaba la carátula refulgente
de lo divino. Cada edificio bordeaba el agujero
como árbol aparejado.
La belleza del concreto hacía presumir el sopor.

Escribió:
tirada en el césped le dije toda bella palabra, madona, para que no
se detuviera, madona le dije radiante.

La escritura como ficción.

En todo lo onírico, permanentemente
distanciados podríamos acceder
sorprendidos a agasajos. Saltando
a la previsible primera plana como
fachadas en este desorden que
implica el cumplimiento del que
recibe honores que le son dados en
préstamos por los huecos que han
dejado los otros. Y así comparecemos
iluminados por luz eléctrica a fundar
con nuestra personal presencia el parche
y heridos, tal vez levantemos el rostro
en este paisaje retrocedidos de carnalidad
para recién entonces
enfrentar estas edificaciones que
refulgen en plena autonomía.

Escribió:
me mojo de puro tormento, sí madona, me empapo.

La escritura como seducción.

Mezcla equilibrada en serie saliendo
de una cavidad subterránea. Incidental
altura que choca a ras de suelo para
comenzar a ornamentar todo el espacio
develado y así impulsar a los ojos
que no habían deseado el portento,
que no habían ni siquiera ansiado
nada, hasta la funesta participación
de los sacros en esta especie de rastreo
por luz.
Edificios habitables en diámetros precisos.
Eso fue lo que obsequiaron. Por ello, cuando
hundimos la mano en la tierra la repulsión
nos golpeó en la cabeza, tal como lo señalan
las antiguas crónicas que cuelgan de las
construcciones y que no ofrecieron la
seguridad total.

Escribió:
párteme con las ramas madona, enardéceme con las hojas.

La escritura como engranaje.

Llegaron los impedimentos y los errores.
De tal modo exteriorizada su apetencia
que la sorpresa nos dejó el alma enferma,
pero aún así lo hecho superaba el lenguaje.
Qué de reparos se señalaron —quedó el
enigma— con nosotros ligeramente temblequeantes
y encadenados a los espíritus de los portentos.
Pero no se sabía que su juventud
era una falacia frente a nuestra cara
ajada por la falta de brillo, que no
contábamos con su maquillada/ sus dones/
no nos desplazábamos. Se trataba del
seguimiento a costa de transformaciones
en un suelo disparejo y recluido.

Escribió:
me ensucia ese desarrapado madona, me mancha.

La escritura como sentencia.

Los héroes se convierten en huellas a
seguir entre los cables con simbologías
extrañas, casi leyendas. Sin preguntar
parecer alguno nos vinimos escarchados
a traspasar los ojos, repitiendo poses
arquetípicas pero sin ninguna conciencia.
La época de las fundaciones era la densa
atascada por subterráneos que invitaban
al esfuerzo cardinal/ puntos cardinales
mirando la luz que se filtraba añadiendo
un espectro más al concepto de belleza,
para ratificar la noción de cambio estético
por el mayor número de pasadas al interior
del pensamiento. Las estaciones no
desaparecieron en forma concreta. Más bien
resultaron breves a las edificaciones que
destellaron de modo absoluto. Envolvimientos
paradisíacos que a todos confundieron en
la multiplicidad de su histeria.

Escribió:
mándame al otro madona, ah sí mándame de una vez a todos los otros.

La escritura como refrote.

Entonces todo quedó adentro. Permanecimos
empotrados en estas nuevas respiraciones,
con el polvillo que consignaba la
laceración, sin configurar
de ningún modo signos negativos, sin
configurar nada en realidad. Los hacinamientos
preveían sistemas comunicativos, en los
respiraderes de esos anaqueles. Todo confluía
hacia los edificios — mente — cuerpo — pisadas
fijaban el transcurso. Llegamos homogéneos
al fin, pero distantes y sin voz. Las señas
iluminan las cabezas y ordenan llenar las
construcciones que vuelven al estado original:
páramos.
Se creaban así sistemas que requerían
prontamente de implementaciones. Uno
transformado en otro miramos la ciudad que
no asemejaba nada importante en sí, pero
que una vez puestos en la vida necesitamos
tendernos en su plataforma.

Escribió:
arrástrame hasta el agua madona, búscame el surtidero.

La escritura como evasión.

Insanamente pálidos —merodeando—
atiborrados por el miedo permanecen a la
espera de controlar el caos de la
fundación. Con sus ojos iluminados por
extensa luz nos fijamos un objetivo.
Entendemos adecuados que tanto descalabro
es consistente por la irradiación aproximada
de sentido.
Pero ellos, condenados, nos insisten en la
búsqueda y Santiago se desperfila en quimeras.
Va quedando poco que construir y por esto
nuestros sentidos se transfiguran para cuidar
el leve atisbo de conocimiento que perdura.
Yo misma intensamente pálida me adorno
pintarrajeada para espejearme en estos huecos,
multiplicada por estímulos cerebrales que me
sitúan al borde de un abismo que
irremisiblemente me atraerá.

Escribió:
me voy descascarando madona, es cierto, me abro.

La escritura como objetivo.

Replegados nos sabíamos sin respuesta con qué agradar después de tamaña empresa. Nos miramos las manos que no tenían huellas sobre las líneas y por eso empezamos a ser ingrávidamente distintos. Estirados sobre las construcciones, los cables permiten constatar que se abren bifurcaciones insospechadas/ la grandeza/ así la mezcla podía extenderse para siempre, con valor único, de modo equidistante al tiempo que todavía no tenía medida entre tanta concavidad. Los edificios modificaron el cuerpo y la mirada —con ingenuidad sorprendente— de ahí el ansia por luz desde los hoyos revestidos por otra materia. Partida desde lo negado a la vida y ya no supimos vivirla de otro modo porque el habitar era la quimera: un modo de esperanza concluyente.

Escribió:
tal vez no vengan madona, tal vez esta noche no vuelvan.

La escritura como iluminación.

En esta ciudad reconstituida/ de opereta/
se realiza sólo la norma restringiendo
la imaginería: se extienden entonces grandes
paneles populares privadamente desmontables
y rotativos, enormes carteles grises trabados
de nombres cotidianos.
Se imaginan:
en poses distintas, literaturescas y extranjeras,
antípodas de la fundación que aún requiere de
ornamentos religiosos que irremediablemente la
desvirtúan.
Despiertan al amanecer y yo me cubro entre las
sábanas traspasada por algo más innombrable
que el terror.

Escribió:
son palabras falaces todo esto.

La escritura como burla.

Era un espejismo con claves fijas. Dopados
de tanto cemento se nos producía lucubraciones
no detenidas/ creadas las nociones de alto
y bajo: el sol dirigiendo la mezcla.
Envejecieron de tanto construir. La fiebre
remitía a formas anacrónicas/ vacíos y llenos
asolaron las miradas. No dejaron nombres
propios. Más bien usufructuaron de los
consignados por actas de nacimiento. Prevalecieron
estilos anónimos que titularon paisajes completos
en distintas zonas, a partir de huecos horadados.
La época de esas fundaciones era idéntica a la
época de las máquinas/ señales de ruidos:
festines.

Escribió:
me encarcelan, me rebajan las palabras.

La escritura como abandono.

Olvidando que hemos recorrido este país
miserable con el nombre cruzado sobre el
pecho en letras de stras, el nombre del
mismo país que nos condenó. Marginados de
toda producción, ilusamente nos separamos
para enjuiciar las fundaciones. Lo sacro
era tabla jugada en todo su espesor —no
nos inclinamos— al contrario, ahora asumimos
por pura negación un estado amorfo y
aglutinante que nos convierte en cimientos
nuestras mentes. Y de tanto protegernos la
cabeza el cuerpo quedó deteriorado.
Por la asolada, normados y transformados
comparecemos.
Tú que no me conociste entonces jamás sabrás
nada de mis verdaderos pensamientos.

Escribió:
son palabras transitorias madona, apenas balbuceos.

La escritura como erosión.

Desde el trazado de las calles que vienen
a abrir otras vías hundidas por los ruidos,
pero insuficientes para tanta cabeza que
aparece anterior a fundaciones de vida,
excluidas por nacimiento. Nuevas fundaciones
como llamado de atención para que los chilenos
descansen sus espaldas en esas máquinas que
alzarán en varios centímetros sus cerebros.
Nos contaron que en esas fundaciones hubo
vencedores y vencidos.
Yo digo que eso es verdad a medias: hubo
vencidos y muertos. Nada más.

Escribió:
es cierto, los cables, los árboles, los bancos, el césped, la luz eléctrica.

Escribió:
iluminada entera, encendida.

7

Esto no es justo, yo no vi esa escena.
—No me vengas con esas cosas, dijo el que lo interrogaba. Tú eras el único que estabas cerca y por eso la sostuviste y entonces ella te habló. Eso lo saben todos, dime simplemente qué te dijo.
—Fue algo casual, casi ínfimo. En realidad no tuvo ninguna importancia, a cualquiera pudo pasarle. Incluso es difícil recordar, ella estuvo a punto de caer y yo me adelanté para sostenerla. No sé qué dijo. Tal vez me agradeció. A todos nos ha pasado una cosa semejante. Sin embargo y por eso mismo no puedo recordar sus palabras exactas, seguramente porque no revestían interés; un agradecimiento, algo muy formal, contestó el hombre.
—¿Pero recuerdas la escena entonces? Empecemos por alguna parte. Describe lo que ocurrió, le dijo el que interrogaba.
Yo iba por allí, contestó, de pronto la vi tambalear y supe que caería si no la sostenía. Me apresuré y la tomé, aunque más bien disminuí el efecto del golpe, porque de todas maneras su cuerpo chocó contra el cemento y casi estuve a punto de caer yo también. Después la levanté y seguí mi camino.
—Estuviste inclinado con ella más tiempo de lo usual. Por qué, preguntó el que lo interrogaba.
—Porque no podía levantarla, contestó el hombre. Estaba en una mala posición yo mismo, por eso ambos luchábamos por mantener el equilibrio.
—¿Se acercaron los otros? ¿alguien trató de ayudarlos? indagó el interrogador.
—Tal vez, pero yo sólo alcancé a ver la rama de los árboles, los cables de luz. No supe más, de veras que no lo supe. Desde mi posición veía sólo parte de su rostro, luego levanté mi mirada y divisé todo aquello. En ese momento no pude visualizar a los otros, contestó el hombre.
Hacía frío, pensó, estaba oscuro. En realidad lo de la rama de los árboles era apenas un reflejo, pudieron no ser ramas, ni cables, o quizás fueran los costados de su cabeza los que le dieron esa impresión. Desde su postura no alcanzó a ver casi nada más que la pura percepción de

su rostro que lo impulsó a imágenes, pero el otro no tenía cómo certificar lo que él había visto. Sus afirmaciones eran plausibles. Cualquier cosa que dijera era probable.

Sabía que la cinta corría en alguna parte. Sus palabras debían ser cuidadosas. Lo contradictorio era grave.

—Pero ella tenía los ojos llenos de lágrimas, dijo el interrogador. Viste eso, ¿verdad?

—Es cierto, ella lloraba, respondió el que interrogaban.

—¿Por qué?, preguntó el interrogador.

—Pudo ser el dolor de la caída, contestó el interrogado.

—Pudo ser así, dijo el interrogador, pero no fue eso.

—¿Y qué era pues?, replicó el interrogado, parece que usted mismo tiene la respuesta.

—Tú la hiciste llorar. Fue algo que le dijiste, aprovechaste bien su caída.

—Ella no cayó del todo, yo la sostuve. En parte aminoré el golpe —corrigió el que interrogaban— y cualquier cosa que le dijese no pasó de ser un consuelo. Es claro que no lloraba por mis palabras. Pudo haber estado llorando desde antes y quizás su visión nublada la hizo tropezar y provocar ese incidente.

El interrogador entonces lo miró y acercándose casi le susurró:

—No estés tan seguro de ti mismo. Tengo mucho tiempo. Tarde o temprano tambalearás tú también, se te producirá el bache y entonces me dirás llorando qué cosa le dijiste, de qué modo te aprovechaste, cómo y por qué corriste a sostenerla y yo mismo estaré cansado y ya habré perdido la paciencia contigo. Estás muy satisfecho de ti. ¿Crees que eso la afectó acaso?

—Mire, dijo el que interrogaban, lo que usted quiere saber ya se lo he dicho y no es cosa de tiempo. Es verdad que ésa lloró pero yo no puedo saber el porqué. Y mi apariencia no tiene nada que ver en esto. Usted quiere otra cosa. Por qué no lo dice de una vez.

—Lo que tienes que hacer es contestar a mis preguntas, sólo eso, le advirtió. Ténlo claro, así es que dime: ¿desde cuándo la observabas? ¿cómo fue que llegaste tan rápido hasta ella para evitar la caída?

—Yo pasaba por allí, contestó el interrogado, y su aspec-

to me llamó la atención, fue cosa de segundos. Reconozco que torcí un poco mi camino para cruzarla y así poder mirarla de cerca. Precisamente eso fue lo que permitió la rapidez de mi gesto. Ese pequeño desvío motivado por la simple curiosidad. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo. De eso estoy seguro.
—¿Ella te miró antes?, preguntó el que interrogaba.
—Sí, me miró.
—Por qué crees eso, insistió el interrogador.
—Porque nuestros ojos se cruzaron, contestó el interrogado.
—¿Qué pensaste entonces?
—Que quería mirarla de cerca, respondió el hombre.
—Desviaste entonces el camino, preguntó el interrogador.
—Sí, en ese momento lo hice.
—Ahí ella tropezó y tú te acercaste y la tomaste, aseguró el que lo interrogaba.
—Así fue, contestó.
—Pero dime: ¿cómo pudiste ver sus ojos si estaba oscuro?
—Los faroles iluminaban la plaza. Además había un poco de luz natural. En todo caso era suficiente para percibir todo eso, dijo el interrogado.
—O tal vez tú presumiste que te miraba o quizás ella nunca te miró porque eras tú solamente el que lo hacía y los árboles te estaban protegiendo y estabas tan atento a ella que cuando pasó cerca tuyo saliste de tu escondite para sostenerla y entonces le dijiste algo hasta amedrentarla y hacerla llorar. Tal vez fue el temor el que hizo que las lágrimas le chorrearan la cara. Pudo haber sido eso. Al menos eso sería razonable, dijo el que lo interrogaba.
—Es una historia fantástica, respondió el hombre. Fue casual, ya se lo dije antes.
—Y entonces creíste que ésa era la ocasión propicia para abordarla, lo interrumpió el interrogador, porque la inocencia de la situación te protegía. Eras simplemente alguien que ayudaba a otro y de ese modo lo que le dijiste se ocultaba porque tenías tu boca pegada a su cara y así hacías imperceptibles tus palabras. Y, aunque se demoraban más de la cuenta en levantarse, se debía a lo

incómodo de la posición. Hasta las lágrimas de ella eran explicables por la sorpresa y el dolor de la caída porque su cara, mientras te contestaba, quedaba oculta por la tuya y la oscuridad de la plaza. Es posible, ¿no es verdad? El interrogador había acercado de nuevo su rostro al del hombre y hablaba en tono bajo, lentamente.

—Desde un punto de vista es probable. Me parece una buena fantasía, respondió el hombre. Pero en la plaza eso no podría ocurrir, quiero decir que alguien estuviese oculto por un árbol y que ella no lo hubiese advertido de antemano. ¿Cómo alguien podría haber entrado a la plaza por alguno de sus costados sin que lo hubiesen visto?. ¿Caminar bajo los faroles entre los bancos o atravesar las rejas para quedar oculto entre el césped? No, eso no pasaría. La cosa es mucho más simple, ya se lo he dicho todo; ésa se cruzó conmigo bajo la luz y la misma luz permitió que yo la viera y no se golpeara contra el cemento.

Debió haber hablado sin impaciencia, sin que se notara su irritación. Ahora el otro quizás se enfurecería y perdería definitivamente la calma.

Por eso agregó suavemente:

—Entiendo que usted pudiera pensar todo eso, especialmente si ella lloró, pero de verdad que en la plaza lo que usted dice no podría suceder.

—Tú has mentido desde el principio, dijo el que lo interrogaba, todo eso de las miradas y ahora el que nadie pudiese entrar a la plaza. Son cosas demasiado desarmables las que presentas. Estás actuando como un aficionado. Tú conoces la diferencia entre la luz natural y el artificio de la luz eléctrica. Cualquiera puede equivocarse. Camuflarse es muy fácil.

—¿Bajo la luz eléctrica?, respondió el hombre, no, eso no es posible. La plaza no es como otros lugares. Es un espacio circunscrito, reglamentado. Una vez que se la ha conocido bien se percibe inmediatamente cualquier extrañeza. Nada es inocente; los bancos, el césped, los faroles, los cables, todos tienen una dimensión particular y acotada. Cualquier punto de vista va a contemplar a los otros. En el día es algo distinto, pero al atardecer o en

la noche el desplazamiento ya está programado. El ruido está programado, las personas.
—Por eso mismo quizás, lo interrumpió el interrogador nuevamente, tú sabías perfectamente cómo hacerlo para no ser visto y aprovechaste el único resquicio para acercarte, tocarla y hablarle, allí justo al centro y que todo eso pasara desapercibido. Pero en fin; terminemos: ¿Qué le dijiste? Comenzaba de nuevo. Era como una escena circular ensayada una multiplicidad de veces. Una escena errada, inútil. Pensó en romper ese círculo, alterar el punto de vista, pasar a otro asunto desenmascarando la fragilidad de la base. Empezar de nuevo pero con otro principio. Modificar su rol, cambiar el tono, socavar su agotamiento.
Pero no era posible, por eso simplemente dijo:
—Nada importante, unas palabras amables: que lo sentía mucho o algo parecido.
—Qué te contestó ella, preguntó el interrogador.
—No sé, creo que me agradeció el gesto.
—Dónde se produjo la caída, continuó el que interrogaba.
—En la plaza, en el centro de la plaza, respondió el hombre.
—Qué la hizo tropezar, preguntó.
—No estoy seguro, tal vez tambaleó por un mal paso, o quizás fuera una baldosa mal puesta o había algo en el suelo que no vio.
—¿Qué hiciste entonces?
—La tomé lo más rápidamente que pude. Sin embargo su cuerpo llegó al suelo y yo mismo estuve a punto de caer. Perdí el equilibrio por lo sorpresivo de la situación.
—Describe la posición en que quedaron, dijo el interrogador.
—Ella estaba de costado sobre el cemento con la cabeza ligeramente levantada. Yo apoyaba un brazo en el suelo y el otro lo pasaba alrededor de su cuello. Su cabeza estaba prácticamente bajo la mía, pero a pesar de esto el golpe fue suave.
—Pudiste verle el rostro entonces, insistió el otro.
—Sólo parte de él. Más bien su perfil.
—¿Qué hizo entonces ella?

—Una de sus manos se apoyó contra el cemento de la plaza y llevó la otra a su cabeza.
—Por qué hizo eso, dijo el interrogador.
—Porque tenía algo en su mano, algo que apretó contra su cabeza.
—¿Qué era?
—Un trozo de cal, eso era.
—Cómo la viste, insistió el que interrogaba.
—Porque ella estaba casi rapada y la tiza se desmigajó en su cráneo y cayó sobre el suelo. Incluso le manchó parte del rostro y la sentí sobre mi propia mano.
—¿Qué hicieron los otros entonces?
—No lo sé, nadie se acercó a nosotros, contestó el que interrogaban.
—¿Y por qué ésa lloró?
—No lo sé, tal vez lloraba antes de la caída, contestó el hombre.
—O quizás fueron tus palabras.
—No veo por qué mis palabras la habrían hecho llorar. Pudo haber sido la impresión de la caída.
—Y por qué tenía la tiza en su mano, indagó el que lo interrogaba.
—No lo sé.
—Pero, insistió el interrogador, ¿que presumes tú?
—Que la recogió de alguna parte, casi sin darse cuenta y que la llevaba en la mano como mero automatismo.
—Es imposible, lo volvió a interrumpir el otro. Eso no puede ser cierto.
—No lo sé, no tengo la menor idea acerca de qué podría estar haciendo con la tiza entre los dedos.
—Ese hecho es premeditado, así es que la tiza no pudo llegar por casualidad a sus manos; lo sabes perfectamente y yo también lo sé. La cosa es que digas qué quería ésa con el pedazo de cal.
El hombre lo miró y luego dijo:
—Quería tal vez escribir algo, siempre se hace eso, es infantil. Por lo menos así lo he visto.
—Es cierto, respondió el interrogador, ella sin duda pretendía eso. Pero en fin, la caída lo impidió. Porque tú has dicho que la tiza se desmigajó por el suelo ¿es cierto eso? Claro, yo mismo lo vi y hasta me quedaron residuos

ínfimos de ella en la mano. De eso me di cuenta después.
—¿Y por qué crees que ella la aplastó contra su cabeza? ¿por qué lo crees?
—Puedo no haber estado bien, ella parecía confusa porque de otra manera no es explicable ese gesto. Parecía casi desesperada o, al menos, perturbada. Aunque después de todo no es tan extraño; yo he visto cosas así antes. Algunas personas son impredecibles, tienen fijaciones extrañas con las cosas.
—Tú dices los de la plaza; ésos son los que tienen fijaciones extrañas —eso dices. ¿cierto?
—Sí, ésos mismos.
—¿Por qué lo crees así?
—Es culpa del escenario: esa monotonía, la misma soledad, la locura del césped, el extravío de la luz sobre la cabeza.
—¿Y los bancos?
—Los bancos también extreman la mirada. Su amorfa constitución, la incomodidad y hasta los cables paralelos llegan a irritar los ojos enrojeciéndolos. Toda abulia es empujada hasta la ceguera. Incitan a la ocupación. El movimiento en la plaza procura el orden y el sentido de su organización. Es un escenario.
El interrogador y el interrogado silentes.
La cinta sigue corriendo ubicada con precisión.
Posiblemente una filmadora los encuadra.
Alguien transcribe los parlamentos.
—Pero había llovido en la plaza, preguntó el interrogador, lo sabes también ¿no es cierto?
—Sí, pero antes, el día anterior. Eso se tradujo en humedad, los bancos de madera, el pasto, contestó el que interrogaban.
—¿Y el frío?
—Claro, el frío, afirmó el que interrogaban.
—¿Lo sentías tú?
—Estaba transido, estaba empalado hasta los huesos, continuó el interrogado.
—Y qué hiciste para soportarlo, inquirió el que interrogaba.
—Caminé rápido, me moví mucho, crucé la plaza varias veces.

—¿Hasta enfrentarla?, preguntó lentamente el interrogador.
—Eso fue casual, replicó el hombre.
—¿Casual?
—Empezaremos de nuevo, dijo el que interrogaban.
—Sí, respondió el otro, de eso se trata. Empezaremos cada vez que yo lo quiera. Deberías haberlo entendido desde el inicio. Siempre ocurre esto con los principiantes. Es cosa de paciencia, de mi paciencia. Anda hombre: ¿qué le dijiste cuando la tomaste?
—No le dije nada importante, esas palabras convencionales.
—Tú estabas casi encima de ella y su cara chorreaba de lágrimas. Podría decir una a una las palabras pero quiero que tú las repitas. Prefiero constatar tus inflexiones de voz, incluso doblar tus gestos. Rehacer la escena, reproducir ese original. Sólo por eso háblame de la tiza de nuevo: ¿cómo se llevó la mano a la cabeza?
—Usted nunca podría saber lo hablado, está tentándome, es fácil notar eso, respondió el que interrogaban.
—Pero dime de la cal en la mano, insistió el interrogador.
—Reventó la tiza contra su cabeza, contestó el interrogado, la reventó en el momento que yo la tomaba para evitar el golpe sobre el cemento.
—¿Qué escribió ella con la tiza?, preguntó el que interrogaba.
—No lo sé, contestó el otro.
—O a lo mejor tú fuiste el que reventaste la tiza contra su cabeza.
—Eso es una locura, respondió el hombre.
—Tú hiciste eso ¿verdad?, inquirió el interrogador.
—Para qué habría de hacerlo. Eso es inútil. Estoy cansándome de todo esto. Qué importa después de todo. Qué importa que hasta yo mismo lo haya hecho. Usted quiere otra cosa, usted quiere que yo le diga otra cosa. Tal vez todo avanzaría mucho más rápido si lo preguntara de una vez.
—¿Tú lo crees así? ¿De veras piensas que no tiene ninguna importancia? Mira, nada más puede interesarme salvo verificar algunas palabras, consumir unos cuantos gestos. Ya todo es asunto consolidado. Pero contesta:

¿por qué impedir la caída? Estaba programada. ¿Por qué lo hiciste?
—No quise que ella se golpeara. Habría sido muy doloroso. Tal vez se habría roto algún hueso, la cabeza quizás se le habría dañado. Usted sabe: el cemento, en fin, cualquiera habría actuado de la misma manera.
—Eso tampoco es verdad. Estaba programada, esa se había preparado. Eso es muy grave: interrumpir una escena, borrar palabras, inclinarse sobre ella para decirle atentando contra su facha. Hacerla perder su confianza. Tentarla, acosarla hasta la duda. Ese fue tu trabajo. Un pequeño desvío de la mirada, denunciar la luz eléctrica. ¿Estás contento?
—Sí, hice lo que debía, era mi rol, contestó el que interrogaban.
—Es cierto, pero después de la caída, sin lágrimas, sin palabras, se te pedía el gesto, sólo eso. Pero no fue así: aprovechaste esa coyuntura para hacer que ésa confesara, abominara, se desdijese de lo afirmado. Estropeaste la toma.
—Así fue.
—Así fue ¿verdad?
—Así, exactamente así fue, pero insisto que era mi rol. Era una mala escritura después de todo. Ese escrito no merecía tal golpe. No para ser golpeada de esa manera, mucho más bello al fin y al cabo mi gesto de recogerla.
—Confesó, es cierto, pero reconoció lo banal de su rayado. Lo impuesto de la lectura. Lloró, pero no de pena, sino por la impotencia de su producción. No podían tragarse cualquier cosa. Nada de eso. Su cuerpo extendido para nada. Dejarlo más bien como borrador. Como ensayo. Eso fue en suma. Sólo eso.
—Pero usted avanzó y aún de reojo pude notarlo. Estaba encantado con la caída. Corría el rollo y usted no cejaba. Se apoyó en reflectores, la luz de la plaza era insuficiente. Cámara en mano era el costado opuesto al mío.
Si trinchera con el ojo en el lente y sus acólitos movían y sincronizaban el sonido.
El interrogador se levantó y sus ojos se encendieron, dijo:
—Que mi guión era malo ¿eso quieres decir?

—Era impropio más bien, anacrónico, burdo. Sin recursos técnicos no había sino una unívoca interpretación. Requisó las tomas y yo también en la oscuridad de la sala asistí a la proyección de los copiones. Espié sus gestos, su complacencia, sus ojos relumbrantes ante la caída esperando la rotura, el telón teñido que no se cubrió. Sus asistentes murmuraban y allí usted que seguía el ritmo con los labios entreabiertos. Tomó la prueba del rayado como comprobación verídica. Reventó la tiza entre sus manos y se desmigajó hasta que las luces se encendieron.

Cayeron titulares y la palabra no se constituyó, sin embargo.

Dijo:

—La muchacha carecía de estilo, ese oficio que anunciaba su presencia era nada más que un recurso de su vida personal.

Los asistentes asintieron con las cabezas bajas.

Dijo:

—Y tal vez por eso estuve este tiempo cambiando el montaje.

Corté y tomé instantes que eran disímiles entre ellos.

—¿Me sigues? deja ese pestañeo habrá que romper los originales. No tienen valor, están mal montados. Hacerlo de nuevo es una empresa. La muchacha parece que se ha retirado o al menos ya está en otra cosa. Habría que estimularla para que empiece una de las suyas. Ella tenía otros proyectos más vitales y abarcadores. Pero se estropeó, con tanta luz no era para la iridiscencia ni para la palabra segura.

Manipulada se cargó en la tradición de lo trágico. Pero era más simple, mucho más que eso.

—Impedí la caída. Tomé su confesión y las cintas la sostienen.

Avanzan, caracolean, se gastan de tanta pasada. Las dan vuelta en cada sonido y también son elevadas en la mesa. El técnico suda, altera notas, interrumpe, anexa ruidos: distorsiona.

El produce por tecnología erratas.

Por fin esos originales están rehechos. Su caída es inminente y la prensa espera. La muchacha está correcta en

su pose. Anuncian en escena al interrogador y al interrogado. Se preparan la cara, aguardan los testigos. El subterráneo se despeja hasta neutralizarse. Las ropas también están correspondiendo.
El hombre toma la cámara. El interrogado confiesa. La voz de ella también aparece, lenta, utilera, pastosa.
Es verdad, dice el hombre, yo vi esa escena:
La vi tambalear y me apresuré. Era ése el único momento para acercarme y hacerla renegar de lo escenográfico del montaje.
Le dije: si caes ahora no habrá posibilidad de rehacer este entarimado. Le dije: borra lo escrito, no sirve igualmente serás impugnada. Le dije: ándate de aquí, reposa, piensa esto de nuevo. Le dije: tú estás considerada ya entre las profesionales, esta caída es fragmentaria, tu parlamento está balbuceante. Retoma la voz, corrige la caligrafía.
Es verdad que pasé por encima de los otros que también se apresuraban para verla, oír el golpe, poner caras, tratar de robar un instante de cámara. Crucé esas desfachateces, burlé sus andrajos con mi pinta y me tiré encima como poder. Me reconocieron enseguida.
Dio la voz de corte, pararon las máquinas justo cuando la muchacha mudaba la voz para decir por enésima vez "¿dónde vas?", que no lo dijo en realidad, sino con seguridad en mi oído dijo "es tiempo perdido me redujeron a cuadros y yo misma a letra y esos mismos a acciones, es demasiado, yo sólo había pensado un poco, algunas meditaciones, argumentos casi".

Pero es así:
Recorren buscando los originales. Están llenos los archivos de sendas proclamas ordenadas para su catalogación final. Se amontonan sobre las mesas. Rumas de papeles que ya son parte del pasado. La máquina en otro sector sigue su ritmo: la entintan y el hombre da la orden.
La plaza en verdad está casi vacía. Ha empezado el frío. Entumida se dobla sobre el banco. Sonríe.
Tiene tiza entre los dedos. Los bancos están rayados, el suelo, los troncos de los árboles, los faroles.

Será impresa en tipografía, en offset, una mancha gris servirá de portada.
Se encenderá la luz de la plaza. Seguirá el espectáculo.

8

Ensayo General

E.G. 1

Muge/r/apa y su mano se nutre final-mente el verde des-ata y maya se erige y vac/a-nal su forma.

E.G. 2

Anal'iza la trama=dura de la piel: la mano prende y la fobia *d* es/garra.

E.G. 3

Muge/r'onda corp-oral Brahma su ma la mano que la denuncia & brama.

Horizontal sentido acusa la primera línea o corte del brazo izquierdo.
Es solamente marca, signo o escritura que va a separar la mano que se libera mediante la línea que la antecede. Este es el corte con la mano.
En cambio —hacia arriba— se vuelve barro, barrosa, barroca la epidermis.

El segundo corte del brazo izquierdo es manifiestamente más débil. La hoja se ha hundido en la piel de manera superficial. Este segundo corte está regido por el primero del brazo izquierdo. La distancia que separa los dos cortes es la superficie de la piel que aparece y emerge siguiendo rigurosamente la forma propia de la muñeca.

El tercer corte está fallado al interrumpir en una línea oblicua el sentido horizontal de las líneas anteriores.
Muestra un campo de piel más amplio a la vista y el corte mismo se enancha dejando en la oscuridad el nacimiento o fin de su trazado.
La tercera línea es discontinua de las que la preceden, pese a que se conserva la dirección recta.
La tercera línea —mirada en el conjunto de las otras— acusa una errata o bien el intento por cambiar de recorrido.

El primer corte, si es aislado, es el ensayo general.

¿Es realmente un corte?
Sí, porque rompe con una superficie dada. Sobre esa misma superficie el corte parcela un fragmento que marca un límite distinto. El corte debiera verse como límite. El corte es el límite.

Entonces ¿cuál es la frontera? ¿el corte mismo?
No, es apenas la señal. El primer corte se establece como ensayo general por cuanto hay otros que sucesivamente se integran. En ese sentido es que se acude a aislarlo solamente para mostrar la primera marca que se establece. El primer corte es un arrebato —es un robo— a lo plano de la superficie de la piel a la que se divide rompiendo su continuidad. Se da una línea para que se actúe.

(En relación al corte de la fotografía)

¿Se representa en sí mismo el corte como en la propia fotografía?
Más bien se lo fija como tal. La representación se da en la medida que se actúe sobre él.
Por ejemplo, el trazado del corte es un surco sobre el que se opera evidenciándolo de ese modo como una señal. Empero, al estar como un surco, se vuelve trinchera o parapeto bajo el cual se protege o se esconde una actuación.
Como surco, está hundido bajo una superficie que ha sido penetrada. Si se lo devuelve fotográficamente se lo aplana en el rigor de una nueva superficie, que solamente será rota por el ojo que corta allí su mirada.

¿Y el ojo entonces?
El ojo que lo lee, errático, sólo constreñido por su propio contorno, se encarcela en una lectura lineal.
El ojo que recorre la fotografía se detiene ante el corte (su corte) y reforma la mirada ante una molesta, impensada interrupción.

¿Así el corte?
Trompe l'oeil.

Supongamos:
Que se eligió azarosamente la superficie y sobre ella se realizó también en cualquier sitio el primer corte.
De esa manera, el tercer corte podría haber sido el primer corte que se hizo. Si se atiende a lo oblicuo de su trazado, es perfectamente posible que así haya sido. Al ver ese resultado oblicuo, pudo entonces haberse corregido implantando la horizontalidad a todas las otras líneas. Si así fuese, entonces el primer corte (que es el tercero) no vino a liberar la mano, sino que marcó un límite, huella, frontera, trinchera, parapeto, entre una parte y otra del brazo.
Solitario, aislado este tercer corte —el primero en realidad— es apenas un grafiti en la piel del brazo que entra en él oblicuamente a la manera de la firma sobre un cuadro. Porque es curioso que este tercer corte sea el único que cambia su dirección en relación al estricto sentido horizontal que conservan los demás.

¿Se debió tal vez a que ese tercer corte fue el primero y se realizó de manera titubeante?
Eso es improbable. El tercer corte —por la oblicua rectitud de su trazado— no acusa un recorrido tembloroso.
Si fuera primer corte, solamente se explica esta desviación por el cambio a horizontal de la totalidad de la escena.

¿Qué significa exactamente este tercer corte?
Si primero, este tercer corte es verdaderamente el ensayo general.

Entre el primer corte y el corte primero (el tercero) hay —aparte de piel— un 2º corte.
Hay un segundo corte
¿Hay un segundo entre corte y corte?
¿La interrupción de un segundo entre corte y corte?
¿Hubo además un segundo tras el corte? ¿lo hubo?

La cuarta línea, en cambio, es más reducida que las anteriores, pero vuelve a la dirección horizontal que había dibujado el primer y segundo corte del brazo izquierdo.
El trazado de la cuarta línea está brevemente interrumpido por un fragmento de piel, lo que podría permitir el suponer que:
a) La línea fue realizada en más de una etapa.
b) La hoja que efectuó el corte se levantó levemente.
El cuarto corte del brazo izquierdo reitera las marcas primera y segunda, descartándose de ese modo el trazado oblicuo que pudo haber impuesto el tercer corte.

El quinto corte de su brazo izquierdo delata su incrustación sobre una superficie distinta.
La superficie sobre la que aparece está modificada por una quemadura en la piel. Así este quinto corte se inscribe sobre (o bajo) la epidermis quemada, que se ha vuelto a ciencia cierta barro, barrosa, barroca, en su tramado.
El quinto corte, en cuanto entra en relación con otra forma de atentado, establece la dualidad de la marca:
a) Corte que fragmenta horizontalmente la verticalidad del brazo.
b) Verticalidad que también es resentida por la huella de la piel quemada.
c) Corte y piel quemada doblemente oscurecidas por el negro de la fotografía.
El quinto corte, más la quemadura es el ensayo de la escena corporal.

De las escenas anteriores se desprende que:

Definir aisladamente los diversos cortes resulta un subterfugio por cuanto ellos se articulan en la medida que cada uno va iluminando el recorrido de los otros.

(La eficacia de esta superficie rota es la indagación gestual reiterada)

Es plausible determinar un escenario objetivo a partir de las marcas sobre la piel:
Arrasados por la quemadura desaparecen los vellos de su brazo izquierdo, la costra levantada, erizada sobre los vellos quemados es otro decorado del ensayo general.

Lo verídico de los primeros cinco cortes más las quemaduras es pensarlos, por ejemplo, como pose y pretextos.

De los fragmentos anteriores más el sexto corte.

1. Sones arcaicos se entremezclan en su arte: reconocibles citas. Registros de traza antigua también en su arquetípica plana; la hoja sobre la cual se escribe la marca.

2. La utilidad de su fragmentario rudimento: el metálico y fino instrumental se aleja de la huella fotográfica. Cotidiano material. De triviales objetos se fabrica una pose.

Es traspasado. Su sexto corte es la abulia de los otros, el vértigo y el hábito.
El hastío del sexto elemento es un hilo suelto de las quemaduras, obseso y fugaz apenas se marca en los bordes. La quema-dura lo absorbe y determina todo. Se apropia del espacio lineal empujando, expulsando el sexto corte.
Brutal arrebato al tajo, mas la piel se ampolla oscureciendo la sexta línea.
La sexta línea por su debilidad es el excedente de su ensayo.

Hace frío, y tal vez sólo por eso tiende su pose en la plaza.
Se sienta en el suelo con los pies descalzos, su cabeza está ligeramente inclinada hacia abajo, permanece así por un lapso de tiempo y luego levanta la cabeza y mira.
Mantiene la vista fija en pequeños parpadeos. Los dedos de su mano derecha sostienen la pequeña y afilada hoja. Sin mirarse la acerca hasta su cuero.
Se va a iniciar el Ensayo General.

9

Escenas múltiples de caídas

ULTIMAS ESCENAS DE CAIDAS:

Esc. 1

Trocada en mera presentación reordena su gesticulante atadura y se desenrolla formalmente acusando su propia maladía. La huella permanece esta vez prístina de errores, retrocede hasta la par de sí misma y vuelven a asomarse sus antiguos giros: rupestre eximia voraz

que tanta celebración la conllevan. Cae para resurgir en esta examinada que se pega en su propio doblaje.
Reniega/

correntina catrea su embeleco
sudante tb. longa +

su nombre no logra engarzar con la luz del farol. No esa condición que por voluntad había establecido al indagado cemento. Le llega
—la mancha secular y la tiñe—
mas no vencida del todo revisa los mismos disponibles apodos que la habían condicionado. Híbrida y triunfante está lista para emerger: es cosa de la luz y de este pertinaz ángulo que allí la designa (pero ella rota siempre para no dejarse atrapar por la pose) Nada la sojuzga a una permanencia. Luz y ángulo, marchita la desvarían gestual. Sintetiza los tímidos haces que por economía la suturan/ no duda
en transar sus particulares límites. Planea su misma manipulación para lograr su equivalencia íntima. Está al borde de los excesos y la preparación recorre con la toma de sus gestos todo el difundido espacio
de salvas como:

clarines/ inadmisibles instrumentos/ el frío
la
sediciosa redoblada

todo eso que se vierte por los convencionales orificios.
Larga para afuera embotada/ no logra, sin embargo, establecer su misma distancia y se embelesa a su pesar en la refulgente marca.

Cruza sus brazos resarcida y esquiva la nominación que estaba a punto de acusar. No se deja vencer por la comodidad de estampar sus excedentes, nada la llama a detenerse en la forma que podría establecer. Raja de nuevo lo que se estaba perfilando y su mano soba y quiebra el pliegue rompiendo esta hipotética encuadernación

el impulso de la guillotina
que cercena la hoja

corta la veta y el tronco se difumina hasta escarcear por completo.
Aunque más duro el metal la obliga a domeñarse.
Así es que cae por efectos de luz. Más que vanagloria es pesarosa en su perspicacia. Nada la asola tanto como sus propios modales que envolviéndola le han confirmado el particular estilo.
Los interna en su comezón: los derrumba
los invade

rige la escena y los guiones se denuncian. Falseada por imágenes reniega del estratificado rollo que insiste en una forma de dirección.
Melango tropo y cascante atrona
pero, sin embargo, la mudez sólo remarca su dramatismo. Se burla de los desatinos a que la carencia material podría empeñarla.
Se traza pero en síntesis no logra parcelar esas irreverencias
sangra —tal vez— pero tampoco se enrojece ni gotea
ni gime

Esc. 2

Analiza más bien esta forma de prevalecerse y arma con paciencia
las alternativas que tiene de ceñirse a un solo apodo.
Apasionada con su azar deja que sus manos se vayan al resto de sus
zonas apenas mencionadas —las estira— y sus gestos se vuelven
entonces de ciencia profesionales. Así es, palma y piel se gustan y
las ramas de los árboles se tornean.
No posa para nadie/ ni ella
está extendida sobre el césped tan
exacta como la medida de su palma:

palma & piel ni por ribete
se alejan.

Esc. 3

Sus huellas se extienden y allí pega su delito. Está y la placidez no es el espacio cuadriculado verde, sino más bien jadea & rubor no expande/ Nada augura: ya nada es frío ni espanta.
Marcando está mejor la preparación de su acometida. Sella la tirada. Se enreda en la observación. Finge.
posando terrores a que no accede, rasga
por carneada su propio enardecimiento +
responde
con la tonalidad que requiere su marcación.

Denostada gana su espacio encementado y luna abajo especula. No transa nada —más bien— traza la mano y advierte que pegada la palma y la piel su sabiduría está en lo primigenio
de su alzada

Ha embargado los tradicionales atavíos dejando verter las líneas que no quieren pasar la empañada sugestión + vicia y el avatar encima de su propia oscuridad no cede. Encorvada
captura este último apodo singular
Lo rige y levanta —pero— ¿qué cosas no
le ha propiciado?
para rugir a veces convulsa de tanto membrarse con la borrachera de esta única posibilidad/ ha dicho
(torcida de palabras definitivas)
"que no hay armazón que la sostenga". Firma por abulia y desenfado ha dicho, y la ordenación de cada una de esas letras la suplanta de sus débiles conformismos.
No se tuerce ni comunica este poder que la domina en las exclusivas ocasiones en que rinde la luz a su guarida:
se cava.
Abre para sí misma y se desdobla de tanta combinada que la designa/ frisos y residuos: ni siquiera.
Ordena - une - traza - elabora - es rígida en su efecto, consistente al metabolizar su esfuerzo porque perturba y rinde su propia soltura.
Pero de transitiva etapa está en las
últimas, para retomar su propio giro &
la desfachatez no logra

No es para este tiempo ni menos para esta precariedad que se va generalizando
Anuncian (proclaman)
la forma de la belleza pero se levanta ella
echando abajo sus propios edificios

Burlesca trampa, alucinado hueco que se abre tragando la luz que emana al vituperado cuadrante
Ya que más quieren si todo lumperío

refulge.

Esc. 4

Se adorna
Se adorna acometida hasta reflotar los últimos espacios que les han quitado
se expone, se enturbia con ellos para contaminar a los proscritos.
Tanta cosa se dice, sacándose de encima los brillos de las presencias salivantes.
Se le echan la lengua: raspan y señalan sus materias
la filetean
quedan excluidos
si arriesgan su designación/ y / aunque a menudo se turben,
están los borradores tendiéndose como zarpazos.
Se hieren/ su falla es la pelada que
ha quedado atrás como facha incompleta. La copian a hurtadillas y lastimeros
tratan todos ellos de ensañarse
Utilizan toda su grafía
su grafía ya está impresa/ la malentienden.

Esc. 5

Como saña el lumperío se manifiesta. No hay simplezas en la que pueda guarecerse. Ya se ha agarrotado de tanto manoseo su labio gime & retorcido acopla.
Vaciada entera reconviene de tanta sordidez que de la piel plugientete emana/ se hurga y llega pero, sin embargo, las luces fueron de una fragilidad sospechosa.
Se repite
se repite y la experiencia vence su propio alaraquerío/
la piel se vence
raja la piel y la hoja demora el corte
Embellecida advierte que la suavidad es todavía más alarmante. Piel y cuero abiertos delicadamente se previenen + se festeja en su nueva condición y las piernas también resisten pero su solidez es sólo
de apariencias

De apariencias la dirección es seguible. En su iluminada la luz eléctrica arroja sombras en el viraje.
Se atiende a sí misma
se encorva el cuero y no se deja atraer por el impulso clínico porque se asusta de tanta ingravidez
& habla
pero ninguna palabra es acorde con sus gestos.
Se entremezcla de sonidos tecnológicos, se refuerza en la sugestionable emotividad que solaza al tribuno. Retoza de sus propios elementos y en sus convenciones
se ve de luz la escena:
se organiza, se encubre, cataloga la marca & el cuero
intruseado
la deslumbra.

Esc. 6

El material se censa.
Cuero y plaza dialogan cuando esta última está en su punto más depreciado. A mal traer la apariencia de ella decepciona al que la cruza, pero a ése de primitivos pasos lo acusan.
La luz cae y la palpada se hace pasable.
Más seguros la recorren nuevamente para volver a ser tocados. Por la luz, cuero y plaza se borran de sus caracteres y el césped oculta apenas la costra de tierra que lo enturbia/

cuero & bancos sobre la tierra del
césped.

Que antojadizos en su diseño quiebran la justa caída para que la pose forzada sea la única comodidad posible, pero que al ubicarse bajo los faroles

bajo la luz de la plaza

reúnen en sí todo el deterioro que se condensa en ellos. Sin embargo, al ocultarse los bancos bajo las ramas rompen el circuito sacro de la oscuridad de la noche y conscientemente borran las estrellas.

Por encandilamiento/ de luz y de ramas
los bancos son como el cuero la arrugada.

Esc. 7

Piel de luz, patio, trampa de seguro.
Qué curiosa disposición esta. Yace en la plaza e hipoteca la soltura que rinde a su apuesta. Transa para lograr abastecer su lujo chocante en los tramados grises que la envuelven. Se estigmatiza hasta extender su frase:

La vende,
pero sin los aspavientos de los mercaderes
sólo como piel y cuero que se vende.
No planta su desenfado/ ni agrede/ porque el retozo es la prosaica envoltura que se alcanza. Ronca más bien al golpe.
Se eriza quizás,
mas no vuelve al constante equívoco, al ser carnada de luz otro baile se encabrita
raja, cede, se burla.

Se los muestra y van orificados los otros, absurda pelambrera tan tupida acaso, que las muescas no llegaron a contar la suma: se los refriega por la cara, los disuelve, yerra y vuelve su rostro enunciado de ranuras
cuero ardido - amarillentos surcos
se levantan y aunque la llanura se va extendiendo & la piel frota su retoque;
ya se la dieron otra vez para que vaya pensando su omnipotencia. Se la han echado por los frentes. La luz cubre y descubre a la amenazante vía, se la tragan y la largan ahora que la plaza está de los mejor.
Ya se los ha festejado a todos
& rodan para retornar:

Así debería ser y ni con la imaginación se la pudieron, vacilan para entretenimiento de la zampada. Raída madera sobre las corvas —la cruzan astillándola— para qué este revuelco y los tramados se extienden: borran, perforan los grilletes
Se ríen.
Se alargan y las aristas van aprensando los orificios. Brilla la carne y se dispara. Se ha sacado tanta distancia, los ha perforado de

sombras y sobras. Limpia, deja la pelambrera impecable como seña. Se sienta en el banco y el respaldo
la trota
empalagándola.

Se afiebra de tantas estrujadas como se pega. Vislumbra el rayo que la irradia y se acomoda en la pose más pétrea de su función. Se pega, se pega a la vuelta de su enrejado y es que el césped, el pasto, la lluvia
han estampado mordiscos en sus figuras.
Ya ni se descifra,
más bien se rumia en lo marginal del resquicio y no es más dinámica que toda la burda imitativa resaca que permanece de todo este estropeo
—Ruca o lodazal la plaza;
pero tampoco.
Mezcla endurecida, cemento, amalgasa en sus poros que se tensan y distienden a la manera. Ya no da más, métale a la trucada que la horada. Reniega de la pose que antaño magnífica la extendía y por puro impulso reaparece. La marca el suelo. La humilla. Pero todavía recubre sus estigmas, retorna a sus masajeos y tendidos los trapos grises proliferan la trama & tiemblan.

Se tocan y está a punto del retorno a su impavidez de todo el preclaro zumbido
Cae la toma
y desdicen su ornamentación: corcovean, parcializan, rugen.

Ya lo han hecho de nuevo.

Esc. 8

Está rindiendo la plaza
está para hacerse ver, yunta con ella se encabrita otra vez.
Está más dura total, más todavía/ excesiva
Pero se la vuelve a prestar, se la cede para recuperar después la inquisitiva mirada. Se deja invadir el vértice, lo dispone para el antojo/ lo renueva salival
y el quejido explota
Explota y es cristalina sustancia la que emana.
Como de ampolla su quejido se revienta y consume en agua mas es su mano la que en el fuego de apariencia se consume.
Le gusta y siempre le ha gustado cuando saca brillo al cuero que en ella corcovea. Lo refrotó contra sí: la turbia se pudo llamar pero no recogió la señal. Nada es como presupuesto y nada formulan. Trona la plaza —de verdad les gustaría comenzar la comidilla.
Su mano en el fuego
de apariencia se gasta y es la más fácil cristalización de la escena.
De tramoya en tramoya
llega el equívoco hasta que forzada entorna los ojos para que la mirada le encubra la convencional toma.
Pero para no dársela más todavía, se consume de pacato instinto dejándose la perforación cubierta.
Ya ardía a esa hora
Ya se la dolía a segura instancia mas la
barroca —la barrobajera—
se vuelve.
Mintió: trampeó a último minuto y fue ése su pretexto para ascender al vacío desarmando las fugaces expectativas.
No lacera en realidad, no llega a desarticularla.
Mintió y trampeó con su mano en la flama
pero le gusta.

Esc. 9

Aficionados han acudido para gratificar sus pupilas. El desperdicio de la tranca ya ha sido sometido a este acontecer. Son paradójicos en sus ultranzas. Se las dan no más, no convencen. Pero en cuanto a ésa, llamea de verdad y hermosura.
Articulada en la falla se reprime.
Solda sus inquietos despoblados, los une con dificultad pero en las mismas: no accederá para magnificarse toda la pasada en el rechazo.
Se deja en la plaza hasta que la luz ilumina todo el lumperío y como la nombran, ha acudido al vasto subterfugio de la trampeada para anularlos. Sin nominación se ha dicho o al menos
la provisionalidad que sin llamarse se llama y los altera.

Ha pregonado anquilosamiento en sus carteles y afiches, en los lienzos de la plaza tendidos como sus más locas frases, frases de lienzos ha dicho y dobla así la facultad de la letra/

Rechazan, niegan, la sermonean
Intentan dignificar sus peroratas, la acosan de preparados.
La tiemblan.

Mintió, estuvo a punto de virarse, la dejan por prescripciones impávida,
pero no pudieron controlar la fascinante escapada:
el relumbrante farol en que ella por encandilamiento sacó frente a ellos sus aparentes privaciones.
Interrogada hasta el depósito de inconformismo
llantea

Mas de nuevo la copian para no quedarse atrás. Comienza de a uno que no le vengan con esa moda/ se esconde tras una aparente lasitud: los engaña de nuevo.
Le creen siempre porque son apenas figuritas, armazones livianas y superficiales, gloriosos en su finitud + lumperío deberían conocer: tocarlos, vamos rozarlos un poco apenas.
Pero no será así: literaturescos modos demuestran, pedantescos en sus oficios, anticuados de tipo.
La buscan hasta el banco transidos de otra funesta luz; los mora y la

tranquilidad la cede. Arranca sus mejores trozos
y los cataloga en sus trabajos/
los buscan con delicadeza
la tan sua
para encantarlos

—es un asunto de oficio—
ya triunfa de este ángulo al marcarlos de serenidad dejándolos en el conquistado segundo plano.
Discutió entonces de nuevo su nombre propio y acudió a sus más llamativos apodos/
lumperío se engarzó a partir de su
drama y pudo quedarse a sacarles el jugo que también carente se solicitaba.
Estaban hechos: día a día aumentaba la lucubración. Sin noticias, la plaza era entonces el adorno de una aparente civilidad.

La ganan para el experimento hasta borrar toda otra forma de inscripción. Se domeña así bajo el gozo y concede.
Concede y rompe con su inédita proposición.
Se coló por luz en los bancos, tironeó sus aciertos en los cables
—violentó la matriz—
Cayó incrustada de fama al césped

Esc. 10

Pelada abajo se ha desmoronado su atrofia. Se ha enrielado en un asunto completo con la aparición de estos parias que todavía rompen su arbitrariedad
error y brillo sus fachas
+ pregona
y a horario total los comercia con toda la volubilidad con que accede a esta mercadería de oropeles. Los ha dejado como meros grafitis en la plaza.
Cunde el error y eso le produce a ella la similitud de la felicidad. Si fuese más aún, si la errata lo cubriese todo, si tan sólo la falla rajara su indeleble éxito, si triunfara de puro malabarismo, si acosara la expectativa popular, si cambiara roles descendiendo siempre.

la burlan la usan la desquician

Se levanta y de camuflajes se ha elevado y se atenta contra la noche la huella
la huella lacera extendida sobre la plaza
& herida de ella
llantea su predisposición a la subida/
cruje así pero no abandona.
No abandona pero se ablanda de un tipo de palidez que perfora y el hueco suyo pierde efectividad
¿por qué rasca sus cueros?
Está arada de tosudez y la piel partida asienta la intrusión/
el trajín verídico se consolida en la perpetua
agresión y así la postergan de no mirarla;

Se levanta nuevamente en una postrer sacada

Está dicho/
Sangra.

Esc. 11

Sangra de emanación mezquina y aunque no esparce: tiñe, de lujurioso gasto su defasada presunción.
¿Qué opinan?
qué de esta resamblada plaza que no rinde el lujo costado sepia; cruza que no hay suficiencia en sus tonos y por eso gime yéndose en el desfondado colorido. Ramas tal vez le inculcaron el rubor rojizo o más bien de botánicos giros se apelaron en su alzada. Ramas de seguro le llevaron el perturbado efecto en la conjunción del césped, bancos la acogieron, cables la tensaron

& luces

—la lumpenluminada—

Raja el lumperío su atronada pose y desentona disparando mejor su manifiesta complacencia/ la ven/ la auguran y la dejan pasar para esconder el cuero abierto.
La empujan de pura luz, pero ella se extiende para agilizarlos, para que ordenen sus enunciados, los trata:
manipula la tiza un manchón blanco/

los engancha.

Poséelos en rimbombantes surcos que la letra cava como si de filigranas se rayara el pasto bajo sus sacudidas: la estropean como una paveada/ intenta pregonar: predica de esperpéntica manera y la sortean en su lapidaria ínfula/ vuélvenla a su mísero estilo +
la humillan pero ahora el rubor se expande y el pasto/
el pasto mullido, aplastado bajo sus cuerpos

no se eriza.

Ni cortada
se levanta la testa cuando avanzan acumulando sus deshechos y rechazando a las cuenteras que refulgen luz del oropel.
Cortada con la hoja de afilado pespunte:

alucina.

Esc. 12

Castellano esfuerzo ha desplegado para reubicar su diseñado espacio: cura ha obtenido en cicatrices/ huellas que por constantes, embotan el disminuido entorno.
Saquéanla de todo referente &
más que luz de la plaza, aguarda el lumpérico juicio/
del toda inexpresable
en su derruida continental estirpe.
La asolan
de tanto invento, que no perturba más que al iniciado
Así
es como constituye su material humano: de sobras parias que ha recuperado por efectos de la luz eléctrica en la plaza & como en un truco
salva la hora más oscura, de la luz en vela
rinde el insomnio su fugaz empuje + abre la herida,
reformula el gesto, retira la costra/

lame sus puntadas.

Esc. 13

Recursos técnicos siempre la trastornan. Los cables, tal vez, y sueña transformarse en paralela huella del tendido absurdo: borra visiones, transa su estadía, constituye oferta en píloros dañados ya abjurada de su solariega faz/

Crece

y es la hora en que se deforma el rostro —cabecea— pero no recae sino que cambia de banco

—madera por piedra—

y se

sienta en su plataforma. Mueve su pierna, eriza sus sentidos, energetiza la forma de su refrotado aspecto & vuelve su vista hasta los desarrapados/

mueve su mano + ellos se resisten.

Les rinde culto, los alaba, ruego es lo que tira por su admiración en las miradas: están cumplidos.

Repta en la plaza. De ordinario margen traslada el gesto de la quemadura desde el cemento. Ha trastrocado su particular orden dificultando toda certeza/

duda de veras

arrepiente el signo, toda información es resentida y todo documento

es transitorio.

En frío ambiente, en helado aspecto gime agarrotada para recubrirse, amanecerá —seguro— se aproxima la empalada general del techo abierto.

Se acurrucan de pose solamente. Giran

al fuego y encienden sus residuos, acampan por la luz que los reflecta, sirven en tanto a la imagen fría, a la complicidad humana de la compadecida.

Se abre un circuito, acota lo planteado, resume en síntesis: la buscan para deshacer el frío;

se presta para condescenderlos.

La registran de hecho para estrujarla y no ve más que los rayos del luminoso, fuera y descargados de anacronismos míticos.

La técnica impone las más embrolladas perturbaciones:

la brujería se instala en el tendido de la luz eléctrica/.

procacidad neónica, aullidos fabricados en sintetizadores, chisporroteos. Se tiran nombres para reformarse + apodos sobran en esta repartija de tanto cabo suelto de identidades que ya no se sabe qué ciudadano gesto los hubo envilecido de llamarse.

Esc. 14

Tal vez fue así como transgredieron su inútil facha de desarrapado aspecto, los evaden de tacto y pierden por eso el lujo de sus carnes. Braman de formas más completas al dejar de lado sus modales, penetran como una totalidad impuesta, cavan concentrados sus impedimentos. Supuran al mismo tiempo sus imperfecciones.

La observan, sonríen los desdentados, los deja de prendida sus miradas. Se ha vilipendiado.

Ripio de lumpenesco orden desata la estriada hazaña/ atomiza sacándolos de sus referentes

—que la herida permuta por sus cicatrices—

se añeja se rema y no levita.

Concede sin embargo que por equilibrio los asuntos se establezcan en inescrutable estilo/ aborrece de su lejano vértigo que expulsaba su ánimo de cuesta abajo/ de puro extravío tiñó con saña su anatomía y la osadía la arrastró hasta el gesto: trepidó —quizás— por estupefacto esfuerzo en contener el saldo que guardaba,

lo suspende, lo posterga en vano:

¿llegará el día de la acometida?

Sí

y se tenderá en la plaza sin sus borradores, dejará que el césped la contagie. Por ver de nuevo el friso de sus piernas rozará los bancos, mirará los cables, se atrapará de luz eléctrica: llano y suspenso, fiebre del recuerdo. Ya no funciona su lejana historia. Está atrás,

ha quedado ruda la pasada del auspicio que se daba para volver ahora, sin adornos,

despreocupada estampa del decoro.

No crece/

no irradia, no se la disfrutan, no inspira.

De hecho se desgasta en el giro trivial, esconde el rostro y la mirada. Sólo le resta esta lumpérica que en exteriores se le desdeña/

la aplazan hasta esta amanecida &

sangra.

Sangra para recuperar su territorio, apenas el relumbrar de sus miradas.

Abre, cercena, denuncia cuando todo esplendor se le entregaba de luminoso afecto/ cuando de atmósfera de luz subía, champa y friso, frote y pasto, ruido más bien se le escuchaba.

La piel se parte de manera fría, la sangre

es apenas un resquicio, la convención engaña + la alegría en cambio aflora: la sorpresa de la grafía a todas luces disuelta en trinos retóricos

frente a este descampado.

Dale,

y de nuevo se abre este pellejo lívido, punzante riesgo de enfebrecido entorno: yace,

yace en verdad para que la laman y es su particular boca la que disfruta, lame a sí misma sus emanaciones, bordea la iconografía, salta de nuevo a la técnica y cruza sonidos, recompone el ánimo, atiende en el suelo su pose

& trasgrede.

Lambear, lame, lamisca se da por vida el nombre imaginario. Tanto disfariar para su relleno: claros, pulsiones que se van distorsionando para que ya nunca quizás pueda tornar a su erradicado centro. No es propiamente señalar un trato/ no es éso.

Es que se la pusieron frente a sus ojos.

Es que la piantaron y la plaza,

sólo la plaza va diferenciando el gesto.

Esc. 15

Jadea garceada de lujuria + afloja l'irradiada planicie de la intemperie e insufla resona resurge empantana la placidez y eximia tensa de pleno el epicúreo borde de lasitud y terrible insidia la contagian & enuncia su esparcido émbolo matriz de rasgados tópicos anuncia y matiza del más dorado material la ambigüedad soleada suele contener evocaciones + la himen se vierte en lumen y zumba tal vez el faro de iridiscencia su esplendor resona la débil marca y transpirando la nalgada opulosa de su empeño ayunta pero la tropa se le va en la estampida aurado suelta su corcoveo y la llama del bosque ardido se lascivia del tono del rojizo como de su champa incendiada silente el sendero serpenteante gotea + la tierra la va rajando & la mangonea vibra y es de un pendón que vibra en toda su altura + llorando la cunde hasta estrujarla y su picoteo espanta + suda de boca + le pasa + gime + quién la aprisiona en esa falseteada que lumpenesca se oferta y quién se contrae el ano que se hostiga en la fosforescencia más se altera en su condenado sino ábrese de ancas de pústulas de miedo + la conquista rompe la montada y llamea abierta su húmeda latencia suntuosas fantasías la manan dobla la palma el embeleco que lame q'ierve la viciosa estopa lerda y no late l'embustera trocándose en visadas muecas & la plaza atrona ya no volverá al original extremo + la himenada rama la roza a la sua figlia y viene l'arbórica la concupiscencia & el bosque es el que viene l'aletargada madona q'aletarga su embeleso de hojas y ramas tan sierva tan llorosa de nostalgia que se desnuda en inocentes pliegues anca y penetra en el domado césped sin los lares l'inmortalidad se suma y se cede y es mueca la entrada al sepulcro la himénica es lárica + ya no late como antaño ni abraza la desarrapada & su veta se rinde hacia el lumperío cuando inche misma se cruzó los ojos en la faroleada de la suficiencia & traza & ronca del lugarejo todos sus nombres de innómodos apodos como una extendida del pasto en su llanura que a algunos engatusa & es a náusea & vértigo que llora más llegará tarde la hosca entarimada llegará comiéndosela en celo y el lumperío alrededor de salvas y fuegos estallará hasta la tranca y llorará todo el muslo + la sirven a la despilfarrada & la arremeten a acostumbramiento d'impúdica forma por estrelladas que sobre ellos la noche alumbre y se vea su veta esta l'esperpéntica figura así se vea + ríe y suda a vómitos o estallidos sordos que le muestran su desacostumbrada risa + se sirve de ellos retoza aún y los árboles brillan como si de ella

salieran + ella se agacha y tiembla sí ¿desfallece acaso su notable aspecto? de estudiado gesto recurre al truco pero vuelve a posar se desengañita ésa & son sus piernas las ramas salientes del bosque y se encabrita la mosta mata que gorgoreante gotea + lago y forma en su iluminada el fuego que se extiende sobre toda la arrasada & seca & lampiña de wenumapu la quena el corte trocha la figura y es seminal el mojo de su mano en la fronda cuando escondió la cara y su cara fue entonces la marca de sus dedos bailándole toda la fantasmagoría que le crispaba de rictus la boca + se agarra al formón y se abre el cuero sangra otra vez se mira y su sangre no sabe de dónde la mancha toda luz que roja la encabrita + preciosura ya está al despuntar la plaza pública + ¿qué cal era esa para retenerla? ¿qué trozos marcó? ¿qué mugre? l'stanca + lúmina sus ojos frontean solda pluge ábrese de piernas & dice tengo sed de sustentado jade dice y trilla y engaña l'ironía + l'ame incomoda su matrina pose renuncia acaso per piacere al golpe quaque tu tuvo que decir al césped y largó su cielo al tacho y siguió en ojos cerrados la ceremonia y reseña ella el tronco que por ramas nalguea y la frota y su péctore y es ella que tira en el banco su penosa champa y es lumbre.

10

Está sola en la plaza. Sentada en un banco de madera con la cabeza apoyada en el respaldo. Todavía quedan algunas personas y la oscuridad anuncia la pronta prendida de las luces. Ella los mira distraídamente. Tiene entre sus manos una bolsa de papel sobre su falda.

Está vestida con un traje gris bastante más largo que el que está en uso. Un traje casi sin formas tomado a la cintura con un cordón también gris. No alcanza a conformar una figura vistosa, aunque sí un tanto añeja o poco notoria. El traje que la cubre es de tela gruesa para precaver el frío que se ha dejado caer sobre Santiago. Su vista alcanza a divisar los automóviles que pasan alrededor del lugar. Van con los focos prendidos y dan luz a la plaza. Es una hora de mucho movimiento y por esto numerosas personas atraviesan diagonalmente por el cuadrante para evitarse un trecho de camino. Todos están relativamente abrigados. Las parejas conversan mientras caminan, pero nadie pasea, sino que se desplazan hacia otros lugares. Ella tiene una panorámica de un sector definido, incluso alcanza a distinguir con relativa nitidez a los que pasan por la vereda del frente, dándose como constante en ellos el caminar con un cierto apremio, como si el clima los empujara a apurar el paso para no enfriarse demasiado.

Los vendedores, que hasta esa hora permanecían voceando sus mercaderías, también desarman sus precarias instalaciones para retirarse. Nadie hace ningún ademán para adquirir algo. Los vendedores se van cargando sus bultos sin aparentar esfuerzo al transportarlos.

Paulatinamente, empiezan a levantarse de los bancos aquellos que todavía ocupaban unos pocos asientos. Personas de distintas edades se desplazan y cruzan la plaza. Van dejando diversas cosas sobre los bancos como papeles, diarios, envoltorios, pequeñas bolsas de plásticos y objetos similares. Pero no alcanzan a dar a la plaza una imagen de suciedad, aunque algunos de estos elementos quedan tirados en el suelo.

Ella continúa allí y sus ojos ahora van contabilizando a los seres que abandonan la plaza, tratando de distinguirlos de los que pasan por ahí para acortar su camino o bien la han cruzado accidentalmente.

Las ramas de los árboles se mueven con suavidad por efectos del viento. El césped está francamente descuidado y a pedazos se deja ver la tierra. Las rejas que lo protegen están también deterioradas y su pintura verde, descascarada y opaca. Todo está a su vista desde

el ángulo que sus ojos logran abarcar. Permanece sentada con las piernas cruzadas hacia adelante y los pies apoyados sobre el suelo. Sus manos afirman sobre la falda la bolsa de papel, pero sin apretarla demasiado. A ratos cruza y descruza las piernas con lentitud mientras su cabeza se vuelve para observar a los peatones que caminan cerca de ella o motivada por el frenazo inesperado de algún automóvil que se ve obstaculizado en su tránsito por otro.
La plaza está ahora semivacía y la oscuridad la rodea. Apenas alcanza a distinguir a un puñado de personas sentadas en los bancos sin poder determinarlas mayormente, pues la visibilidad los conforma sólo en sus siluetas.
También disminuye el número de gente que pasa sobre la vereda del frente. Ya no se ven caminando apiñados, sino con espacios entre unos y otros, siendo mayormente hombres los que circulan. Las vestimentas los uniforman y a eso se agrega una estatura similar que los hace repetidos y monótonos, especialmente la escasa luz que no permite definir ningún rasgo.
De pronto se encienden las luces, justo cuando la oscuridad era casi total.
Se encienden lentamente, lanzando primero un tinte deslavado sobre el entorno hasta que gradualmente adquiere más fuerza y nitidez. La luz de la plaza sigue el mismo proceso que los faroles que están instalados sobre la vereda que los circunda. La perspectiva cambia con la luz encendida, ya que lo ubicado bajo sus focos se deja ver en tonos postizos pero claros, en cambio el resto, que está más alejado, queda a contraluz.
Ella está bastante cerca de un farol y por eso se hace perceptible para cualquier observador. Su posición ha variado ligeramente. Ahora se sienta sobre el banco, un poco inclinada, pero sus piernas ya no se cruzan, mas sus pies continúan apoyados sobre el suelo. Del mismo modo, la bolsa de papel ya no la tiene aprisionada entre sus manos, sino que está entera caída sobre su falda.
Definitivamente no queda nadie más en la plaza. Los bancos están vacíos y el movimiento se advierte sólo en sus alrededores. Los automóviles continúan circulando y también los peatones que pasan por las calles adyacentes en número cada vez menor; generalmente solos o en grupos muy reducidos. Hay entre ellos distancias de tiempo y por eso sus pasos resuenan imposibilitando el que pasen desapercibido. La calle aparece así como un escenario desde la plaza y por eso mismo, los peatones, actores que lo cruzan. Es un escenario fantasmagórico en su desolación, en su vacío, pero

ocupa ahora toda su atención. Cada persona que pasa al frente es observada atentamente por la mujer que lo sigue hasta perderse. A veces su interés es interrumpido por algún automóvil que la hace perder la figura, entonces alcanza sólo a vislumbrar la cabeza del que pasa. Examina la forma de caminar, los objetos que portan, sus estilos. Y así puede determinar qué grado de prisa llevan y hasta dónde el frío los penetra o no.

Aunque sólo puede precisar aspectos superficiales en cada uno, por el escaso lapso de tiempo en que se exhiben ante sus ojos, aún así los diseca. También observa, cuando nadie pasa, las edificaciones vecinas.

La plaza limita desde su punto de vista con tres calles, y por eso alcanza a ver partes de cada una de ellas. Las casas son bajas salvo un edificio que se recorta en una de las esquinas. Los colores a esa hora no se destacan pero son pálidos, lo que les da una tonalidad indefinida dentro de su opacidad.

En su mayor parte las casas tienen estilo similar: una puerta y dos y hasta tres ventanas a la calle. En algunas de esas ventanas se ve la luz que denuncia la actividad de sus moradores, luz que se deja entrever por los visillos claros que las recubren. A veces alcanza a distinguir la silueta dibujada de alguien que deambula en el interior.

Las puertas dan directamente a la calle y su color oscuro las hace resaltar de inmediato. Nadie ha entrado en este tiempo a ninguna de esas casas. Tal vez lo hicieron antes, cuando la masa de gente no permitía reparar en el hecho.

El edificio se recorta allí como un lugar distinto e incluso discordante, ante la estatura del resto de las construcciones. No es demasiado elevado ni demasiado moderno, sus ventanas son estrechas y no tienen, aparentemente, balcones. Está justo en la esquina de una de las intersecciones. Algunas de las ventanas también están iluminadas y otras no, lo que parecería un curioso juego de azar y se podría jugar incluso con la próxima luz que se apagará o se encenderá atravesando la mirada con sus reflejos. Pero el encendido de las luces en el edificio es irregular, no dando lugar a ninguna cábala.

Hay un amplio portón entre la entrada y su interior iluminado por una luz que es demasiado débil. A diferencia de las otras construcciones, se ven en su pórtico algunos escalones que permiten el acceso a los departamentos. Tampoco nadie ha penetrado en ese tiempo al edificio. La tranquilidad es total especialmente por la

disminución del número de automóviles. Por eso los ruidos vienen ahora desde más lejos, de algún lugar que no puede ser determinado más que como cercano, producidos seguramente por vehículos que circundan las calles vecinas.

Una de las casas más alejadas de su ángulo de observación tiene una cortina metálica, lo que indica la presencia de una tienda o taller quizás. Hay algo escrito en su fachada imposible de leer a esa distancia.

Su mirada atenta le permite descubrir, que entre los escasos autos que se desplazan, casi la totalidad pertenecen a patrullas que vigilan las calles.

Ya no examina nada con tanta atención, más bien su mirada se pasea una y otra vez por los espacios ya conocidos sin encontrar nada que la seduzca. La inercia en el sector es casi absoluta, si no fuera por alguno definitivamente rezagado que todavía se deja ver en su manifiesta prisa.

Por ejemplo, el último ha pasado casi a la carrera. Con las solapas de su chaqueta levantadas para protegerse del frío.

Ella misma está ahora casi curvada en el banco y a menudo mueve sus pies para evitar que se empalen. La bolsa ya no la tiene en la falda, sino que la ha puesto a su lado sobre el banco. Sus manos están cruzadas y de rato en rato se las frota. Sus piernas han vuelto a cruzarse apoyadas sobre el suelo. A veces su cabeza tambalea a punto de dejarse vencer por el sueño. Pero con la caída de su cabeza surge el sobresalto y entonces se yergue de inmediato abriendo los ojos. Cambia de postura fugazmente, pero vuelve rápidamente a la inicial que es la que le acomoda.

Sus ojos siguen ahora las líneas de la plaza que se manifiesta en otra dimensión a partir de su vacío. La iluminación no es del todo buena y la altura de los árboles llena de sombra amplios lugares. Los faroles dejan ver los cables que transportan la luz y son una referencia más de los límites de la plaza. Los focos no tienen una gran potencia delatando su antigüedad. Incluso un par de ellos están apagados. Pero se puede ver la plaza, especialmente parte del césped que, irradiado de sombras, se corta con la aparición del árbol.

Las baldosas son más nítidas que en el centro de la plaza, hacia donde están orientados la mayoría de los asientos. Curiosamente en el centro no hay nada, ni juegos infantiles, ni fuentes, nada en

absoluto, como si su único adorno fuese la pintura blanca extendida sobre el tronco de los árboles que más bien contribuye a afear su diseño.
Las baldosas, pese a su distribución, dan una enorme aridez y frialdad al lugar. El gris es ahí el tono dominante, el que se añade al color de su vestido, rompiendo incluso el privilegio del verde de algunos bancos que han perdido su brillo. Más allá están los asientos de piedra entre los árboles, ubicados en estrechos caminos que se abren por las partes laterales de la plaza. También estos bancos son grises, aunque en un color más claro que el resto.
No alcanza a abarcar toda la plaza desde el lugar donde se encuentra. Un sector queda a su espalda y otros dos están también casi detrás de ella, pero se adivina que aquello que ha visto se repite en todo el lugar. No parece un sitio diseñado para el esparcimiento. La falta de colores es uno de los primeros obstáculos, y también el descuido que se adivina no sólo en los bancos, sino que especialmente en la raleza del césped. Aunque es verdad que la presencia de gente en el día le otorga otro cariz. Es más, muchos detalles habrían pasado para otros desapercibidos.
De pronto sus ojos tampoco siguieron mirando con atención; empezaron a vagar de un lugar a otro, como revisando su observación anterior, esperando de nuevo encontrar un signo distinto.
Otra vez pareció que el sueño la iba a vencer, su cabeza empezó a caer sobre su pecho y siguieron los sucesivos sobresaltos. En cada uno de ellos daba rápidas miradas a su alrededor como si alguien la fuera a sorprender, o algo, tal vez, se hubiese modificado. En uno de sus adormecimientos, más prolongado esta vez, el estremecimiento posterior fue también mayor. Entonces se levantó de su asiento como si temiese reclinarse en el respaldo del banco y dormirse definitivamente.
Caminó hacia uno de los costados de la plaza y se sentó sobre el banco de piedra más cercano a sus pasos. El sueño era así imposible, la incomodidad y la dureza del asiento lo impedían, salvo que se tendiera sobre él.
Sentada así, se acentuó la curvatura de su espalda hasta casi dejar caer su pecho sobre su falda. Sus manos apoyadas sobre las rodillas, para sostener el peso de su torso, sus piernas entreabiertas para hacer más resistentes la posición.
El sitio no le hizo cambiar demasiado la perspectiva, aunque tal vez esto se debiese a la monotonía del sector. Ahora las luces

estaban apagadas en las casas y en el edificio. Por eso observó con más atención el luminoso que estaba ubicado en lo alto.
La propia luz del luminoso permitía ver el entramado de su soporte, construido de metal y de madera para otorgar una mayor firmeza al pesado letrero.
Se encendía y apagaba a intervalos. El color que primaba en su leyenda era el rojo filtrado desde los neones que, caligráficamente, formaban cada una de las letras, enmarcadas en otros neones de diversos tonos rojizos.
Tenía dos leyendas y así, al apagarse una, en la encendida siguiente era otra la que aparecía.
Observó con atención, y verificó que se debía a la ocupación de distintos sectores del letrero que, seguramente mediante procesos de sincronía, producía las diferentes lecturas. Sus ojos quedaron fijos allí y cayó en una especie de embeleso que le impedía cambiar el rumbo de su mirada.
No porque esperara que como acto de magia apareciera algo inusitado ahí. Era simplemente la atracción de la luz.
Ni siquiera el dolor de sus ojos podía distraerla. Estaba absolutamente encandilada. Prácticamente no leía las frases que se formaban y hasta levantó su torso para elevar más aún su mirada hacia lo alto del edificio. Seguía absorta; los diferentes neones se entrecruzaban en líneas curvas y rectas, encendidos en un sector y en otro mostrando el aparataje que los construía.
Antes ya lo había visto, pero no había producido en ella ese sortilegio, seguramente por el entorpecimiento de los ruidos de la plaza, el deambular de la gente, su propia desatención.
Ahora todo era distinto. El vértigo del juego del luminoso era el perfecto diseño para su mirada que, inundada de placer se había entregado. Aunque quería cambiar su vista no lo lograba, esperaba el cambio de la leyenda y luego el siguiente hasta convertirse en una situación circular.
Porque el luminoso no se detendría.
Estaba programado para la noche y su programación no tenía la racionalidad de Chile que paraba su ritmo nocturno. Por eso ella tan sólo era la que, subyugada, había recibido el mensaje, no del producto sino del luminoso mismo, de su existencia como tal. Pensó que debía detenerse porque ya sus ojos estaban saturados por el esfuerzo, pero lo postergaba para la próxima encendida y así para la próxima y no dejaba de mirar. Nada más ocupaba su pensamiento, hasta que una idea emergió de su cerebro: todo ese

espectáculo era para ella. Sabía con certeza que nadie más estaba a esa hora pendiente del luminoso, por eso ese lujo le pertenecía. Alguien había montado esa costosa tramoya en la ciudad, como don para sí; con escritura y colores, con colores y movimientos, cálculos ingenieriles, trabajo manual, permisos. Todo eso para que ella sentada en la plaza en la noche se dejara llevar realmente por el deslumbramiento de esos vidrios que insuflados de colores, activados por baterías, la sometieran a ella.

Hasta su cansancio desapareció por la encadilada. La rigidez se había ido y esto le producía una revalorización no sólo de la plaza, sino también de las casas cercanas al luminoso.

Pensó que ella no estaba en concordancia con lo contemporáneo de la técnica que la complacía. Su ropa, su facha entera era casi un atentado contra ese brillo y actividad.

Tal vez ella misma habría conseguido una satisfacción mayor si su ropa hubiese tenido toques de avanzada; algo singular que también la hubiese denotado como única en esa peculiar situación.

Pero no era así.

Estaba allí con la modestia de su traje gris. Aunque de pronto eso le pareció legítimo. El antagonismo entre el observador y lo observado creaba una evidente tensión, cuyo mediador era el avance de la noche en la plaza pública.

Sólo así pudo por vez primera apartar sus ojos de lo alto del edificio, para hacerlos recaer sobre la cuadratura de ese espacio, y así, falsificación sobre falsificación recompuso.

Ella en el medio del artificio tal vez tampoco era real.

La inutilidad de ambos —plaza y luminoso— en la noche la golpeó de pleno. Hasta ella misma era el exceso.

Se levantó y miró sus manos, sus pies, sus vestidos. A ella ¿quién la contemplaba?

Cuando ya no era ella misma, sino lo que el espacio había construido a partir de su permanencia, lo que el luminoso le había donado al meterle ideas en la cabeza de tanta letra que le había tirado sobre los ojos, hasta lograr descifrar lo inicialmente cifrado.

Letra a letra, palabra por palabra, en esas horas en que gastó su mirada dejando ir sus ojos sobre los neones; evitando los mensajes aparentes que podrían haberla inducido a un error por quedarse en la superficialidad de la letra.

Pero no.

Lo había logrado uniendo las letras más distantes; las encendidas y las apagadas, los cruces de ambas, los signos que se construían en

el medio, los aparentes vacíos, el intercambio entre mensaje y mensaje.
Todo era claro ahora y por eso pudo empezar a recorrer casa por casa con sus niveles inferiores iluminados por las intermitencias del luminoso.
Efectivamente, no era sólo la luz de la plaza la que irradiaba fuera de sus límites. Era también la luz del luminoso la que los teñía, así como también era otra la acera y la calle y hasta los árboles se afectaban, se modificaban tal como ella misma que percibía el hecho con claridad absoluta.
Y en verdad ese aviso tenía una falla: la altura del edificio sobre el cual descansaba. No era suficiente y por esos los neones no se diluían como debieran sino que, como los rayos del sol, pintaban su alrededor.
Por eso se levantó del banco de piedra y por unos momentos debió desentumecerse moviendo las piernas y las manos. Destensando su cuello se quedó rígida. Vio el luminoso proyectarse sobre su vestido gris. Unas líneas rojas cruzaban su vestido. No claramente sino como una luz que se reflejaba encima. Tomó otra posición, alejándose un trecho de donde estuvo tanto tiempo sentada antes, pero siempre siguiendo la dirección del letrero. Era lo mismo. Se reflejaban sobre ella una tenues marcas de luz en un color, a esa distancia, rosado.
Buscó distintas formas de desplazamiento y en cada una de ellas seguía impresa por el luminoso.
Este se evidenciaba más hacia el centro de la plaza donde ella estaba de espalda a la calle más importante que circundaba al cuadrante. Era ahí el ángulo justo en que el luminoso caía con más fuerza alcanzando a denotar incluso letras que, muy diluidas, no llegaban a formar palabras. Pero allí estaban los grafismos que aceptaban más de una interpretación. Cada uno de ellos contenía más de una letra.

Se sobrepuso al frío del centro, que no era aminorado por los árboles y extendió con las manos su vestido. Eso era. Ahora ella tenía el elemento que faltaba. Supo en ese instante que también estaba atravesada en el rostro, en las manos, en las piernas: en la carne.
Trató de adivinar que signo caía sobre ella, mirando para eso la altura que suspendía el luminoso. Estuvo en eso mucho rato calculando en la distancia, cuál letra correspondería a su posición.

Dudó entre un par y además por la desfiguración de la lejanía, en cuál otra podría convertirse.
Decidió dejarlo por un rato hasta alcanzar la serenidad y lucidez completa.
No podía equivocarse y creer erróneamente que era impresa por una letra que finalmente nunca le había correspondido en realidad. Volvió a su puesto inicial, pero esta vez sus ojos estaban prendidos al centro de la plaza. Vio allí la caída de las letras, que aunque difusas, se suponían por la lectura que hacía de las emanadas por la altura. Para eso se sentó de nuevo en el banco de piedra que le otorgaba una mirada más eficaz. Se acomodó en el asiento, pero un ruido la distrajo; con el borde de su vestido había dejado caer la bolsa de papel al suelo. Se agachó a recogerla y la puso de nuevo sobre el banco.
Supo después de una corta mirada que le era imposible precisar con certeza una combinatoria exacta. Que dos, tres o cuatro letras podrían caer si ella se paraba en un lugar preciso. Y era más aún, por la misma distancia, unas se montaban sobre las otras, dando origen a palabras completas, que más allá de un sentido claro o riguroso se establecían como nexos.
Además para eso debía contar con su absoluta rigidez, lo que era del todo imposible por el frío reinante y cada uno de sus movimientos permitirían la entrada de otros signos y por eso de distintas palabras.

Se levantó después de un rato y comenzó a recorrer el centro de la plaza. Su mirada vagaba sobre el pasto o bien se elevaba sobre la copa de los árboles hasta dejarse caer sobre los faroles. Estuvo en eso algún tiempo. El frío era intenso. Era el instante en que la noche se consumía como tal, para dar paso en poco tiempo a los primeros atisbos del amanecer. Por eso mismo, tal vez, era un momento límite en el cual la luz eléctrica estaba iluminando la plaza con mayor eficacia, resaltada de otra manera que en horas anteriores, cuando su insuficiencia de luminosidad era notoria.

Así se prendían zonas de la plaza. Detuvo sus pasos. Volvió al banco de piedra para sentarse cruzando las piernas y el refrote de sus manos le dio calor. Su espalda seguía curvada hacia adelante y su aspecto general era demacrado y macilento.
Estaba cerca del amanecer. Por lo cerrado de la noche debería abrirse otro ciclo. El luminoso estaba en su máxima potencia y, proyectado en el centro de la plaza, se hacía más ostensible que

nunca. Miró hacia él, hacia la plaza y cada uno de sus rincones. Cambió de asiento para ubicarse directamente bajo un farol. Así estaba del todo iluminada.

Tomó con sus manos el bolso de papel que le había acompañado toda la noche. Hizo ruido con sus manipulaciones, la abertura estaba arrugada y torcida como sello. Lo abrió cuidadosamente, sacó del interior un espejo de regular porte. Miró su rostro largamente, incluso ensayó una sonrisa. Pasó repetidamente su mano por la cara. Alejó y acercó el espejo. Se miró desde todos los ángulos posibles. En un momento lo dejó apoyado sobre el borde de la baranda cercana para observar desde el suelo su rostro.

Se levantó enseguida caminando hacia el centro. Se volvió a exponer al luminoso. Miró su cara en el espejo mucho más diluida y cruzada frágilmente por las luces.

Volvió a su asiento primitivo. Guardó el espejo, dejándolo caer en la bolsa de papel. Hundió su mano hasta lo profundo de la bolsa y sacó de allí una tijera.

Levantó su mano con la tijera hasta la cabeza. Se cortó un mechón de sus cabellos.

Se paró enseguida.

Fue hacia el centro de la plaza y parada bajo el alero del luminoso comenzó a cortar sus cabellos. Su pelo caía sobre el suelo copando el alrededor. Su cabeza articulaba los movimientos rotatorios para así, con sus manos, llegar hasta la nuca, lo que para ella era difícil. Su frente y sus hombros estaban totalmente despejados. Ya el pelo estaba pegado al casco de su cráneo. Se interrumpió. Pasó su mano acariciándose la nuca, la parte frontal, los costados. Se quedó parada con los brazos caídos y la tijera que todavía permanecía entreabierta en una de sus manos. Respiró intensamente. Nuevamente elevó sus manos sobre la cabeza y recomenzó con sus cortes irregulares. A pedazos aparecía su casco blanquecino. Los huecos en su cráneo eran notorios. Las partes recubiertas por cabellos tenían un tono más oscuro aunque también transparentes. En líneas generales, las zonas que no estaban rapadas no tenían más que uno o dos centímetros de largo. Pese al frío gotas de sudor resbalaban sobre su frente. Estuvo de pie un rato más en el centro de la plaza. Finalmente caminó hasta un banco, tomó la bolsa, y se sentó en uno que estaba bajo un farol. Sacó nuevamente el espejo. Guardó las tijeras. Se miró levantando e inclinando el espejo. Por un momento se reflejó en él el luminoso y hasta un pedazo de rama de árbol. Sacó nuevamente la tijera de la bolsa para repasarse un

sector de la frente que quedó casi totalmente rapado, porque el pelo no desaparecía totalmente.
Empezaba débilmente el amanecer. Una tenue claridad competía debilitando las luces del alumbrado público.
Se volvió a cambiar de lugar hasta un banco de madera, mientras lo hacía, su pelada se volvía gris. Se sentó allí apoyando su cabeza contra el respaldo del asiento.
El amanecer avanzaba con rapidez, aunque todavía el lugar se veía en penumbras. Seguía sentada con la cabeza apoyada en el respaldo pero sus ojos estaban abiertos del todo.
Los primeros automóviles comenzaban a circular alrededor de la plaza, sus focos todavía estaban encendidos.
Luego pasó el primer peatón por el frente. Igual que el último de la noche anterior, iba con las solapas de su chaqueta levantadas, caminando rápido. Uno tras otro empezaron a sucederse los autos. También las personas que pasaban aumentaron como si la luz natural mágicamente las multiplicara. Ella las seguía con la mirada.
Vio también como desde una de las casas salía un hombre cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí. Las ventanas del edificio dejaban ver sus luces encendidas. Los ruidos empezaban a inundar el espacio.
Ella volvió a buscar en el fondo de la bolsa y de allí sacó un collar de pedrerías. Se lo puso alrededor del cuello. El collar cayó sobre la parte frontal de su vestido.
Así se quedó, erguida sobre el asiento con la bolsa de papel entre las manos. Sus pies cruzados sobre el suelo. Su cara límpida mirando de un lado a otro.
El primer peatón cruzó la plaza, seguramente para acortar camino. Su mirada distraída la enfocó vagamente, luego de manera abierta. Sus ojos se cruzaron. Ella sostuvo la mirada por un instante, pero después la dejó ir hacia la calle de enfrente. La gente era ahora heterogénea, mujeres, hombres, estudiantes. Todos ellos iban a alguna parte y los ruidos crecían en el momento en que el día ya estaba totalmente despejado.

SIN VALOR COMERCIAL

A Zurita

Indice

		Pág
1		5
2		35
3		49
4	Para la formulación de una imagen en la literatura.	67
5	¿Quo Vadis?	89
6		107
7		125
8	Ensayo General.	139
9	Escenas múltiples de caídas.	159
10		183

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPTO. CENTRO NAC. DE PROCESOS TECNICOS
DL ☑ D ☐
02 FEB. 1984
Ca ☐ Co ☐
SECC. CHILENA

Se terminó de imprimir esta primera edición de 1.500 ejemplares el día 25 de noviembre de 1983 en los talleres gráficos de Editorial Universitaria, San Francisco 454, Santiago de Chile.

Títulos publicados

Sergio Marras

Diseño: María Angélica Dueñas

EL DIARIOBRUJO

Antonio Gil

LOS LUGARES HABIDOS

Diamela Eltit

LUMPÉRICA

LUMPÉRICA narra e imprime la visión de mundo de una mujer emergida desde el transcurso de una noche única: sita en la Plaza Pública. Usando múltiples recursos lingüísticos y narrativos, Diamela Eltit da cuenta de un mundo obturado, marginal y brillante, en cuya trama se juega la sobrevivencia de una conciencia lúcida y trágica hasta el fin.

Intensamente ruptural con respecto a la narrativa tradicional, el hecho que haya sido escrita por una mujer implica —de una u otra forma— la irrupción de un nuevo sujeto, de una mirada tan única como representativa y en la cual el cliché de "lo femenino" se desplaza abruptamente hacia las zonas más clausuradas, inquietantes y reveladoras de la condición humana.

Impreso en los Talleres de
EDITORIAL UNIVERSITARIA